REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIII

SANTIAGO DE CHILE
1921

LA CASA DE BALZAC

A la señora Eulogia del Campo de Pinto.—Todo esto lo hemos visto juntos, y mientras lo veíamos nuestras impresiones y nuestros recuerdos se enlazaban en la misma visión.—*A. Orrego Luco.*

Balzac tenía la firme convicción de que de la superficie de todos los cuerpos vivos emanaba una exhalación misteriosa una especie de fluído invisible, imponderable, pero que obraba de una manera poderosa y eficaz sobre todos los que entraban en la esfera de su acción:

Ese fluído misterioso creaba al rededor de todo ser humano una atmósfera especial y persistente, que se adhería como un perfume a los objetos. La casa que han habitado, los muebles de que se han servido, todo lo que ha estado en su contacto, guarda una impresión indefinible, un secreto poder de evocación. Hay algo que queda flotando hasta en el camino por donde tenían costumbre de pasar.

¿Quién sabe lo que hay de real y positivo en esas emanaciones ideales de Balzac, quién sabe si son esas emanaciones misteriosas las que nos producen la impresión extraña, penetrante y casi solemne con que entramos en la casa que ha habitado un hombre superior. Cuando creemos estar simplemente bajo la influencia de nuestros propios recuerdos, quién sabe si sentimos la influencia trascendental y misteriosa del grande hombre que ha vivido en esa casa y dejado entre sus murallas el perfume de su vida.

De todos modos el hecho incuestionable y positivo es que inyectamos una vida mas fuerte y mas íntima en el recuerdo de un hombre, y comprendemos mejor a un escritor cuando hemos recorrido los sitios en que pasó su vida y bebió su inspiración.

Una conmemoración piadosa, vaga, indefinible y suave, es, sobre todo, lo que nos ha llevado a esos sitios que parecen más propicios a la evocación soñadora y nos ha encaminado a las casas que habitaron grandes o hermosas figuras del pasado.

En muchas casas de París fuimos a buscar lo que ha quedado de la atormentada y devoradora vida de Balzac.

En su correspondencia hemos ido recogiendo datos que nos permiten reconstruir esa triste y obscura peregrinación del escritor acosado por la pobreza y por sus deudas.

La primera casa que habitó fué la bohardilla de la calle Lesdiguières N.° 9.

Era entonces un muchacho que por primera vez venía a París.

Esos fueron dias de privaciones y miserias dolorosas. Sin embargo, escribiéndole a su hermana le decía, para cubrir con un velo alegre esas tristezas, «el tiempo que pasaré aquí será para mi una fuente de recuerdos dulces. Vivir a mi fantasía, trabajar a mi gusto, si yo quiero no hacer nada, dormirme sobre el porvenir que veo hermoso, pensar en Uds., sabiendo que son felices, tener por amante a la Julia de Rousseau, por amigos a Lafontaine y a Moliere, por maestro a Racine, por paseo el Père Lachaise. Ah! si eso pudiera durar siempre!».

En ese granero oscuro, «tan negro como un horno y en que sin mi no se vería gota» segun sus propias expresiones, trabaja Balzac como un forzado, preparándose para la penosa entrada en la vida literaria. Es difícil imajinar todo el esfuerzo y toda la perseverancia necesarios para abrirse el camino de las letras y ganarse la esquiva y desdeñosa atención de los lectoras.

«Ah! hermana,—escribía Balzac—qué de torturas. Le haré una petición al Papa pidiéndole el primer nicho de mártir vacante. Acabo de descubrir un defecto en la composición de mi Cromwell y un semillero de versos malos! Hoy soy un verdadero *Pater Dolorosa!*»

Y despues de esos días de trabajo incesante, en esa bohardilla oscura, glacial en el invierno, abrazadora en el verano, siempre excesiva, no tenía Balzac más distracción que el paseo solitario en las avenidas melancólicas de un cementerio. «En-

cuentro en mis paseos al Père Lachaise, buenas y gruesas reflexiones inspiradoras y hago estudios del dolor útiles para Cromwell; el dolor verdadero es tan difícil de pintar, se necesita tanta sencillez. Decididamente los únicos epitafios hermosos son: *Lafontaine*, *Massena*, *Moliere*. Un solo nombre que lo dice todo y que hace soñar!»

Con una mirada larga, ávida, contemplaba a Paris desde esa altura que lo domina, donde el mismo descansa ahora, y donde más de una vez se preguntó, pensando en los muertos que dormían a su alrededor, si algún día alguien vendría a saludar su tumba.

Después de llevar durante mas de un año la vida devoradora del granero, ese pobre muchacho volvió a su casa agotado, con una flacura impresionante, llevando con una orgullosa satisfacción su primera obra, su *Cromwell*.

La lectura del drama fué un desastre. Todos los que soportaron la abrumadora lectura de ese ensayo, estuvieron de acuerdo en que Balzac no tenía ninguna condición para escritor, y que en ese camino serían ridículos y estériles todos sus esfuerzos.

Fué necesario resignarse, someterse, renunciar a la bohardilla de las grandes y deslumbradoras perspectivas y volver a la provincia, a la vida oscura, monótona, de horizontes triviales y de una vulgaridad desesperante.

Sería necesario volver a la casa de sus padres, a esa casa helada, sombría, sin afectos tiernos, en que iba a sentir a cada paso el implacable escozor de los reproches, en que iba a leer en todas las miradas una constante desaprobación de su conducta. La vida iba a destilar incesantemente, gota a gota, una amarga compasión, si persistía en perseguir esos sueños de escritor *invita Minerva*, en contra de la voluntad de los dioses.

Tal vez Balzac habría caído aplastado por esa masa abrumadora de la desaprobación de los que le mostraban mayor benevolencia, si en esa hora en que se decidía su destino, no hubiera aparecido una mujer que presintió su genio, con esa facultad de adivinación admirable del corazón de las mujeres.

Mme. de Berny dió aliento a la esperanza vacilante de ese muchacho, que hasta su propia confianza había abandonado; le

volvió la vida a sus sueños, le dió alas a sus ambiciones, calor a su esperanza. Todas sus ilusiones se volvieron a levantar de sus cenizas. Le facilitó los medios para que pudiera salir de su provincia, de su casa, de esa atmósfera letal en que su genio iba a morir envenenado, como una flor sumergida en una agua amarga. Le abrió las puertas de una especulación industrial que le permitiría seguir libremente su destino y conquistar con la fortuna una tranquila independencia.

Despues de una ausencia de cinco años volvía Balzac a París, a la sombra protectora y generosa de Mme. de Berny. La suave mano del amor iba a abrirle sonriendo las pesadas puertas de la gloria y la fortuna.

El palacio encantado en que iba a operarse esa maravillosa transformación de su destino era una casa de un aspecto vulgar en uno de los barrios más oscuros de París, en el Marais St. Germain, en la callejuela que ahora se llama de Visconti y que va de la calle Bonaparte a la calle del Sena, entre las calles de Jacob y de Beaux Arts. Es una callejuela corta, estrecha, húmeda, viscosa, que, a pesar de su aire de miseria y de abandono, llama todavía la atención de los viajeros.

Fuimos a esa callejuela a visitar la casa en que vivió Racine. Está en el número 19. Es un edificio de aire altivo, que estuvo en su tiempo rodeado de jardines y de árboles frondosos.

Encontramos sobre el umbral de esa casa esta inscripción: «Palacio de Ranes edificado sobre el sitio del Petit Pré aux Clercs. Juan Racine murió aquí el 22 de Abril de 1699, Adriana Lecouvreur en 1730. Ha sido también habitado por la Champmelé y la Clairon».

En esta casa vino a vivir Racine en 1693; vino a buscar un rincón oscuro, apartado, cuando se sintió abrumado con el peso de calumnias monstruosas, cuando Voisin lo acusaba de haber muerto a la encantadora Duparc, que él había amado con tanta ternura. El abandono de Luis XIV y «el mal de las quimeras» lo hicieron morir en esta casa.

A la entrada, a la derecha está la escala que lleva a los pisos superiores. Es una escala de piedra, ancha, majestuosa y con una rica balaustrada de fierro forjado y un pasamano de bronce. Es una escala suntuosa y elegante.

Por esa escala han subido Racine, Molière y Lafontaine. Después veo subir por esa misma escala, todo ese mundo alegre y brillante que rodeaba a Adriana Lecouvreur, a Voltaire, d'Argental, Caylus, el mariscal de Saxe, y ese enjambre de admiradores apasionados del arte y de la artista, que cubrían de flores su camino.

Por esa misma escala, en el mes de Julio de 1729, se deslizaba como una sombra un pequeño abate, jorobado, pintor de miniaturas, el abate Bouvet. Esa pequeña cosa negra, oscura, vacilante, se deslizaba en silencio como una intriga, como una calumnia, como una infamia. Iba a golpear a esa puerta de Adriana Lecouvreur, por donde entraba todo lo que había en París de más noble, brillante y luminoso. Volvió dos veces y como no pudo ser recibido por Adriana le dejó una carta en que le decía que había sorprendido un secreto que le interesaba conocer, y que estaba dispuesto a revelarle en una avenida del Jardín del Luxemburgo, que ahí lo reconocería por tres golpes que daría en el sombrero cuando pasara a su lado. Adriana fué. Encontró al jorobado que le dijo que una dama de la Corte, cuya miniatura estaba pintando, le había propuesto que se introdujera como pintor en casa de Adriana y le diera un filtro que alejaría al Mariscal de Sajonia de su lado; que dos personas enmascaradas, con que había tenido que entenderse para los detalles de la ejecución, le habían declarado que no se trataba de un filtro sino de un veneno; que en un olmo de las Tullerías se dejarían dos pastillas que el abate iría a recojer. Si se las daba a Adriana tendría una pensión de 600 libras y una suma de 6 000. El abate declaraba que había fingido aceptarlo todo.

Adriana, con esa fácil credulidad que dan los celos, encontró muy verosímil esa historia. El mariscal de Sajonia, su voluble amante, había tratado de acercarse a la duquesa de Bouillon y manifestado una inclinación muy viva por una cantatriz de la Opera. El abate parecía insinuarle que el peligro venía del palacio de Bouillon.

Adriana le dió otra cita al abate. Consultó a sus amigos, y entre ellos al mismo mariscal de Sajonia. Estuvieron de acuer-

do en que el abate debía seguir adelante en la aventura e ir a recojer las pastillas en las Tullerías.

El abate tomó las pastillas y las fué a entregar a Herault, jefe de la policía. El abate fué arrestado. Se analizaron las pastillas sin tener un resultado positivo. Se levantó un acta de todo este incidente el 30 de Julio de 1729.

A pesar del profundo sigilo con que se había tramitado este negocio, transpiraron todos sus detalles, y en el público se dijo que la duquesa de Bouillon había tratado de envenenar a Adriana Lecouvreur.

Cuenta en sus *Memorias* el abate de Launay que el fué el primero que informó a la duquesa de ese odioso rumor, para que pudiera desvirtuarlo. El duque de Bouillon y toda su familia intervinieron activamente en el asunto. Se reabrió el proceso. El abate Bouvet fué de nuevo preso en St. Lazare. El abate insistió en sus declaraciones anteriores.

Mientras se tramitaba ese nuevo proceso, vino la muerte inesperada y casi súbita de Adriana Lecouvreur, a despertar las sospechas de un envenenamiento criminal. Y mientras las sospechas de ese crimen ajitaban sus alas siniestras al rededor del cadáver de la hermosa Adriana, execrables preocupaciones religiosas suscitaban dificultades para la sepultación de sus despojos.

Adriana había ganado en el teatro una fortuna. Era pues, una de esas parroquianas que los curas van siempre a visitar en sus últimos momentos. «Quédese tranquilo—le dijo a un vicario que la vino a visitar el día de su muerte—Sé lo que lo trae, señor abate; no he olvidado sus pobres en mi testamento». Y en efecto, había dejado un legado considerable para los pobres de la parroquia de San Sulpicio. El cura recibió el espléndido legado de la actriz, pero se negó a recibir en tierra santa su cadáver.

Esa negativa horrible levantó un movimiento de indignación social, de que se hizo eco elocuente la pluma vengadora y humana de Voltaire, que en versos soberbios protestaba de que se negara sepultura a una mujer que los griegos habrían levantado en sus altares, a

«*Celle qui dans la Grece aurait eu des autels*»

Para calmar esa ajitación social y evitar las peligrosas complicaciones de un conflicto, Maurepas le hizo saber al jefe de la policía de París, que el cardenal de Fleury no quería tomar parte en este asunto de la sepultación eclesiástica, y aceptaba lo que dispusieran el arzobispo y el cura de San Sulpicio. «Si persisten en negarla, como parece, será necesario sacarla de noche y hacerla enterrar con el menor escándalo posible».

Fué lo que se hizo. La noche del 21 de Marzo, una de esas noches lóbregas con que concluye el triste invierno de París, dos coches de posta vinieron a detenerse delante de esta puerta. Un momento después bajaron por la escala de piedra cuatro hombres llevando en peso un bulto extraño. Un empleado superior de los servicios fúnebres subió a uno de los carruajes; en el otro iban tres sepultureros. Se dirigieron a una cantera abandonada del barrio de St. Germain, hacia el ángulo S. E. de las actuales calles de Grenelle y de Bourgogne.

En ese terreno eriazo cavaron una fosa y arrojaron en el fondo el cadáver de Adriana Lecouvreur.

Después de la muerte de la gran trágica francesa obtuvieron del abate Bouvet una retractación en que declaraba que sus confesiones anteriores habían sido una fábula inventada, que todo había sido un cuento imaginario.

Esa retractación fué naturalmente acogida con sospechas y continuó pesando sobre la duquesa de Bouillón la sombra de esa acusación odiosa.

Sólo muchos años después, cuando se publicaron las *Memorias* del abate Aunillon, se esclareció el secreto de esa inícua intriga. Declara el abate que «una dama de la Corte que él conoce y que no nombra, una persona de consideración, celosa y sin duda rival de la duquesa de Bouillon, había forjado toda esa máquina, no para envenenar a Adriana Lecouvreur, sinó para perder de reputación a la desgraciada duquesa cuyo nombre se tomaba.»

Esa infamia era la que llevaba oculta el pequeño abate, jorobado, que vimos deslizarse por la escalera monumental. El recuerdo de Racine llevó a la hermosa y soñadora Adriana a esa casa trágica en que después vino a vivir Mademoiselle Clairon, la entusiasta y ardiente Mademoiselle Clairon. Sin em-

bargo, esa alegre soñadora no venía aquí persiguiendo una sombra que la inspirase, un fantasma brillante. No, ella misma nos dice en sus *Recuerdos* que vino aquí a buscar la tranquilidad y el silencio. «Necesitaba un poco de tranquilidad para mis estudios y para mi pobre salud comprometida. Me hablaron de una casa en la calle del Marais St. Germain (ahora Visconti); me dijeron que Racine había vivido en esa casa... Es ahí donde quiero vivir y morir».

Ahí no murió sin embargo, esa mujer deliciosamente encantadora, cuyo nombre no puede pasar por nuestros labios sin dejar en ellos el sabor de una sonrisa exquisita. Es la sonrisa de su recuerdo. Fué a visitar a Voltaire en Ferney. Iba a visitar al escritor a quien debía sus más grandes triunfos en la escena y a quien admiraba con un entusiasmo apasionado. En presencia de Voltaire la hermosa actriz se dejó llevar por su entusiasmo juvenil; con una profunda emoción le habló de la admiración que sentía por su genio, del esplendor que había derramado sobre el arte, del templo de la gloria, del Parnaso, y concluyó pidiéndole que le permitiera arrojarse a los pies del Apolo que inspiraba el gran teatro francés.

Y representando a lo vivo aquella escena, la Clairon se precipita a los pies de Voltaire. Voltaire tambien se arrodilló, y con la más cariñosa de sus sonrisas le dijo: «Ahora que estamos en la tierra, señorita, ¿cómo le va a Ud?» *Maintenant que nous sommes par terre, Mademoiselle, ¿comment vous portez vous?*

Con la sonrisa de ese recuerdo delicioso, bajamos la escalera de Mlle. Clairon. Esa escalera y las puertas, es todo lo que queda intacto de aquella época. El departamento ha sido completamente transformado por las exigencias de la vida moderna y ya no vale la pena de entrar a visitarlo.

Al lado de ese antiguo palacio hay en el número 17 una casa relativamente nueva. En un enorme rótulo que atraviesa toda la fachada se lee: «*Cahiers d'ecole.—Herment, Successeur de Garnier.—Fabrique de registres*».

En esa casa fué donde Balzac tuvo su imprenta. Ahí vivió cuando vino a establecerse en París. Ahí conoció todo el esplendor de las grandes ilusiones y todas las angustias del de-

sastre; toda la amargura del que se hunde en medio de una espantosa tempestad y el bálsamo inefable que derrama la ternura sobre las heridas incurables; ahí conoció las tristezas de su gran fracaso y encontró los consuelos de una mujer divinamente buena, a quien escribía, al dedicarle su retrato: «*Et nunc, et semper!*» «*Ahora y siempre!*

En esta casa en que Balzac trabajó y amó con una pasión encantadora, en que luchó de una manera desesperada, desgarradora para levantar una fortuna, y en que sintió las alegrías sin límites de un amor verdadero, en esta casa, delante de la cual no pasó nunca sin suspirar, como nos dice su hermana, aquí quedó guardado el secreto del gran drama de la vida de Balzac.

El mismo, en sus *Ilusiones Perdidas*, nos ha dejado una descripción muy viva de ese rincón pintoresco y silencioso del Paris antiguo, en que instaló su imprenta con un éxito tan poco afortunado.

En esa misma casa vivieron también dos grandes pintores, De la Roche y Delacroix, que figuran entre los grandes artistas de su tiempo, y vivió también un tipo extravagante y curioso que se firmaba: «*Ducornet (nacido sin brazos)*». «Lo he visto trabajar muchas veces,—dice Pongin en una anotación biográfica—con el pié descalzo. Tenía la estatura de un enano, disforme, con una cabeza enorme y una voz estruendosa, era muy curioso, y ese personaje desgraciado se llamaba Cesar!»

En la misma casa, recorriendo el departamento de Balzac, pudímos recojer estos detalles.

Después de ese primer desastre de sus especulaciones industriales, fué a instalarse en la calle de Tournon en 1828.

Hablando de esa época de la vida de Balzac, cuenta su hermana que si entonces no volvió «a una cobacha como la de la calle Lesdiguières, fué porque sabía que en Paris se especula con todo, hasta con la miseria.

«En un granero no me darán nada por mis obras, me repetía con frecuencia.

«El lujo que afectó—agrega—que le han reprochado tanto, y sobre todo exagerado tanto, era un medio de tener mejor precio para sus libros».

Solo esta vaga alusión encontramos en nuestras notas sobre la casa de Tournon, en que Balzac trató de realizar uno de sus aforismos familiares: «*pour reussir dans la vie il faut avoir l'air d'avoir reussi*», para conseguir el éxito en la vida es necesario parecer haberlo conseguido!

Más conocida que esa casa de la calle de Tournon es la que habitó después Balzac en la calle de Cassini. Encontramos una vista de esa casa en una obra muy curiosa sobre «Las habitaciones de los personajes más célebres de Francia desde 1790 hasta nuestros días» publicado en Paris por A. Régnier, libro que muchas veces consultamos con provecho en la Biblioteca Nacional de Francia.

George Sand, que lo fué a ver en esa época, dice que Balzac ocupaba en la calle de Cassini «un pequeño departamento situado en el fondo de un jardín. Era una hilera de piezas decoradas con elegancia y amuebladas con objetos deliciosos del siglo XVIII.

«Ahí la recibió con una benevolencia familiar. Le alabó su talento, le hizo grandes elogios de *Indiana* y despues le habló de sí mismo, de sus proyectos, y se hizo inagotable de verbosidad y de imaginación.

«En el curso de la conversación nombró a Rabelais. Jorge Sand le confesó que no lo había leido.

«Es posible! exclamó. Y se lanzó en una magnífica tirada sobre el autor de Pantagruel.

«Jorge Sand salió deslumbrado de la calle Cassini.

«Este hombre tendrá todo el porvenir que sueña, decía al salir. Comprende demasiado bien todo lo que no es él para que no haga de sí mismo una gran personalidad.

Algunos días después volvió a comer a la casa de la calle de Cassini.

El *menú* era algo extraordinario.

Carne cocida, melón y champagne helado.

Después de la comida Balzac se puso una hermosa bata nueva que quería mostrarle, con la alegría de una muchacha. Vestido con esa bata los acompañó hasta la verja del Luxemburgo. Llevaba en la mano un candelero de plata cincelada con una vela encendida, y les hablaba de sus cuatro caballos árabes,

que no tenía todavía pero que tendría luego—que no ha tenido nunca pero que ha estado convencido que tenía durante mucho tiempo. Así podía haber llegado al otro extremo de Paris».

Hablando Balzac sobre esa casa recuerda en una de sus cartas, un tapiz de Persia que tenía en su dormitorio y que debia ser uno de los lujos de su productiva instalación.

Perseguido por los desastres económicos tuvo después que abandonar también la casa de la calle de Cassini.

«He salido con pena de la calle de Cassini—escribía en 1836 a la condesa Hanska—No sé todavia si podré conservar algunas partes del mobiliario que me interesan, lo mismo que mi biblioteca. He hecho de antemano todos los abandonos, todos los sacrificios de pequeños goces y de recuerdos; todo eso seria poco para apagar la sed de los acreedores y apagarían la mía durante mi marcha en el desierto y en los arenales en que voy a entrar. Dos años de trabajo pueden cancelarlo todo, pero me parece imposible no sucumbir con dos años de esta vida».

De la calle de Cassini se trasladó Balzac a la modesta calle des Batailles (Chaillot).

Con amargura escribía en una de sus cartas: «derrumbadas todas mis esperanzas, habiendo abdicado forzosamente, refugiado aquí, en la antigua bohardilla de Jules Sandeau, en Chaillot, el 30 de Septiembre de 1836, en los momentos en que por segunda vez en mi vida, me encuentro arruinado por un desastre imprevisto y completo, y que a las inquietudes del porvenir se une el sentimiento de la profunda soledad en que ahora entro solo...»

Esta última frase es una delicada alusión a las condiciones tan diversas en que se había encontrado después de su primer desastre en 1828, entonces, como él dice, «yo no tenía 29 años y tenía un angel a mi lado».

En esa bohardilla fué afortunada y dura la vida de trabajo. Ahí Balzac escribió mucho.

Vemos en sus cartas de aquella época que pasa largas temporadas en Angulema, en Aix, en Saché, en Marsella, en Milán, viaja por Italia, recorre la Córcega, el Piamonte, la Suiza.

La fortuna parece entonces sonreirle. Sus libros se venden,

las revistas le pagan más razonablemente su trabajo, y los sueños de gloria y de fortuna parecen principiar a realizarse.

Esas alegres ilusiones empujan a Balzac a la compra desastrosa de un terreno en Ville d'Avray, donde proyectó la suntuosa construcción de *les Jardies* y donde ahora visitamos la histórica casa de Gambetta.

El terreno era pendiente; se derrumbaron las murallas y junto con ellas rodaron por el suelo los espléndidos proyectos.

A las penalidades de un trabajo de forzado, que hicieron tan amarga su vida en *les Jardies*, vino a agregarse la más desgarradora de las pérdidas.

«Usted sabe, le escribía a su amigo Garreaude, que he sufrido una pérdida cruel, que ha herido mi vida».

«Mi hermano, decía su hermana, estaba entonces agobiado por un gran pesar. Sólo puedo publicar de su voluminosa correspondencia lo que se refiere a él o a sus obras, y mostrarlo sólo bajo el aspecto de hijo o de hermano; estas restricciones privan al público de algunas páginas interesantes, sobre todo de las que me dirigió después de la muerte de una persona mui querida. Es lo que he leído de más elocuente en la expresión del dolor».

Tal vez nos explicaríamos después esa reserva, y encontraríamos en una manera de sentir profundamente femenina el secreto de esa silenciosa discreción.

A ese golpe de maza con que lo abrumaba el infortunio se agregaban los alfilerazos envenenados de la crítica. Balzac vivía en medio de un enjambre de enemigos que lo asediaban con sus ataques incesantes y obstinados. La mordacidad de esas críticas llegó a una ferocidad que obligó a Balzac a recurrir a los Tribunales de Justicia.

El cuerpo del delito era una litografía publicada en la *Gazette des Ecoles* que representaba a Balzac en un calabozo de Clichy (la prisión por deudas), vestido de fraile y sentado a una mesa en que se veían botellas de vino y una copa de champagne. En el brazo izquierdo tenía una pipa que estaba fumando y con el brazo derecho rodeaba la cintura de una muchacha. Debajo de esta litografía se leía: *El reverendo padre don Seraphitus Místicus Goriot, de la órden regular de los hermanos de Clichy, re-*

cibe en su soledad forzada los consuelos de Sancta Seraphita. (Escenas de la Vida Oculta, continuación de las *Escenas de la Vida Privada).*

Y el pobre Balzac, en medio de ese cruel desgarramiento del dolor, de esos fastidios de un proceso, sentía que el terreno se hundía debajo de sus pies y que a pesar de todos sus esfuerzos las deudas lo arrastraban a un abismo, y que era necesario resolverse a sacrificar hermosas esperanzas, abandonar su fantástico Jardies de Ville de Avray, y buscar un refugio más modesto y menos peligroso.

Fué a buscar ese asilo del trabajo y de los sueños en Passy. Ahí vivió en una casita que dominaba la colina, desde 1840 hasta 1849, en la época más admirable y más fecunda de su vida de escritor.

Sus discípulos y admiradores han consagrado esa casa como «la Casa de Balzac».

Una sociedad literaria adquirió la propiedad y ha transformado la pequeña habitación en un museo, en que reune todos los recuerdos del formidable autor de la «Comedia Humana».

Un día de primavera tranquilo, asoleado, en que brillaba luminoso uno de esos cielos azules tan raros en París, tomamos en la plaza de la Bolsa un autobús que nos llevara a la plaza de Passy.

Atravesamos los boulevares, los Campos Elíseos, la Avenida Friedland pasando delante de la hermosa estatua de Balzac, obra de Falguières.

Llegamos a Passy. En la época en que Balzac se vino a instalar a esa colina, Passy—como él decía—era la provincia.

Ya no era como el siglo XVIII el sitio de las residencias favoritas de los grandes financistas. Eso había pasado, dejando como testimonio de esos días de esplendor, los fastuosos palacios, pero habían desaparecido las fortunas que les daban vida y se había apagado el ruido de sus sonoros y vacíos cascabeles.

A mediados del siglo XIX el barrio brillante de los financistas habia pasado a ser un barrio alejado del centro de París, a donde iban a buscar un alojamiento desahogado las familias numerosas y las fortunas modestas.

Las calles solitarias y silenciosas de Passy tenían grandes jardines y todo el aire de la vida provinciana.

Ahora París ha absorbido la colina; la ha acercado con sus fáciles medios de transporte, le ha dado al terreno un valor considerable, han desaparecido los jardines, y se han levantado, en medio de los palacios, grandes edificios de alojamientos estrechos y baratos.

Esas transformaciones le han dado ahora a Passy una fisonomía y una vida mui diversa de la que tenía en tiempo de Balzac. Ahora es una población de obrerillas de las fábricas, vendedoras de las tiendas, dactilógrafas, empleadas de almacén, de ese mundo de las *midinetas* que han venido a reemplazar en nuestros días a las *grisetas* de otro tiempo.

Ahora Passy tiene horas de bullicio y días de fiesta, cuando recorren sus calles bandadas de esas alegres y lijeras mariposas de la vida obrera, que vienen del taller o gozan del descanso. Fuera de esos momentos de animación y de ruído, en las calles desiertas de Passy hay un silencio melancólico y profundo, el triste silencio de un convento.

La plaza de Passy es de una forma irregular, angosta, larga; rodeada con una reja de fierro, vieja y sin gracia. Es una plaza fea. Lo único que vale ahí son los árboles que tienen la belleza majestuosa de los años. Esos árboles enormes extienden noblemente sus brazos protectores sobre los bancos y los pequeños jardines de la plaza.

El sol cae a plomo sobre la plaza. Sólo hay sombra debajo del follaje. Una bandada de «moineaux» picotea alegremente en el pasto del jardín. Eso es todo lo que se mueve; nadie pasa por esa plaza desierta; todo parece dormir en la resolana, apacible; hay no sé que misterio en ese rincón solitario.

De la plaza de Passy tomamos por la calle de la Anunciación. Pasamos delante de la iglesia vieja, ruinosa, que le ha dado su nombre a esa calle, y llegamos a la calle de Raynouard.

Es una calle un poco a trasmano, estrecha, sinuosa; es una calle tranquila en que se siente ahora mismo un silencio de aldea. Ya quedan pocos restos de la calle antigua. Casi todos los edificios de cuatro o cinco pisos tienen todavía el color blanco amarillento de la piedra nueva. Hay ya muy pocas casas viejas,

pero conserva su aspecto de otro tiempo, la que lleva el número 47.

Al lado de la puerta hay un medallón en que asoma la cabeza vigorosa y acentuada del autor de la «Comedia Humana», y debajo se lee en una pequeña plancha de mármol: «Honoré de Balzac. 1779-1850».

Esa es la casa de Balzac. En su tiempo esa calle se llamaba la rue Basse y la casa tenía el número 19.

En 1864 le dieron a esa calle el nombre de Raynouard, que había muerto en una de esas casas en 1836. Raynouard era un viejo girondino, que había estado preso en la Abadia y por una rara fortuna escapó de la guillotina el 9 thermidor. Era una figura pintoresca que conservó hasta una edad muy avanzada los aires y el lenguaje de un convencional. Aspero; inquieto; mirándolo todo con un aire distraído, con una indiferencia displicente, dejando ver en todos los detalles de su vida una honradez acrisolada y una hermosa elevación moral.

Ese sobreviviente de los días de la revolución francesa, que había oído a Mirabeau en la Asamblea Nacional, a Robespierre en el club de los jacobinos y a Madame Roland en su pequeño salón de la calle Guenegaud, no solo había conservado las exterioridades sino también el alma de su tiempo.

Raynouard escribía tragedias y una de sus obras mereció los honores de una representación de gala en la Comedia Francesa.

Es toda una aventura. No sabemos por que camino llegó hasta Napoleón la tragedia de «Los templarios» de Raynouard. Napoleón se encantó con ese drama, hizo algunas correcciones con su pluma, indicó algunas variantes y ordenó que se representara la obra que había honrado con su colaboración.

Cuando se estrenó la pieza en presencia de Napoleón, nadie sabía cuales eran las frases imperiales y todos aplaudían estrepitosamente los arranques teatrales en que sospechaban una inspiración del soberano.

En esa representación aplaudir a Raynouard era de todos modos lisonjear a Napoleón, y los cortesanos cumplieron heroicamente su deber. «Los templarios» tuvieron un éxito asombroso, y el ruido de esos aplausos siguió a Raynouard durante todo el curso de su vida.

A ese hombre del pasado le gustaba vivir en plena luz, mostrarse en todas partes. A Balzac, ese hombre del porvenir, que vino a vivir despues en la misma calle, le gustaba por el contrario vivir en la sombra, esconderse en un rincón oscuro, ignorado, en donde pudiera pasar sin ser apercibido.

Ha sido un fenómeno curioso la especie de misterio que ha rodeado siempre la casa de Balzac en Passy. Esa casa, apesar de todo su interés, no figuraba en los guías y era para los turistas un secreto de difícil solución.

En tiempo de Balzac mismo no era fácil conocer su dirección. En Junio de 1844—cuando hacía algunos años que vivia en Passy—en una carta al Vicario del arzobispado de París le decía: «Vd. podrá contestarme, señor abate, con la dirección de Mr. Brugnol, rue Basse N.° 19, Passy, haciéndome el pequeño servicio de olvidar que vivo ahí, *porque el secreto de mi retiro es importante para mi tranquilidad*».

Ese misterio no tenía simplemente por objeto escapar a la persecución de acreedores implacables, porque en el extranjero, en sus viajes, ocultaba tambien su dirección. Era un rasgo singular de su carácter, como el uso de nombres imaginarios, en lugar del nombre propio.

Pero en fin ya se ha roto para nosotros el sello que guardaba ese secreto y todos sabemos la dirección de Balzac en la colina de Passy.

Su casa, en que vamos a entrar, en la calle Raynouard está edificada en graderías, practicadas en la pendiente de la colina.

Franqueada la puerta, seguimos un largo pasadizo, bajamos una escalera, continuamos por otro pasadizo y en seguida bajamos una nueva escalera, que nos lleva a un patio interior del edificio.

En el fondo de ese patio está aislado el pabellón en que vivió Balzac. Ahí escribió la mitad más hermosa de la *Comedia Humana*.

Delante de la puerta de ese pabellón hay una mampara de vidrio. Cuando tiramos el cordón del portero sentimos resonar la campanilla en el patio solitario.

La puerta da entrada a un vestíbulo angosto, no muy largo

—2 metros de ancho y 5 metros de largo.—Están pintados de azul claro el techo y las paredes, como en tiempo de Balzac.

En la muralla del frente hay una reproducción en yeso del medallón de David d' Angers y en el fondo vimos, sobre un zócalo desgraciado, el expresivo busto de Balzac esculpido por Hebert.

Frente a la puerta del vestíbulo se abre la puerta del comedor y sobre esa puerta se lee: *Parva domus, magna quies.*

En el fondo del vestíbulo, a la derecha de la entrada, se abre la puerta del dormitorio.

Ese vestíbulo es sombrío, vulgar, sin carácter. Las soberbias esculturas de esa pieza parecen ahí fuera de lugar y en condiciones que no las favorecen.

El busto de Hebert parece inspirado en el retrato que hace Lamartine de esa fisonomía tosca, fuerte, en que hay algo de excesivo y de monstruoso, que más bien que la figura de un hombre parece la figura de un elemento». Pero esa cabeza, al mismo tiempo grandiosa y vulgar, se ilumina con una mirada de una bondad inefable.

Ese contraste de su fisonomía es un reflejo de su espíritu hecho todo entero de contraposiciones violentas; porque ese gran maestro del realismo, ese observador apasionado de las trivialidades de la vida, era al mismo tiempo un soñador incorregible, que vivió toda su vida en medio de ilusiones.

Al pasar vimos colgado en la pared un cartel: *Concert aux Chandelles*, ¿qué significaba ese anuncio de un concierto a la luz de las antorchas? Es que ahí, en esos jardines, los amigos de Balzac tratan de evocar recuerdos de otro tiempo, y con los trajes de 1830, vienen los personajes de la Comedia Humana a bailar en la noche, a la fantástica luz de las antorchas.

—«En este invierno ha habido siete u ocho de esos conciertos, que son muy concurridos y muy interesantes» nos dice el portero.

Esa fantasía pintoresca tenía antecedentes. Recuerda Sainte-Beuve en sus charlas literarias que hubo un momento en que la sociedad de Venecia tuvo la idea de tomar los nombres y representar los personajes de la Comedia Humana. Durante to-

da una temporada no se vió más que Rastignacs, duquesas de Langeais, duquesas de Maufrigneuse, y aseguran que más de un actor o actriz de esa comedia de sociedad quiso representar demasiado a lo vivo su papel.

Entramos al dormitorio que es la pieza más espaciosa del pabellón. Hace ángulo, y grandes ventanas que se abren al patio y al jardín, dejan pasar la luz, el aire embalsamado y el canto alegre de las primeras golondrinas.

Las paredes del dormitorio estan cubiertas con un papel nuevo que reproduce los colores y el dibujo del papel antiguo. Se conserva la chimenea de los tiempos de Balzac, algunas sillas y a lo largo de la muralla se ha colocado un bajo relieve en que figuran personajes de la Comedia Humana.

De ese dormitorio, en que se respira una tranquilidad alegre, se pasaba a una pieza angosta, que Balzac hizo dividir. Una parte de esa pieza quedó destinada para servir de repostero. Era la despensa en que Balzac guardaba la fruta cuyo penetrante olor se hacía sentir desde que se entraba al pabellón.

Levantando unas tablas del piso se descubría una escalera de servicio, que era tambien una escalera de escape, por donde Balzac podía huir de sus acreedores sin ser visto.

—«Utilizaba con frecuencia esa escalera, el pobre desgraciado» nos dijo el portero con una magnífica compasión de circunstancias: «*Il l'utilisait assez souvent, le pauvre malheureux!*»

La otra parte de la pieza dividida es un pasadizo estrecho que va del dormitorio al comedor.

El comedor es la pieza que se conserva más completa. Está ahí la gran estufa de porcelana que calentaba casi todo el pabellón, está la mesa de encima, la suntuosa lámpara de bronce, que era el lujo de la casa y algunas sillas.

En la pared hay suspendido un retrato de la Jorge Sand en traje de hombre, con sombrero de copa alta y corbatín—traje de 1830—y un retrato de Víctor Hugo.

En una repisa se muestran algunos útiles de comedor.

Sigue el salón. En tiempo de Balzac estaba tapizado con una tela azul, ahora cubre las paredes un papel de ese color. Una gran puerta y dos ventanas se abren sobre el jardín, que ofrece una vista de una poesía vaga, soñadora.

Desde la puerta del salón veíamos en el jardín un banco rústico y un busto de Balzac, que desde lejos hacía la impresión de esos bustos de los faunos asomados entre el follaje de los antiguos jardines italianos.

En un ángulo del salón está la estatua en pié de Balzac que es una elegante escultura de Pattinatte de una gracia afectada que contrasta con la desenvuelta naturalidad del escritor.

En una vitrina vemos todo lo que queda del guarda-ropa de Balzac: una chaqueta de trabajo de brin blanco y un chaleco de abrigo, tejido.

Algunos muebles y muchos dibujos, caricaturas y grabados, recuerdan amigos o personajes de las novelas de Balzac.

Durante largo rato desde una de las ventanas del salón contemplamos la perspectiva melancólica y vaporosa del jardín. Es un cuadro de Corot, de tintes grises, envueltos en una gasa tenue, sentimental y delicada.

La pieza de trabajo está al lado del salón, formando el otro ángulo del pabellón.

Tiene una ventana que da al jardín y dos que dan a la calle de Berton.

La pieza es espaciosa, baja. Las paredes están cubiertas por un tapiz rojo, que lo envuelve todo en una luz discreta.

Sentimos una impresión extraña al entrar en esa pieza de trabajo; sentimos el contacto indefinible, misterioso, de lo que llamaban tan propiamente los latinos el *genus loci*, el genio del lugar, el espíritu que ha dado animación a todo aquello.

Cerca de la ventana está la pequeña mesa de Balzac. Es una mesa de encina, sencilla, de patas salomónicas. La cubre una carpeta de tela gruesa.

Delante de la mesa está el sillón de Balzac: un sillón Luis XIII, también de encina, de respaldo casi derecho, con brazos de madera al aire libre.

Una señora mirando ese sillón me hizo una observación exquisitamente femenina. Debajo de la tapicería bordada de cañamazo, que ahora lo cubre, hay un tapiz de terciopelo que Balzac ha querido conservar. Hay en eso la sombra de un recuerdo cariñoso que se quiso guardar para siempre.

Encima de la mesa, en la pared, hay suspendidos dos cartones.

En uno se lee: «J'ai vu bien des jours de misère, et avec l'energie et surtout des illussions je m'en suis toujours tiré». (Lettre a Jane).—He visto muchos días de miseria, y con energía y sobre todo con ilusiones he conseguido siempre salir de ellos.

En el otro: «Je ne voudrais pas que l'on crut que j'ai l'orgueil feroce de certains auteurs; mes dontes sur moi même sont infinies, je ne suis sur que de mon courage de lion et de mon invincible travail». (Lettre a Mme. Perloné).—No quisiera que creyeran que tengo el orgullo feroz de algunos escritores; mis dudas sobre mi propio valor son infinitas; sólo estoy seguro de mi coraje y de mi trabajo invencible.

Encima de esos cartones hay una inscripción en la muralla: *La gloire est le soleil des morts!* La gloria es el sol de los muertos! Y debajo una esquela de invitación a los funerales de Balzac fechada el 18 de Agosto de 1850.

Esta es la pequeña mesa de trabajo en que ha tejido laboriosamente Balzac la trama de sus novelas imaginarias; esta es la mesa en que ha escrito el drama de su propia vida en las cartas apasionadas a la Condesa Hanska.

Mirando esa mesa recordaba una de esas cartas en que le decía: «Mi hermosa vida secreta me consuela de todo. Ud. temblaría si le contara todas mis angustias que, como Napoleón delante de un campo de batalla, olvido al sentarme delante de mi pequeña mesa. Entonces me rio y quedo tranquilo. Esta pequeña mesa pertenecerá a mi amada, a mi Eva, a mi esposa. La poseo hace diez años y ella ha visto todas mis miserias, ha secado todas mis lágrimas, ha conocido todos mis proyectos, ha escuchado todos mis pensamientos; mi brazo casi la ha gastado a fuerza de rozarla».

En otra de esas cartas decía a la Condesa que sobre esa mesa habia trabajado miserablemente. «Lo que yo llamo trabajar—le agregaba—es algo que es necesario ver y de que ninguna palabra puede dar idea; lo que he hecho desde hace un mes habría agotado a un hombre bien organizado. He corregido los tomos XIII y XIV de la Comedia Humana. He concluído *Bea-*

triz, he escrito y corregido artículos para el *Diable a Paris* y he arreglado algunos negocios. Todo eso no es nada, no es trabajar; trabajar, mi querida Condesa, es levantarse a media noche, escribir hasta las 8 de la mañana, almorzar en un cuarto de hora, escribir hasta las 5, comer, acostarse y volver a comenzar al día siguiente, y de ese trabajo salen 5 volúmenes en 40 días... Ahora necesito escribir 6 volúmenes de *Los Campesinos* y 6 pliegos de la Comedia Humana, en atención a que es lo único que me falta para terminar esta edición que tendrá 17 volúmenes. Espero una segunda para 1846 y esta segunda tendrá 24 volúmenes y puede producirme 200 000 francos».

Pero ese espantoso desgaste cerebral debía necesariamente hacer pedazos la organización de Balzac.

Después de algunos años de esa vida absurda, a que lo condenaba la necesidad imperiosa de pagar las deudas que arrastraba penosamente, como una cadena de galeote, principió a sentir su agotamiento.

Los médicos a quienes consultó le hicieron ver el tremendo desastre que sería el desenlace de su régimen de vida.

En una de sus cartas a la Condesa Hanska le decía: «Me ha interrumpido el Dr. Nacquart; me ha reconvenido ásperamente porque me encontró escribiendo después de todo lo que él me había dicho a ese respecto. Ni él, ni ninguno de sus colegas y amigos médicos pueden concebir que se someta el cerebro a semejante exceso. Me dice y me repite con un aire siniestro que esto acabará mal; me suplica que siquiera ponga algún intervalo de reposo entre estas orgías cerebrales (así las llama). Los esfuerzos de la *Cousine Bette*, improvisada en seis semanas, lo han espantado. Me ha dicho: «esto acabará necesariamente por algo fatal». El hecho es que yo mismo me siento afectado en cierto modo; en la conversación a veces me cuesta mucho encontrar los sustantivos. La memoria de los nombres se me escapa. Ya es tiempo de que descanse! Si no hubiera tenido la preocupación de mis cuidados financieros, los cuidados que tenía que prestar al arreglo definitivo de mi pequeña casa habrían sido una feliz y buena distracción para mis ocupaciones literarias. También he sido desgraciado a este respecto. Cuando el doctor me hacía estas observaciones sobre

mis excesos literarios, le dije: Pero, mi amigo ¿ha olvidado Ud. mis deudas? Tengo obligaciones, me he comprometido a pagar en plazos fijos y no podría faltar a esos compromisos; necesito ganar plata, es decir escribir hasta que haga caer mis cadenas a fuerza de coraje y de trabajo».

En esa tarea abrumadora, desesperante y horrible, Balzac se inclinaba sobre su mesa de trabajo, soñando con los días afortunados en que se pudiera levantar de la miseria y volar libremente hacia sus fascinadoras y nobles esperanzas.

Entretanto era necesario trabajar, someterse a ese resignado y alegre fatalismo que está en el fondo de la filosofía de Balzac. «Nous sommes du mêsme pays, Madame, du pays des larmes et de la misère». Somos del mismo país, señora, del país de las lágrimas y de la miseria».

Al lado de esa mesa de trabajo, está el «relicario» de Balzac. Es una vitrina en que encontramos el molde en yeso de las manos de Balzac. Es una mano fina, de una delicadeza casi femenina, de dedos largos. Esa mano sorprende en el cuerpo fuerte y tosco de Balzac.

También está ahí la cafetera de loza que tenía siempre al alcance de su mano. El café era el excitante de que abusaba Balzac para mantenerse despierto en sus largas y fatigosas veladas literarias. Absorbía una tras otra las tazas de la bebida de sus horas negras, para disipar el sueño y los fastasmas. Así fué preparando la enfermedad del corazón que puso un término prematuro a su existencia.

Vemos también en la vitrina una caja de hueso para guardar rapé. Era el otro excitante de que Balzac hacía un consumo apasionado.

Un coqueto neceser para escribir, con útiles de nácar. El lujo elegante de ese estuche hace suponer que era un obsequio y un recuerdo.

Hay un aplastador de mármol con una máscara de la Comedia fundida en bronce. Fué mandada arreglar por Paul Bourget con un fragmento de mármol de la casa de la calle Fortuné, ahora calle Balzac, donde murió el escritor. Su casa fué demolida para dar más espacio a los jardines de la baronesa Rothschild.

Hay también en esa vitrina un candado grueso, ordinario, con que Balzac acostumbraba asegurar su puerta; y una espesa chaqueta colchada para traje de interior y de trabajo.

En un marco suspendido en la muralla hay dos reproducciones fotográficas de pruebas corregidas por él. Es curioso ver en esas planchas el trabajo escrupuloso de Balzac y la lluvia de adiciones que dejaba caer sobre ellas.

Me sorprende que no hayan podido conseguir pruebas originales los amigos de Balzac y las tengan que reemplazar con pobres copias fotográficas en esta galería de recuerdos.

Me sorprende, porque yo he conseguido obtener una de esas pruebas que lleva en si misma el testimonio de su autenticidad y en que se deja ver todo el laborioso esfuerzo de las composiciones de Balzac.

Hay también suspendido en la pared un hermoso crucifijo de bronce que dejó en legado a Madame de Pierreloge al lado un rico marco vacío, destinado para recibir un pequeño Rembrandt.

Entre todos esos recuerdos curiosos encontramos retratos que nos detuvimos a mirar.

Uno es el retrato del padre, Francisco Bernard de Balzac. Es una figura aparatosa, pesada, fuerte, de rasgos sin distinción y sin carácter. Se ha hecho retratar con traje militar, a pesar de que sólo tuvo en el ejército el modesto papel de proveedor.

Era un meridional, que antes de la revolución francesa había vivido en el Languedoc como abogado, y cuando estalló el movimiento popular entró a ocuparse en el servicio de los víveres. En ese servicio levantó una pequeña fortuna, y cuando ya creyó sólida su situación, en 1797, se casó con la hija de un director de los hospitales de París.

Tenía entónces 51 años, pero se consideraba jóven todavía porque estaba completamente decidido a vivir un siglo por lo ménos. Vivir mucho era la preocupación constante de ese hombre que había consagrado su vida a cuidar de su salud.

El «estado perfecto», el «equilibrio de las fuerzas vitales» eran expresiones que aparecían constantemente en sus conversaciones, traicionando la preocupación dominante de su espíri-

tu. A la sombra de esa preocupación tenía que brotar el egoismo y producir sus frutos más monstruosos. Y en efecto, el egoísmo, un egoísmo sin vacilación y sin piedad, era la base fundamental de su carácter.

Como todos los grandes egoístas era aparatoso y magnífico, no vacilando mucho en atribuírse todo lo que pudiera rodearlo de prestigio. Llegó hasta imaginarse no se qué tradiciones de nobleza y de fantásticos blasones que fueron materia de alegres comentarios entre los que conocían sus orígenes modestos. Tal vez su hijo fué el único que tomó a lo serio esas historias.

Era hombre de una vasta lectura literaria, pero caprichosamente instruído. En una época se consagró al estudio de la China. Devoró una biblioteca sobre el gran imperio del Oriente y la razón de ese interés apasionado era porque la China era la nación más antigua de la tierra, la que había tenido una vida más larga, y esa inmensa vejez lo fascinaba.

Su hija Laura, que se ha empeñado en hacer la más cariñosa evocación de la figura de su padre, resume sin embargo esa figura original y extravagante en esta frase: «era de una sinceridad reveladora, un personaje de los cuentos fantásticos de Hoffmann».

Al lado del retrato de su padre, encontramos suspendido en el escritorio de Balzac, el retrato de su madre, Laura Sallambier. Era una fisonomía distinguida, fina; una cara ovalada, de líneas delicada y correctas. «Mi madre,—decía la hermana de Balzac—rica, bella y mucho más jóven que él, tenía una viveza de espíritu y de imaginación, una actividad infatigable y una gran firmeza en sus resoluciones».

Pero... con la misma pluma con que nos ha bosquejado esa fisonomía de una encantadora suavidad, escribe la hermana de Balzac a propósito de *Seraphita*: «Mi madre muy ocupada de ideas religiosas, leía los místicos y los había coleccionado. Honoré se apoderó de las obras de San Martín, de Swedemburg, de Madame Guyon, de Boehm, que formaban más de cien volúmenes y los devoró... se sumergió en el estudio del sonambulismo y del magnetismo, que se enlazan con el misticismo, y mi madre entusiasta por lo maravilloso le procu-

ró oportunidades para hacer esos estudios; ella conocía todas las magnetizadoras y sonámbulas célebres de esa época».

Eso nos hace comprender el carácter de la madre de Balzac: reservado, seco, sin expansiones; es mística y superticiosa, es una devota y como todas las mujeres piadosas es sin piedad, de una severidad sin ternura.

El matrimonio de Bernard de Balzac y Laura Sallambier no fué precisamente un matrimonio de amor. El había pasado ya de 50 años y ella vivía demasiado preocupada de la vida eterna para mirar con interés los idilios sentimentales de este mundo. El matrimonio tuvo la frialdad del interés y del deber. Ahí no se sentía el amoroso calor de los afectos. Al contrario, se sentía por todas partes una glacial indiferencia. En ese hogar duro, en ese suelo de roca no podian prender las raíces frágiles de ninguna flor.

Ahí creció Balzac, ahí conoció las amarguras del aislamiento moral, de esa monstruosa soledad del alma, que lo hizo aspirar con avidez por una atmósfera cariñosa y correr toda su vida detrás de una generosa y consoladora simpatía.

Persiguiendo el fantasma de ese amor encontró Balzac dos mujeres, una al principio y otra al fin de su existencia.

La última fué la condesa Hanska que se casó con Balzac poco antes de su muerte. El retrato de ella, que vemos en esa pieza de trabajo, la representa en los años más ingratos de la vida de una mujer, cuando los años, como un reactivo feroz disuelven esas hermosuras efímeras que no han sído fundidas en el puro metal de la belleza. Es una figura imponente, con cierta majestad de aparato que se siente un poco hueca, es lo que llamamos en el lenguaje vulgar, una figura conservada, de carnes demasiado blandas, un poco fofas, que han perdido la dureza elástica de las formas juveniles.

Su fisonomía es fuerte, imperiosa, friamente dueña de si misma revela energía, pasión; labios sensuales, ojos pequeños, una nariz de líneas desgraciadas. Ese retrato pintado por Gigoux no justifica las apasionadas y fascinadoras descripciones que hace Balzac de su Condesa.

Talvez lo mas hermoso que hay en esa mujer es la actitud con que extiende a Balzac su mano de Condesa. Ha luchado

antes de llegar a ese supremo sacrificio que nos hace ingenuamente sonreir. En ese conflicto hay uno de los rasgos más cómicos de la Comedia Humana, y lo que hay de más curioso es que, a pesar de su sagacidad y su penetración extraordinarias, Balzac vió representar esa comedia sin darse cuenta. Sorprende ver como ese psicólogo de un espíritu tan fino y delicado cae en la trama burda de ese drama imaginario en que lucha el corazón de la condesa entre el cumplimiento de los deberes que le impone el resguardo de los intereses de sus hijos y el afecto que siente por Balzac. En sus cartas le deja entrever el conflicto doloroso entre un amor apasionado y los escrúpulos de un elevado sentimiento.

En realidad las oscilaciones de la condesa no son tan elevadas. Se trata simplemente de elegir entre blasones nobiliarios y el nombre de señora de Balzac, de renunciar al título de condesa y aceptar en cambio la mano de Balzac.

Las horas de indecisión se prolongaron hasta que Balzac se vió libre de sus deudas, dueño de su porvenir y con una brillante fortuna en las puntas de su pluma infatigable. Entónces ella comprendió que había llegado el momento de compartir la fortuna y la gloria de Balzac y le dió su mano como una espléndida compensación por todos los sacrificios de su vida.

Un sentimiento de una ternura más delicada nos produce la contemplación de otro retrato, suspendido también en las paredes de esa pieza. Es el retrato de Luisa Antonieta de Berny, la *diletta*, aquella mujer divinamente buena que amparó a Balzac en sus días de tristeza y de miseria, y que tuvo fé en su genio cuando él mismo no se atrevia a sospecharlo.

Su nombre de soltera era Luisa Antonieta Hinner. Había nacido en Versalles en 1777. Su padre era de orígen alemán, y su madre de una familia del Languedoc había sido camarera de María Antonieta. A esa circunstancia debió el honor de tener como padrino de bautismo a Luis XVI y a la reina de Francia, y debió también los nombres que llevaba.

Tenía, pues, más de cuarenta años cuando Balzac la conoció.

Era una figura delicada cuya expresión dominante era la de una tranquila dulzura. Era una mujer hermosa, con sus grandes ojos verdes, su nariz de un corte griego, sus labios con sinuosidades elegantes, su fisonomía ovalada, de líneas muy puras y de un color que recordaba el tejido de las camelias blancas.

Era pequeña, de formas suavemente redondeadas.

El destino había encerrado su existencia en el marco estrecho de una vida vulgar. Pero al lado de esa existencia material, en que vivia resignada, había para ella una vida ideal, en que extendia libremente las alas de sus sueños.

¿Por qué no podría recomensar la amistad de Mlle. Gournay y de Montaigne?

Como Modesta Mignon admiraba el acto de esa inglesa que vino a ofrecerse a Crebillon y se casó con él. La historia de Sterne y Elisa Draper fué para ella un encanto. En su imaginación era la heroina de un romance análogo; más de una vez estudió el rol sublime de Elisa. Su admirable sensibilidad tan graciosamente expresada en esa correspondencia, humedeció sus ojos con lágrimas, que según se dice, no asomaron nunca en los ojos del más espiritual de los escritores ingleses.

Su pensamiento dominante era hacer feliz y rico a un Tasso, un Milton, un Rousseau, a un artista, un poeta, un hombre superior. Penetrar en el corazón de una de esas grandes existencias, conocer los sufrimientos íntimos del genio, lo que quiere, lo que es, y consagrarse a consolarlo, a sostenerlo en sus vacilaciones, a mantener viva la fé en su destino superior, y procurarle todo ese bienestar material de que carece.

Ese era el poema de su vida ideal, el poema de compasión generosa, de sacrificio desinteresado, que duerme en el corazón de toda mujer de una verdadera superioridad moral. Todas ellas sin vacilación han preferido siempre sufrir en una esfera elevada en lugar de chapalear en el charco de una vida vulgar.

Todo lo que vamos diciendo lo encontramos en los escritos y las cartas de Balzac y lo hemos repetido casi con sus propias expresiones.

El pequeño incidente que puso a Balzac en el camino de Madame de Berny, decidió del destino de un escritor, y abrió una de las páginas más brillantes de la literatura del siglo XIX.

Sin ese encuentro, el genio de Balzac no habría podido desarrollarse, habría muerto estéril, asfixiado en la atmósfera de provincia, que ya lo había juzgado y condenado de una manera irrevocable.

Cuando Madame de Berny conoció a Balzac ya los críticos lugareños más autorizados y benévolos habían declarado, después de la lectura de sus primeros ensayos, que «Balzac podía ser lo que quisiera menos escritor».

Todos aceptaban ese juicio sin piedad, que solo Balzac se empeñaba desesperadamente en rechazar.

Madame de Berny penetró al través del velo que cubría la vida de ese pobre muchacho, hostilizado de una manera implacable en el seno de su propio hogar. Esa situación desgraciada hizo que ella lo mirara con esa honda y comprensiva simpatía que hay en el corazón de la mujer para todo sufrimiento inmerecido. Viéndolo sufrir en silencio, resignado con su suerte, sin dejarse abatir por las contrariedades, ni desalentar por los obstáculos, comprendió toda la fuerza de aquella naturaleza vigorosa y toda la nobleza de sus grandes ambiciones. La piedad hizo que el alma sencilla y bondadosa de Madame de Berny viera claramente lo que había de genial en el alma de Balzac. ¿La piedad y nada más? ¿Quién sabe?

Pero principió por alejarlo de su lado, por facilitarle los recursos para que pudiera ir a París, a establecerse en una industria en estrecho contacto con las letras y vivir en una atmósfera en que sus grandes facultades pudieran adquirir su desarrollo. Sin la protección y los recursos de Madame de Berny, Balzac no habría podido ir a París y su vida habría desaparecido en la oscuridad de una provincia.

Madame de Berny, como hemos dicho, era hija de una camarera de María Antonieta. Tenía ya 12 años cuando estalló la revolución francesa de 1789. Hasta esa edad había vivido en las intimidades de palacio, jugando en los jardines de Trianon y de Versalles. Había sentido de cerca la fascinadora influencia de la hermosa reina. Después la había visto hermoseada por el infortunio. La había seguido en sus prisiones. Había visto cuando le arrebataron sus hijos, y cuando caía en el cesto de la guillotina su cabeza pálida, demacrada y siempre hermo-

sa. Todo eso en el espíritu piadoso y sentimental de Madame de Berny se traducía en un culto apasionado por la Reina y el régimen monárquico. La república era para ella una visión horrible, era la guillotina, era la cabeza exangue de María Antonieta rodando del patíbulo.

De su juventud había conservado también un fuerte sentimiento religioso. Las tristezas de su vida la habían hecho ir a beber la resignación consoladora en la copa de las esperanzas eternas.

Con su tranquila dulzura Madame de Berny supo dejar una huella indeleble, una huella inalterable y profunda en el alma de Balzac. Ella lo impregnó con su espíritu monárquico y sus sentimientos religiosos. En medio de todas las oscilaciones, en la incesante fluctuación de sus ideas, hay algo fijo, inmóvil, algo que flota sobre todas las tempestades de su vida, es el credo político y el credo religioso de Madame de Berny.

La influencia soberana de esa mujer se deja sentir sobre todo el curso de su vida y sobre toda la orientación de sus ideas.

En París volvieron a encontrarse.

Ella llegó en una hora decisiva, en una hora de crísis en que su aparición fué otra vez la salvación.

Las especulaciones industriales de Balzac lo arrastraban a un abismo. Lo había perdido todo y comprometido seriamente su propio porvenir. Pero al mismo tiempo que veía hundirse su fortuna material principiaba a surgir su fortuna literaria.

Madame de Berny lo ayudó generosamente a salvar sus dificultades económicas, le devolvió su crédito, pero sobretodo le devolvió la fé en si mismo, la confianza en su propio porvenir y en el término glorioso de sus luchas.

Balzac salió arruinado de su imprenta pero mirando con imperturbable confianza el porvenir, y sintiéndose apoyado en el brazo suave y mórbido de Madame de Berny.

Muchos años siguió Balzac bajo el ala protectora de su amiga, sintiendo el calor de su afección y el estímulo alentador de su entusiasmo.

Con el curso de los años y las exigencias de la vida los dos se fueron separando. Pero aún de lejos ella supo conservar toda

su afección y ser hasta su muerte el amor supremo de Balzac, la revelación más grandiosa de lo eterno.

De vuelta de uno de sus viajes escribía: «El dolor espantoso que me aguardaba ha llegado: estaba ahí, entre todas las cartas, la carta de luto! Me ha abrumado.....La persona que he perdido era más que una madre, más que una amiga, más de lo que puede ser una criatura para otra criatura. Solo se explica por la divinidad. Me habia sostenido con sus palabras, con sus actos de abnegación, durante mis grandes tempestades. Si vivo, es por ella; ella era todo para mi; aunque hace ya dos años que la enfermedad y el tiempo nos habían separado, nos veíamos siempre desde lejos, ella reaccionaba sobre mi, era un sol moral.....»

Sobre las páginas conmovedoras del *Lirio del Valle* se inclina suavemente la sombra de esa mujer encantadora. La señora de Mortsauf—nos dice él mismo—es una pálida expresión de sus menores cualidades; hay ahí un reflejo lejano de ella.

En su cuarto de trabajo conservaba Balzac dos cuadros. Eran dos dibujos. En uno estaba reproducida la calle de Ville Parisis en que Balzac conoció a madame de Berny. Es una vulgar calle de aldea a que solo puede dar interés un gran recuerdo. En otro dibujo está la pequeña casa en que ella vivió en la misma aldea.

Esos dos dibujos, nos cuentan con una voz discreta la historia de un pobre amor que la muerte hizo pedazos.

Balzac guardaba esos dos recuerdos en su cuarto de trabajo, frente a su mesa, ahí, donde la vista va a fijarse involuntariamente cuando tropieza la pluma y buscamos algo que nos ayude a encontrar una expresión rebelde.

Las paredes de esas piezas están todas cubiertas con retratos de los amigos de Balzac, ilustraciones de sus obras, caricaturas, medallones y bustos del poeta.

Hay un singular retrato de Balzac que no hemos conseguido nunca ver. Es un retrato pintado por Meissonier, cuyo bosquejo había sido cubierto con otro asunto, y a que hemos encontrado varias alusiones.

Entre esas caricaturas nos detuvimos a mirar *L'Epicerie Monstre*. Es un monstruoso almacen de provisiones. Jorge Sand

es la señora de la Caja, y Balzac el encargado de vender. Fué un proyecto que tuvieron en realidad los dos escritores y de que se rió todo París.

Tambien se habían reído del proyecto de aprovechar las escorias de las minas de cobre que habían explotado los romanos en las montañas de la Córcega. Los progresos de la metalurgia hacían ahora posible utilizar metales de una ley muy baja, y sacar millones de piedras que los mineros romanos abandonaban como escorias sin valor.

Esas dos especulaciones con que soñaba Balzac han sido despues realizadas con fortuna. Potin estableció en París el monstruoso almacén de provisiones con un éxito extraordinario y una Compañía inglesa ha ganado millones fundiendo las escorias de las minas romanas.

Nos asomamos por las ventanas de esa pieza a la calle de Berton. Calle estrecha, triste, con un aire de pobreza. No se veía a nadie transitando por esa calle en que se abrían puertas de servicio y no se abren ventanas en los largos murallones.

Bajando la escalera de servicio, que vimos abierta en el piso del repostero, se llega a un patio inferior, que está al nivel de la calle de Berton.

El patio es pequeño. Ahí está la cocina, piezas para la servidumbre y una especie de bodega.

Un portalón comunica ese patio con la calle.

Cuatro piezas pequeñas, bajas, forman todo el pabellón, cuyas ventanas se abren unas a la calle de Berton y otras al jardín de la esplanada.

Se comprende que ahí Balzac viviera estrecho y no nos sorprende leer en una de sus cartas de Octubre de 1844: «Me encuentro exactamente como un pájaro en la rama: es necesario que salga de la calle Basse y vaya a otra parte en que pueda vivir de una manera más conveniente.»

Y en otra de sus cartas de esa misma fecha repetía: «Me es imposible quedar donde estoy. A cuatro pasos de mi alojamien to actual hay una casa que costará de mil a mil quinientos francos de arriendo. Quisiera arrendarla por algunos años y establecerme ahí.»

No era tal vez tan voluntario, como deja entender en estas cartas, su deseo de cambiar de domicilio, porque poco después —en Abril de 1845—le escribía a la condesa Hanska: «He hecho todo lo posible por quedarme en Passy, donde estoy tranquilo y cómodamente, pero todo ha fracasado. Me despiden en Octubre de este año y tendré que irme a París a esperar dos años en un departamento, mientras se concluya mi pequeña habitación de Monceau.»

Esa casita de Monceau era un proyecto basado en una especulación de tierras que no llegó nunca a realizarse.

Poco después vió en los diarios el anuncio de una casa que se vendía en la calle Royale. Durante algunos días estuvo pensando en esa compra, pero luego abandonó la idea, porque... «La plaza Royale es casi lo mismo que Passy. París, decía, va en otra dirección y no volverá jamás.»

Pensó después irse a vivir al «Faubourg St. Germain», y más tarde pensó que «*tal vez* compraría la casita del célebre financista Beaujon», en la calle Fortuné.

Ese proyecto vago, que se apoya incierto, indeciso en ese *tal vez* tan vacilante, es sin embargo, el que lo apasiona, el que realmente lo fascina con la idea de una misteriosa y brillante reparación de las estrecheces del pasado. Ya había conseguido pagar todas sus deudas; romper la red de fierro en que había vivido tantos años comprimido; sentía ahora en sus manos las riendas del carro en que rueda la fortuna y quería saborear ávidamente el esplendor de su nueva situación. Qué bien debía sonar en los oídos de Balzac esa deslumbradora dirección: «Calle Fortuné, en la casa del *financista* Beaujon!»

«Cuando esté en *mi* pequeña casa de Beaujon—escribía apresuradamente a la Condesa, apenas formó el proyecto de comprarla—bien cerrada, bien amueblada, bien tranquila y al abrigo del contacto de los importunos... Es sobre todo para consagrarme a esta inmensa y necesaria producción por lo que más deseo establecerme en la casa Beaujon, ya que me es imposible continuar más tiempo en Passy.»

Esto escribía Balzac en Octubre de 1846 y mucho tiempo, muchos años pasaron todavía antes que realizara esa fascinadora visión de su fortuna.

Entretanto amontonaba en su casa de Passy las obras de arte, el mobiliario, las grandes telas, las curiosidades con que adornaria después esa habitación de la calle Fortuné.

Esa acumulación desordenada de objetos valiosos le dada, en los últimos tiempos, a la casa de Balzac el aspecto de un almacén de antigüedades. Era ese indudablemente el escenario más apropiado para un hombre que vivía en la atmósfera inquieta y voluble de los sueños, en medio del vértigo de los proyectos que se iban sustituyendo uno en pos de otro en un desfile interminable.

En esa vida de Kaleidoscopio, en que todo pasa en medio de un perpétuo cambio, en que la realidad y los sueños se confunden, se experimenta inevitablemente la embriaguez que producen las enloquecedoras plantas del oriente.

Llegó un momento en que esa vida sin incidentes reales, que pasaba inmóvil, inclinada sobre su mesa de trabajo y tan llena por el contrario con los incidentes imaginarios en que se ajitaban los personajes de sus novelas, en que esa mezcla constante de lo que pasaba en la realidad y lo que pasaba en los sueños, se hizo tan íntima y completa que Balzac perdió la noción de la realidad de la existencia. No distinguía claramente lo que había pasado en su vida y en sus sueños.

Ese era el secreto de las anécdotas inverosímiles de los últimos años de Balzac, en que daba a sus fantasías una realidad tan intensa, una verdad tan efectiva que ya iba tocando los límites de la locura.

En esa casa de Balzac, en que durante tantos años el autor de *La Comedia Humana* ha estado aspirando el perfume acre y penetrante de las esencias orientales, en ese fumadero de opio, ha quedado flotando algo que abre las puertas del mundo de los sueños.

Salimos del salón para ir a respirar el aire libre del jardín. Nos sentamos en el banco rústico, al lado del busto de Balzac.

A pocos pasos de la puerta del salón encontramos en las orillas del camino dos esfinjes. ¿Qué había querido simbolizar en esas figuras enigmáticas el intencionado escritor de *La Comedia Humana?*

Mientras buscábamos una respuesta a esa pregunta, y se fijaban nuestros ojos en esas figuras que, parecían mirarnos curiosamente desde un fondo muy lejano, una observación extraña iba poco a poco invadiendo nuestro espíritu. Íbamos sintiendo una misteriosa comunidad con el pasado. Lo que nosotros vemos ahora otros lo han visto; lo que tenemos delante de nuestros ojos, eso mismo, con las mismas formas y colores, se ha reflejado en el fondo de otras pupilas. Hay un lazo más que nos liga a ese pasado, una comunidad de sensaciones, un momento fugaz que es el mismo en la vida de los dos, cuando ellos miraron lo que nosotros vemos.

Lo que hay de interesante en esta observación es que ese pasado no es anónimo, es que sus fantasmas tienen un nombre.

Frente a esas efigies de mármol, en ese mismo banco, a la sombra de esos árboles, se reunían los amigos de Balzac en las tardes de verano.

Ahí han estado sentados Víctor Hugo, Lamartine, Teófilo Gauthier, Emilio de Girardin, Enrique Heine, Alfredo de Musset y toda esa larga pléyade de los novelistas y poetas de la primera mitad del siglo XIX.

Entre los arbustos y las flores del jardín han resonado las notas sonoras de la risa alegre de Delfina Gay. Era una mujer espiritual y hermosa, que profesaba el culto de la belleza y la elegancia.

Cuando tenía 18 años, en 1822, había obtenido el premio de la Academia francesa en un concurso de poesía que tenía como tema: «La abnegación de los médicos y las hermanas de caridad en la peste de Barcelona», después tuvo el honor de ser coronada en el Capitolio de Roma, y de hacer que revivieran para ella los esplendores con que se coronó a Madame de Stael.

En versos deliciosos ella misma ha recordado esa poética mañana de su vida...

«et j'avais tant d'espoir quand j'entrais dans la monde
orgueilleuse et les yeux baissés!»

Ahora Delfina Gay se había casado, se llamaba Madame de Girardin y firmaba con el pseudónimo de Vizconde de Launay sus espirituales y picantes revistas de la vida parisien.

Por los caminos de ese jardín se ha deslizado tambien una de las figuras más poéticas de esos tiempos en que hubo tanta poesía. «Era—dice Agustín Thierry—una figura de Vinci, con el óvalo puro, un color de perla, ojos inmensos y cabellos de jaspe Romántica y patricta, aventurera, afiliada a la joven Italia, gran maestre de los carbonarios, consagraba su fortuna y su vida a la emancipación de su Lombardía. Esa magnífica amazona que defendía con exaltación la causa de las naciones oprimidas se llamaba Cristina Tritulce, princesa Belgiojoso».

No fué Agustín Thierry el único que se sintió deliciosamente impresionado por la emoción con que la princesa imploraba un apoyo para su patria desgraciada.

Esa hermosa princesa suplicante, encontró un eco en el corazón de otra mujer de una naturaleza altiva y triste, que llevó a la causa del Resurgimiento Italiano el concurso formidable de su elocuencia y de su pluma.

Aquí, en este mismo banco, Jorge Sand, inmóvil, impasible, lanzando con una aparente indiferencia las espirales de humo de su interminable cigarrillo, escuchaba las discusiones más apasionadas sobre la política y el arte, y después «el hermano Jorge,—le frère George, como lo llamaba Balzac—derramaba sobre el mundo las impresiones que había recogido, en su estilo admirable, de una armoniosa precisión y de una elocuencia que brota espontánea como el agua del manantial.

En medio de todo ese grupo de grandes escritores, Jorge Sand se levanta con la majestad de un soberano. Siempre que pienso en ella recuerdo la deliciosa miniatura que nos ha dejado Dumas hijo de «esa mujer que piensa como Montaigne y que escribe como Juan Jacobo. Leonardo dibuja sus frases y Mozart las canta. Madame Sevigné le besa las manos y Madame de Stael se arrodilla cuando ella pasa».

Esa miniatura es una pequeña joya deliciosa, que vale como obra de arte por sí misma, y que aumenta su valor porque la firma uno de los más grandes artistas de la prosa francesa.

Por los caminos de ese jardín se ha paseado esa mujer extraña y genial,—según las expresiones de Balzac,—«como una quimera, que sonríe, que muestra su fisonomía de mujer y

despliega inmediatamente sus alas, remontando a un cielo fantástico».

Ahora desde la esplanada de ese jardín vemos un escenario estrecho y vulgar. Las construcciones que se han levantado en los contornos cierran el horizonte; pero en otro tiempo, en tiempo de Balzac, desde esa esplanada se veía en las tardes de verano un paisaje ancho, abierto, luminoso: allá abajo el Sena y allá lejos Paris!

Entonces, por esos caminos sinuosos, entre esas flores y a la sombra de esos árboles, vivía, se movía en este mismo recinto, en medio del esplendor de ese paisaje ese grupo de figuras luminosas que fueron la coronación magnífica de un siglo.

Ahí venían a soñar, a fumar, «les cigarretes enchantées», los cigarrillos encantados.

Todos giraban como mariposas fascinadas al rededor del mismo sueño:—la gloria!

Entre esos sueños de gloria se ha deslizado siempre una esquisita ironía.

Balzac, con la suprema indiscreción de su carácter, hablaba a veces de esos sueños. «La gloria!—decía un día—¿a quién le viene Ud. a hablar de ella? Yo la he conocido, yo la he visto. Viajaba en Rusia con algunos amigos. Llega la noche y vamos a pedir hospitalidad a un castillo. La castellana y las damas que la acompañaban se apresuran a atendernos. Una de ellas sale del salón para ir a traernos refrescos. En el intervalo me nombran a la dueña de casa, la conversación se traba. y cuando vuelve la dama que había salido, trayendo una bandeja en la mano, oye decir: «Pues bien, señor Balzac, Ud. piensa.....» La sorpresa y la alegría la hacen ejecutar un movimiento brusco, la bandeja se resbala de sus manos y todo se hace pedazos. ¿No es eso la gloria?»

Un sueño hermoso, flores de la ilusión en la primavera de la vida, humo de los cigarrillos encantados.....

A. Orrego Luco.

LA SITUACION FINANCIERA DE CHILE EN 1878

París, Enero 11 de 1878.—Señor don Anibal Pinto.—Querido Anibal.—Pienso exactamente como Ud. que es muy triste gobernar a un país con sus arcas vacías. La tarea en este caso es sumamente dura; más, acaso, puede no estar excenta de gloria y satisfacción para más tarde.

Hay, en primer lugar, el mérito de hacer frente a la escasez, conservando el crédito nacional, y hay, además, la empresa de enseñar al país que es menester que se resigne a contribuír para las necesidades del Estado. Entre nosotros, donde el capital flotante goza de la tranquilidad y del progreso de la nación sin conocer el impuesto; donde los derechos de timbre están apenas iniciados; donde las diarias transacciones del comercio no tienen, por cuantiosas que sean, gravamen alguno; donde los licores y el lujo, vicios esencialmente gravables, o, más bien, fuentes de vicios y satisfacciones que deben pagar su existencia, y apenas dan algo, si lo dan; donde, en fin, las contribuciones son lijeras en unos casos y están por crearse en otros, me parece que el momento de esa enseñanza ha llegado y puede producir mui buenos frutos.—*A. Blest Gana.*

Paris, Enero 25 de 1878.—Estimado Anibal: He tenido el gusto de recibir por el último paquete su apreciable carta fecha 4 de Diciembre. Siento mucho ver por ella que no habían disminuído las dificultades de nuestra situación financiera.

He sabido, no obstante, por cartas de hacendados i comerciantes a amigos de por acá que la cosecha se presentaba con bastante buen aspecto, de modo que ya puede contarse siquiera con una esperanza fundada de mejores tiempos. Como decía

a Ud. en mi anterior, hablando de este asunto, en mi humilde entender, y es muy humilde, especialmente en materias económicas, hemos llegado a una situación en que se hacen de imperiosa necesidad varias modificaciones y nuevas medidas en nuestro sistema rentístico, a fin de ponerlo, hasta donde sea posible, al abrigo de la grande y desastrosa influencia que hoy tienen sobre él el precio del cobre y de la plata. No pretendo por esto sostener que la producción de esos dos metales sean nuestras únicas fuentes de entradas, y precisamente porque no lo son, hay fundamento para pensar que su influencia puede hacerse menos sensible, y asentarse las bases de nuestro presupuesto sobre fundamentos menos sujetos a perpétua mudanza. No há muchos días, tuve ocasión de confirmarme en estas ideas hablando sobre nuestra crisis financiera con Mr. Courcelle-Seneuil. A su juicio, hay en nuestra situación no pocos arbitrios que tocar con grandes probabilidades de mejorarla de un modo muy sensible, preparando al propio tiempo fuentes de ingresos menos variables que las aludidas. Oyéndolo hablar, se me ocurrió preguntarle si no le gustaría volver a Chile, y supe por él que indirectamente se le habian hecho propuestas a nombre del Gobierno; pero que se le ofrecía menos sueldo que el que tuvo ahora dieciocho años. Siento que el proyecto de llevar a Mr. Courcelle se haya malogrado, porque me parece que podría prestar buenos servicios. A una gran experiencia y habilidad, él une el conocimiento de los recursos del país, de modo que, hallándose ahí, le bastaría poco tiempo para poder ser un utilísimo cooperador de los esfuerzos del Gobierno en esa lucha contra el déficit, en la que un auxiliar como él podría llevar un valioso contingente de fuerza. Naturalmente que para que sus indicaciones fuesen acertadas, sería indispensable su presencia al lado del Gobierno, porque hechas esas indicaciones desde acá, pecarían probablemente de teóricas.—*A. Blest Gana*

París, Mayo 3 de 1878.—Mi estimado Aníbal.—He recibido su apreciable carta fecha 9 de Marzo en la que me habla Ud. de su grande y justísima preocupación: el estado financiero de

nuestro país. Ud. verá por mi anterior comunicación (1), que envié duplicada valiéndome de la vía de Panamá y de la de Magallanes, cómo he cumplido su encargo de estudiar aquí algunas medidas para salvar las dificultades de nuestro erario. En esa carta dí cuenta a Ud. de mi conversación con Mr. Rose Innes. Hoy remito a Ud. la carta que este señor me ha escrito desde Londres y en la que, después de hablar con el Director del Banco Oriental, confirma lo que me había dicho de palabra tocante a la imposibilidad de efectuar la conversión de nuestra deuda. Es indudable que cualquiera tentativa en ese sentido tiene muy graves peligros, sin ofrecer en cambio ninguna espectativa seria de compensación. Más, yo creo que, en último caso, si se cierran todas las demás puertas a la esperanza de algún arbitrio mejor, será fuerza llegar ahí para evitar la bancarrota. Vuelvo, pues, a recomendar el proyecto Courcelle-Seneuil, que le mandé con mi carta duplicada de que hablo al principio. A los que digan que ese proyecto empieza por gravar la más recargada de las fuerzas productivas del país, puede decírseles que ese plan no es un sistema financiero, sino la bomba destinada a concluir con el incendio que principia. Hay que hacer en todas las dificultades humanas lo que llaman la «parte del fuego», y si todo lo humano es imperfecto, nadie ha encontrado todavía el modo de crear recursos pecuniarios a un Estado en angustia sin descontentar a muchos. Es cierto que con los arbitrios que Mr. Courcelle sugiere perderán los bancos y perderán los monopolios, es verdad que los capitalistas verán amenazadas sus rentas, que hasta ahora han sido más respetadas en Chile que los animales entre los hindús, que creen en la trasmigración; pero el Estado puede salir de apuros indudablemente y crearse una situación más holgada, a favor de la cual puedan echarse las bases de una reforma radical y saludable de nuestra hacienda pública. Y no por lo dicho deja tampoco el plan que me ocupa de contener indicaciones de reformas permanentes. Ahí está, por ejemplo, lo de la

(1) Ni esta comunicación, ni el proyecto de Mr. Courcelle-Seneuil a que el señor Blest Gana alude poco después, se encuentran entre los papeles que nos ha facilitado generosamente el señor don Aníbal Pinto del Río.

rebaja de nuestro arancel de aduanas. Mientras caminemos del lado del proteccionismo iremos cegando poco a poco esa fuente de nuestros principales ingresos. El ejemplo de los azúcares, citado por Mr. Courcelle, es de una elocuencia incontestable y el ejemplo de todos los países que acuden a ese funesto recurso confirma cada día con más vigor las teorías liberales en materia de hacienda.

Veo por los diarios que el señor Ministro de Hacienda se ocupa de estudiar un proyecto de contribución sobre la renta. Ese sería, indudablemente, un medio salvador si llegase a ponerse en planta. Mas, ¿cuántas demoras, cuántos obstáculos va a encontrar ese valiente propósito? No se necesita, me parece, estar dotado de una perspicacia excepcional para vaticinar que serán infinitos, y que bien pasará un año antes de que el proyecto que se presente sea aprobado y otro año tal vez antes de que por ese impuesto entre el primer cóndor a las exaustas arcas nacionales. De allí la necesidad del medio heroico para el agudo mal que nos aqueja, y el proyecto Courcelle responde a esa necesidad, necesidad dura ciertamente, pero que puede atenuarse, como decía a Ud. en mi anterior, ofreciendo a los agricultores el reembolso del nuevo gravamen que se les impone, por medio de la nueva contribución que se propone plantear el Gobierno.—*A. Blest Gana.*

París, Mayo 17 de 1878.—Mi estimado Aníbal: Ud. me habla de la posibilidad que al escribirme existía de concluir el arreglo con los banqueros chilenos por un empréstito por $ 3.000,000. En el *Economiste* de París he leído que el empréstito se ha contratado ya. También he hallado en ese periódico la consoladora noticia de que las entradas de aduana del mes de Febrero en Valparaíso habían producido $ 411,179, lo que representa un aumento de $ 143,158 sobre el producto del mismo mes en el año anterior. Estudiando nuestra situación financiera, a la luz de los datos que contiene la *Memoria de Hacienda*, el porvenir no aparece tan sombrío como a primera vista lo hace ver la actual angustiada situación del país.

Si se acude al imperiosísimo arbitrio de suprimir la protección que se da al azúcar del interior contra la extranjera, si se reducen varios de los otros derechos de aduana, es seguro que la holganza principiará a hacerse sentir, desde que a esos recursos vendrán a unirse los productos del muelle de Valparaíso y de los Almacenes de Aduana. Un año del producto de esas fuentes no puede dejar de influír de modo muy benéfico, y si el Gobierno acomete valientemente el plan de Mr. Courcelle no solo me parece que desaparecería todo peligro, sino que antes de mucho tiempo volveríamos a una situación regular y de relativa abundancia.—*A. Blest Gana.*

París, Mayo 30 de 1878.—Mi estimado Aníbal: Veo por su carta que todavía no se presentaba ningun síntoma consolador en nuestra situación financiera y que el Gobierno se había resuelto a nuevos sacrificios en el presupuesto para poder ofrecerlos al Congreso en cambio de una contribución. Afectado tan directamente por esos sacrificios, apenas si me atrevo a dar mi parecer en la materia; pero, hablando a un amigo que me conoce, bien puedo usar de cierta franqueza que no emplearía con otros. Además, en mis anteriores ya he expuesto a Ud. mi manera de pensar en punto a los remedios para salir de la angustiosa situación de que Ud. con tanta justicia se queja. Esos remedios no son, por cierto, las economías a toda costa porque, digan lo que quieran los apóstoles de la administración gratuita, la máquina administrativa tiene necesidad de ciertos rodajes indispensables para funcionar con provecho del Estado, y lo que se ahorra suprimiendo empleos se perderá con intereses con lo que va a sufrir el servicio. La salvación está en nuevas contribuciones y un plan financiero como el que envié a Ud., obra de Mr. Courcelle.

El monopolio del azúcar, la *Memoria de Hacienda* lo está demostrando, nos hace perder medio millón de pesos anuales, y aunque se supriman todos los empleados públicos pagados y entren a servirlos grátis los hijos de la fortuna que pueden nutrirse de gloria, ese medio millón de pérdida estará siempre

ahí aumentando lo demás que se pierde con altas tarifas protectoras y lo que se deja de ganar en contribuciones justísimas.—*A. Blest Gana.*

París, Julio 26 de 1878.—Mi estimado Aníbal: En su apreciable carta de 3 de Junio me contesta Ud. a la mía en que le envié el proyecto de Mr. Courcelle para hacer frente a la crisis del Erario Nacional. «Si los acredores del 7 y del 6%, me dice Ud., convienen en que no se les pague la amortización, avísemelo, porque no vacilaríamos en aceptarlo». No creía que esa medida, como arbitrio aislado, fuera mirado con favor en la Bolsa de Londres, y cuando, en mi carta de 16 de Abril, hablé sobre ella, fué recomendándola como parte de aquel proyecto. Esta idea ha sido confirmada por Mr. Morgan, a quien escribí preguntándole su opinión tocante a ese recurso. He aquí sus palabras, que traduzco de una carta de ese señor, escrita el 19 del que rige: «Soy de parecer que cualquier paso de parte del Gobierno de Chile para alterar sus contratos con el público relativamente al fondo de amortización de sus empréstitos, sería perjudicial al crédito del país en Europa en un grado que difícilmente puede ahora apreciarse». Yo participo, como he dicho, de esta opinión, tratándose de una proposición hecha aisladamente a los tenedores de aquella deuda; más pienso que es un medio que podría tocarse, sin detrimento de nuestro crédito, al levantar un nuevo empréstito, presentando alguna nueva contribución como garantía.

Así, por ejemplo, si llegara a votarse la contribución sobre la renta y se ofreciese en hipoteca para negociar el empréstito exterior a que, tarde o temprano, creo que habrá que llegar, podría tocarse el arbitrio que me ocupa sin infundir los temores que haría nacer su proposición actualmente. Aunque a la distancia es muy aventurado formar juicios, temo, por el giro de las discusiones de nuestro Congreso, sobre todo por el espíritu que se nota en ellas, que no se voten en el presente año las contribuciones de que Ud. me habla, y esto amontonaría muchas y muy amenazadoras nubes en el horizonte del año venidero. ¡Dios quiera disiparlas con algun milagro, porque

sin milagro creo que las economías favoritas del Congreso no bastarán para ello!

Me figuro, pues, cuantas contrariedades rodean a Ud. en su ardua tarea y cuanto patriotismo necesita para vencerlas. Espero y sobre todo deseo que el Congreso se penetre de ello y deje de perder, como lo hace, la oportunidad de prestar a Ud. el apoyo que le debe para conjurar el mal.—*A. Blest Gana.*

Roma, Agosto 19 de 1878.—Estimado Aníbal: Escribiendo a Ud. desde la Santa Ciudad y empapado en la cuestión que aquí me ha traído (la preconización del señor Taforó como arzobispo de Santiago), Ud. hallará justo que consagre la mayor parte de mi carta a esa cuestión. Solo me detendré, pues en las noticias financieras que Ud. me comunica para manifestarle cuanto me alegro de que hayan mejorado un poco las rentas públicas y lo mucho que siento el que los Bancos intentaran pedir al Gobierno la suspensión del pago de la amortización de la deuda pública, porque solo el anuncio de solicitud semejante, hecho después del pánico que produjo en la Bolsa de Londres la noticia de la inconvertibilidad de los billetes de Banco, sería un rudo golpe para nuestro crédito, prolongaría y aumentaría la desconfianza del público y haría imposible toda operación, inclusive aquella de que Ud. me habla de pagar en Londres los bonos del empréstito interior del año pasado. Por esto es que me alegro de ver, por la carta de Ud., que el Gobierno estaba dispuesto a negarse a esa solicitud.—*A. Blest Gana.*

París, Noviembre 29 de 1878.—Mi estimado Aníbal: No es menos difícil el (negocio) del empréstito de que me habla Ud. también. En nota al Señor Ministro de Hacienda le doy cuenta de los pasos dados hasta hoy. No he perdido ni un momento desde que recibí los poderes, trabajando sin distinción de días de fiesta. Las dificultades son inmensas, y no soy yo solo el que lo digo, sino que son los hombres de la ciencia y de la

práctica. En mis gestiones aquí me he aconsejado con Mr. Courcelle-Seneuil y la opinión de este señor es de que ninguna casa de primer órden se atreverá en Francia a tomar el negocio. Mi primer paso para llevarlo a cabo en París ha confirmado ese vaticinio. Después de ese paso, creo que solo en Londres habrá posibilidad de levantar el empréstito. Sírvase Ud. fijarse en la unanimidad con que los banqueros ingleses consideran como elemento indispensable para la negociación la existencia de nuevas contribuciones.

Antes no se nos pedían estas porque nuestra deuda era mucho menor, porque no estábamos en déficit, ni teníamos papel inconvertible; pero cuando se conoce la nueva situación y cuando se sabe por acá que en Chile se discute sobre la suspensión de pago del fondo de amortización de la deuda exterior, que se paga mas de medio millón de pesos para enviar el dinero destinado al servicio de esa deuda y que se nivela el presupuesto con empréstitos y no con entradas naturales, la situación se cambia de rosada en negra y nos vuelve la espalda el mismo público que antes se mostraba tan solícito por prestarnos su dinero. En tales circunstancias y con antecedentes tales, de nada puede responderse sin poder presentarse a tratar invocando la existencia de nuevas contribuciones. Las dificultades con que tropieza la negociación tendrá siquiera, es de esperarlo, la ventaja de que se convenza el Congreso y se convenza el país de que no puede seguirse adelante sin nuevas contribuciones, si se quiere evitar la pérdida absoluta de nuestro crédito, de las fuentes de recursos en el exterior y la bancarrota pública finalmente. Si solo se grava al pobre y el gran capitalista queda libre, si no se apela a recursos durables y que aseguren contra todo evento el servicio de la deuda, la negociación del empréstito parece imposible y es menester que el Congreso provea a los medios de salir del paso.—*A. Blest Gana.*

París, Diciembre 13 de 1878.—Muy estimado Aníbal: Si siento que no hayan bastado hasta ahora mis reiterados esfuerzos para poder comunicar a Ud. ninguna noticia satisfactoria

sobre este asunto (la preconización del señor Taforó), no siento menos el no poder tampoco trasmitirle alguna buena tocante al proyecto de empréstito de £ 1.000,000. Por mi correspondencia oficial habrá ido imponiéndose Ud. que los mismos que aconsejaban desde acá un empréstito al Gobierno son los primeros que lo han declarado absolutamente imposible en las presentes circunstancias. En los negocios humanos no es solo la voluntad, por más que digan, el único agente eficaz para decidir de la resolución. Hay que admitir el poder de las circunstancias, comprendiendo en estas todas las peculiaridades del asunto de que se trata. En punto a empréstitos, por ejemplo, hoy son las dificultades infinitamente mayores que cuando yo contraté el de 1870. Entonces los empréstitos extranjeros gozaban de favor en todos los mercados europeos, mientras que hoy nadie quiere ni oir hablar de ellos. Acaba de fracasar un empréstito del Canadá en Londres, lo que es un síntoma muy elocuente, pues los ingleses tienen fé en el porvenir de sus colonias y la han perdido completamente en el de los países sudamericanos. No me bastaría una larga carta si fuera a explicar a Ud. las mil consideraciones que influyen en el mantenimiento de lo que se llama crédito, y cuando un país llega, como el nuestro, al déficit y a la inconvertibilidad del papel, nadie podrá infundir fé en su solvencia al prestamista, sino se le demuestra que para responder a nuevos compromisos se han creado nuevos y efectivos recursos. A los que escriban al Gobierno que hoy podrá levantarse en Europa un empréstito chileno, puede el Gobierno contestarle, con seguridad completa, que no es verdad, y puede estar seguro de que no hay casa alguna respetable que se hiciera cargo del negocio. Con nuevas contribuciones y pasado el fin de año, que es siempre una época de prueba para el mundo financiero, puede intentarse nuevamente el levantar el empréstito con algunas probabilidades de buen suceso.—*A. Blest Gana.*

París, Diciembre 27 de 1878.—Muy estimado Aníbal: Espero que Ud. habrá recibido oportunamente un telegrama que le dirigí en días pasados, diciéndole, en cifra: «Empréstito impo-

sible ahora». Mis comunicaciones oficiales sobre esta materia, de las que Ud. se habrá impuesto antes de recibir esta carta, contienen todas las explicaciones necesarias para la inteligencia completa de ese telegrama. Yo espero que el Gobierno, en vista de esas explicaciones, se convencerá de que cualquiera operación de crédito en estas circunstancias habría sido ruinosa y de consecuencias gravísimas para nuestro crédito en el porvenir. Yo creo que en situaciones como las que ahora se presentaban, el mejor servicio que un Agente puede hacer a su país y a su gobierno es el de no lanzarlos imprudentemente en operaciones desventajosas que ningún sacrificio basta más tarde para remediar. Guiado por esta convicción, me he mantenido sin salir de la esfera comercial en que Chile ha negociado en sus tiempos de prosperidad, absteniéndome de ocurrir a especuladores de baja categoría, en cuyas manos perderíamos en el presente y descenderíamos de la respetable posición que ocupamos. Todo, entre tanto, sigue conspirando contra el restablecimiento de nuestras finanzas. Por acá la plata y el cobre continúan bajos y no se divisan esperanzas de una mejoría de precio. Por lo que hace a las Aduanas, cuyo rendimiento fué en los primeros meses tan halagador, yo pienso que, sin una reducción fuerte en los derechos, su producto irá disminuyendo rápidamente. ¿Cómo salir de semejante situación? No queda más recurso que las contribuciones, en favor de cuya imposición ofrecen tan unánime como elocuente argumento las respuestas de los banqueros a quienes he propuesto la negociación del empréstito.—*A. Blest Gana.*

¿CRISIS DE PUDOR O CRISIS DE MORAL?

Entre el pudor y la virtud hay una diferencia que salta a la vista.

«Virtud, dice Littré, firme disposición del alma para hacer el bien y huír del mal». Y añade, como sentido especial: «Castidad, pudicidad; sólo se emplea hablando de mujeres». Esto es, ¿no es verdad, Francisca? algo bien cómodo para los hombres. Pero, protestes o nó, Littré tiene toda la razón. Es como él lo dice. Sobre este punto la moral fué en todo tiempo más estricta con tu sexo que con el nuestro y ese es un signo inequívoco de que «virtud» es sinónimo de «castidad» para las mujeres y nó para los hombres.

Toda vuestra moralidad femenina está fundada sobre esta virtud singular. Tu comprendes, sabes por que. Recordaré, tan sólo, las dos razones principales. Primeramente, el hombre ha estimado siempre que su mujer es el bien más precioso que posee, y también el más difícil de conservar, pues es el único que le pueden robar sin que él lo sepa, aunque esté presente. Se ha esforzado, de consiguiente, siempre en persuadir a la mujer de que el mayor crimen que puede cometer es el de dejarse robar.

En segundo lugar, la maternidad es una certidumbre, la partenidad un acto de fé: la continuidad de la descendencia, la realidad de la familia dependen, por lo tanto, de la virtud femenina, entendida en su sentido especial.

Estando así tan vinculadas a la condición misma de los hombres y de las mujeres, esas reglas han variado poco al través de los tiempos civilizados. Ellas figuran, puede decirse, entre las columnas permanentes de la moral: si se las quebranta, toda la moral social bambolea; ellas no han sido derribadas sino en las épocas en que la moral social fué provisoriamente demo-

lida, y cuando el órden social se restableció, inmediatamente se restauró, para las mujeres, la ley de la virtud.

Las prescripciones de esa ley varían muy poco al través de las edades, las civilizaciones y los países. Ella es siempre, esencialmente: para la joven llegar intacta al matrimonio, y para la mujer, pertenecer sólo a su marido.

Contrastando con esta inmutable fijeza de las leyes de la virtud, o, como dice Littré, de la pudicidad, las costumbres del pudor varían con las épocas, los climas y aún con las modas. El pudor no es, en efecto, la virtud; es (todos los diccionarios lo dicen) el temor, la aprehensión de todo lo que puede atentar contra la virtud. Pues bien, el sentimiento de temer, de aprehender varía, primero con las personas, en seguida con mil contingencias; es una emotividad que la educación puede desarrollar o restringir y que el hábito del peligro enerva siempre.

Tomemos como ejemplo la modestia del vestido y, sin llegar hasta las salvajes, sin evocar los gimnastas lacedemonios; ¡qué contrastes no observaremos en Europa misma y en la edad contemporánea! En Rusia y Finlandia, toda la familia, padre, madre, hijas e hijos, todos, inocentemente, se bañan juntos, desnudos. Viajando por Inglaterra, ví por mis ojos, en Pezance, balneario mui concurrido, bañarse en el traje del Apolo de Belvedere, a todo un colegio de muchachos, maestros y alumnos, y las mujeres y niñas que estaban en la playa, no parecían muy molestas. Se podría citar así cien ejemplos contemporáneos de no-pudor que, evidentemente, no significan en manera alguna disminución de la virtud. En cambio, se pueden también citar ejemplos de super-pudor en el vestir que, a nosotros los franceses, nos parecen exajerados o inexplicables.

No hace muchos años, en Ejipto, en el Ejipto inglés, una joven indígena, sentada al borde del camino, sin más traje que un trapo que le cubría apenas lo más indispensable, se apresuró, al ver que se acercaba un europeo, a quitarse el trapo del sitio en que lo tenía para taparse con él la cara. Todo el oriente profesa lo que podría llamarse el pudor del rostro femenino; y, si se piensa bien, esa costumbre no es tan tonta como, a primera vista, parece, ya que el rostro es verdaderamente lo más propio, lo más personal que tenemos. Sin salir de Francia, yo

he conocido tiempos en que una campesina de Berry habría sufrido tanto en su pudor quitándose la cofia, como sacándose la camisa, y quizás tales costumbres subsisten aún en lugares apartados. Me contento con citar estos ejemplos: ellos ilustran suficientemente el hecho de que la honesta aprehensión, que es el pudor del vestido, tiene manifestaciones muy variables y a veces contradictorias, aunque espontáneas y sinceras.

Algo parecido ocurre con los espectáculos, con las lecturas, con los cuadros. Algunos de ellos son atentados manifiestos y groseros contra la virtud. Pero, excluídos estos, otros provocan aprehensiones virtuosas de grados muy diferentes, en personas de igual virtud, según los tiempos y los lugares. El libro de Rabelais no pareció indecente a sus contemporáneos, y hoy una obra moderna que emplease la mismas palabras sería perseguida. Las jóvenes del teatro de Shakespeare nada tienen que aprender de las realidades del amor, ni aun Julieta que tiene sólo quince años... Margarita de Navarra escribió con elegancia cuentos libertinos sin que nadie se sorprendiera y siendo ella misma virtuosa... El Museo del Vaticano no es más casto que otro cualquiera, lo que no obsta a que algunos papas hayan sido santos y santos inteligentes aún... Los misterios que en la Edad Media se representaban en las iglesias alarmarían en el día el pudor (ya bastante enervado) de muchas parisienses... Hay diócesis en que los mandamientos de la ley de Dios han sido expurgados para la enseñanza del catecismo... En fin, Francisca, si has visitado a San Geminiano delle-belle Torre, en Toscana, habrás observado en el costado derecho de la iglesia del lugar un gran frasco que representa los tormentos de los condenados. El pintor los ha puesto para todos los pecados capitales. Ignoro si las señoritas del lugar al contemplar, durante la misa, esas imágenes conciban un púdico alejamiento del pecado. Pero si sé que ellos las informan minuciosamente sobre el pecado mismo.

Te cito estos ejemplos confusamente y al azar, querida Francisca, porque la demostración que ellos ilustran, ha sido hecha cien veces y es ya un lugar común. Con los tiempos, con los países, el pudor de las lecturas, de los espectáculos, de los cua-

dros, de los estátuas, varía mucho y no tiene relación con la pureza de las costumbres. En un país y en un tiempo dados, es con frecuencia contradictorio. Un criollo me contó que en San Pedro algunos aficionados organizaron una exposición de obras de arte, cuadros y estátuas. No se permitió a las jóvenes de la ciudad visitarla. Y esas jóvenes, recorrían a diario las plantaciones en medio de indígenas tan desnudos como el más desnudo de los personajes mitológicos.

Concluyamos: prescindiendo de ciertas exhibiciones, ciertas perversidades (que se condenan por si mismas, sin que necesitemos insistir en ello), las leyes del pudor son tan variables al través del espacio y del tiempo, como son inmutables las reglas de la virtud. Esta es fija y aquél mudable. Cuidémosnos de confundir la una con el otro. Hay casos, casos numerosos, en que caminan la una al lado del otro, como hermanos. Los hay, también, en que cada uno sigue su camino, con toda independencia.

Los hay, asi mismo, en que se combaten. Este pudor alarmista denuncia la existencia de una virtud ingenua, aquella virtud sólida y bien equilibrada condena los espantos de ciertos pudores en que trasciende la comedia, la hipocrecía. Nuestros amigos americanos se burlan ellos mismos de la exajeración del sistema seco, y en uno de sus más recientes films se ve a un presidente de la Sociedad de Temperancia empiparse con un whisky rotulado «tisana de orujo de pasas». Y el dístico de Molière es siempre oportuno: Elle fait des tableaux couvrir les nuditès, Mais elle a de l'amour pour les réalités.

Demos, pues, por establecido, querida Francisca, que el pudor y la virtud son cosas diferentes.

Cuidémosnos, sin embargo, de deducir de este axioma conclusiones impertinentes.

Cuando se trata de países viejos como los de la de Europa Occidental, particularmente de Francia ¿sería exacto decir que las variaciones del pudor no tienen relación con las variaciones de la virtud?

De ningún modo, a mi juicio.

En un país antiguo, de hábitos profundamente arraigados, de tradiciones seculares, como el nuestro, todo cambio en las

costumbres corresponde a un cambio, o a una eventualidad de cambio, en las ideas. De que una reina de una horda salvaje del Africa Central vista hoy un ulster y lo abandone mañana para usar otro traje cualquiera no puede deducirse ninguna presunción de versatilidad tocante a su virtud. Pero que una inglesa o una francesa, que han ocultado sus tobillos hasta los veinticinco años, acepten inopinadamente exhibir sus pantorrillas y rodillas, es indicio cierto, si no de un cambio en la virtud, por lo menos, de un cambio, en la idea que tienen de la virtud. Que una joven de la burguesía francesa, en 1840, no pudiera leer más que a Berquin y a Jean Nicolás Bouilly, y que en 1921 una joven de la misma familia burguesa cuente, sin sorprender a nadie, que ha leído *L' Armature* y la *Cousine Bette*, corresponde ciertamente a un cambio en el tipo de la jóven. Que 1880 el bailarín, terminada la danza, deja a su jóven compañera al lado de su madre, y que en 1921, la pareja se separe en cualquiera parte, quedando cada cual en libertad, es una diferencia en apariencias muy pequeña; pero que revela, sin duda, la abolición de ciertas cortesías, etc. Todas estas novedades, chocantes para tí, alarmantes para tu solicitud de madre, todos estos signos de un cambio en la concepción del pudor, son, en un país viejo como Francia, manifestaciones de que la concepción ideal de la virtud se ha modificado. Fíjate en que no digo: cambio en la virtud, disminución de la virtud. Digo: cambio en la concepción ideal de la virtud. Y, todavía, añado: disminución de este ideal o, si lo encuentras más claro, menos idealidad, más sentido práctico y vulgar en la concepción de la virtud.

Demostrarte eso respecto del conjunto del sexo femenino, me llevaría demasiado lejos. Limitaré, por eso, mi demostración a lo que más te interesa, a la jóven.

El tipo ideal de la jóven ha variado mucho a través de los siglos, en Francia, como en todas partes. No nos remontaremos hasta los Carlovingios. Nuestra conversación no presume de erudita, primero porque la erudición nada tiene que hacer aquí, y luego porque estoy ya demasiado viejo para convertirme en erudito. Trato, por el contrario, de fundar mis razona-

mientos sobre hechos conocidos de todas las personas de cultura histórica corriente, como tu y yo.

Me parece fuera de duda que el tipo de la jóven, no solamente intacta, sino *ignorante*, no es muy antiguo. En nuestra literatura, por ejemplo, no lo veo aparecer sino en el siglo XVIII. Las citas en contrario que podrían hacerse no prevalecerían contra el hecho de que hasta el siglo XVIII, el tipo de la jóven *ignorante* y defendida del amor por su ignorancia misma, es excepcional. Las jóvenes de Shakespeare, ya te lo he dicho, son muy desenvueltas; pero las ingénuas de Racine, mas modestas en su conversación, no tienen gran cosa que aprender. Agnès, para Molière, es una especie de monstruo, producido por el esfuerzo de un maníaco. Hecho bien notable: en la literatura de casi todos los países, hasta hace ciento cincuenta años, el extremo pudor en las maneras y en el lenguaje es el patrimonio de la mujer casada, más que de la jóven. Aspirante al amor y al matrimonio, la jóven conoce sus destinos y sus derechos y no teme reivindicarlos, en términos muy precisos, si es necesario. Libre aun de todo compromiso, se le permite que pase de un pretendiente a otro, que ensaye, todavía, muchos a un mismo tiempo; y en sus conversaciones con esos pretendientes ¿de qué podría ocuparse, sino del amor? De allí cierto desenfado provocador en sus maneras. Todo lo que se le exije es que defienda, en beneficio de un marido eventual, lo que debe ser defendido ..Por el contrario, el tipo de la castidad, de la pudicidad es entonces el de la jóven casada, el de la jóven madre. A esta, bajo pena de sentar plaza de lijera, se le prohibe hablar de amor, salvo con su marido, y mantener relaciones amistosas con hombres. Ella debe contentarse con tener relaciones con otras esposas modelos, como ella, y con su marido. En suma, el matrimonio la ha privado de toda iniciativa en la la elección de sus amistades, y de la libertad de maneras y de lenguaje a que su reciente condición de soltera le daba derecho. Semejante concepción, muy venerable por su antiguedad, se defiende, por otra parte, muy bien ante la razón. Socialmente, moralmente, la virtud de la casada tiene más importancia que la de la soltera. Se asegura que en nuestros días, en ciertos países, (República Argentina, por ejemplo), las ideas y las cos-

tumbres se modelan todavía sobre esos tipos históricos: las solteras en Buenos Aires gozan de una extrema libertad, que pierden enteramente al casarse.

En nuestro país esta extraña evolución comenzó hace ciento cincuenta años para venir a concluír, más o ménos, en la época romántica. Becque, decía con mucha gracia, que Alejandro Dumas, hijo, había quitado en su obra la castidad a las mujeres para dársela a los hombres. Con más seriedad, puede decirse que en el curso de los últimos ciento cincuenta años, particularmente desde fines del siglo XVIII a fines del siglo XIX, la literatura francesa quitó el pudor a la casada para dárselo a la joven soltera.

A medida que la flaqueza de las mujeres casadas se convertía en el tema ordinario de los estudios psicológicos y de las acciones dramáticas, la soltera, poco a poco, salía del cuadro de esos estudios y de esas acciones, se hacía un ser más y más teórico, un personaje sometido a reglas de concepción casi fijas, como las de la comedia italiana. No tan solo la jóven, así desencarnada, no se mezclaba a las pasiones del amor, sino que debía ignorar la existencia y el nombre de ese sentimiento. Nada sabía de la vida: se le ocultaba porqué la gente se casa y cómo se funda una familia. Si, por desgracia, llegaba a saberlo, se la consideraba desmedrada, como valor moral; lo más discreto, en tal caso, era para ella fingir siempre la ignorancia.

Tal ha sido, querida sobrina, el tipo de la jóven, pacientemente construído por los novelistas y los literatos, y finalmente adoptado por la opinión corriente (por lo menos en Francia), hasta tu tiempo, más o ménos. ¿Salió ese tipo alguna vez de la teoría para encarnarse en una jóven? No lo sé. Ni las jóvenes que viven en el campo (que son la mayoría de las francesas), ni las jóvenes de la clases trabajadoras, podían conformarse a él, por grande que fuese la buena voluntad de los padres y su propia docilidad. La realidad se imponía a su pretendida ignorancia. En ciertas familias de la burguesía media, sobre todo de la burguesía de ciudades de provincia, en que la madre no abandona a sus hijas, las sirvientes son poco numerosas y muy vigiladas y las amistades y las diversiones casi nulas, han podido talvez existir, en carne y hueso, algunos ejemplares de

esta mirífica creación, así como se fabrican orquídeas monstruosas por procedimientos de cultura artificial. Aparte de esos productos de excepción, las jóvenes francesas fueron más o ménos ignorantes, según las condiciones de su vida y según su propia curiosidad; pero la ficción de ignoracia tuvo sobretodo como efecto imponer a las jóvenes el aire de que todo lo ignoraban. Teniendo el aire de saber, se comprometían, se depreciaban.

Resultó de allí un bien y un mal.

Un mal: la hipocresía, la falsedad, el aspecto de gatitas muertas, lo que es un gran mal, un mal profundo, capaz de infectar todo un carácter. Un poco de bien tambien, pués así son las cosas humanas: el pudor de las jóvenes aumentó considerablemente. Como les era necesario defender a todo precio la apariencia de que nada sabían, fueron víctimas de una aprehensión sincera, aprehensión precisamente de que se valió Littre para definir el pudor. Una palabra, un gesto, un cuadro, una frase leída, una réplica oída en el teatro las desconcertaba. ¿Que actitud debían tomar? Fingir que no se comprende no es siempre fácil y, además, se las vigilaba. El rubor del rostro no puede siempre evitarse. Todo eso dificultaba la empresa de los galanteadores: no es fácil atentar contra un pudor tan bien guardado y con sus avanzadas a tanta distancia de la posición principal. Reconozcamos asimismo que en los corazones honrados (y ¡a Dios gracias! fué ese el caso de la mayoría de las jovencitas francesas), el disimulo no fué mayor que la dósis de mentira que existe en las convenciones sociales y que esa aprehensión nerviosa del mal, ese super pudor artificial, poco sincero, combinado con la alegría natural de esa edad y el legítimo deseo de ser amadas, produjo con frecuencia ejemplares de jovencitas verdaderamente deliciosas.

Pero, la verdad, Francisca, no pierde jamás sus derechos, todo lo que va contra ella es efímero. Ya, desde hacía largo tiempo, los países anglosajones habían denunciado en provecho de la verdad, la convención de la ignorancia virginal. Fué más demoroso destruírla en Francia, donde, según creo, había nacido. Cuando tu tenías veinte años, es decir en los comienzos de este siglo, ella era ya combatida por los mejores espíritus.

No creo que se le encontrara un solo defensor hoy día. La evolución se ha acentuado, en efecto, hácia la paridad de educación de los dos sexos, en consecuencia hácia una mezcla casi constante de jóvenes y muchachos en el estudio, como en el recreo. La ignorancia de las jóvenes constituiría, por esto solo, un peligro demasiado grave para que se la defendiera. En vísperas de la guerra, un movimiento irresistible orientaba la educación de las jóvenes en el sentido de la libertad, de la responsabilidad, como en Inglaterra, como en América. La guerra aceleró ese movimiento, tan poderoso y tan rápido que se puede hoy considerar que ha alcanzado plenamente, si no excedido, su objeto.

Sobre el carácter y las costumbres de las jóvenes francesas, la guerra tuvo, en efecto, una triple influencia. Les otorgó la libertad de salir solas, libertad que muchas madres les negaban o disputaban en 1914. El ejemplo fué dado por las que frecuentaban los hospitales, es decir, en la alta sociedad y en la burguesía, por la mayoría. Las demás, gracias a la dificultad de hacerse acompañar, imitaron ese ejemplo. Además la guerra fortaleció en el espíritu de las jóvenes la convicción de que, para los menesteres de la paz, ellas valían tanto como el otro sexo: ¿acaso no los estaban ejerciendo? Los estamos reemplazando, se dijeron, luego tenemos los mismos derechos que ellos. Jamás se había suministrado un argumento más poderoso a la doctrina feminista. Por último, las relaciones entre los jóvenes de ambos sexos adquirieron, a causa de los sucesos, una libertad, una intimidad singulares. ¿Cómo no festejar, no distraer a los *poilus* vueltos del frente y que fiesta, que distracción más encantadoras, para esa juventud heroica, que el libre trato con las jóvenes, sus madrinas de hoy, sus novias de mañana? Una intimidad más patética se estableció entre los heridos y sus virginales enfermeras. Más tarde, cuando se analicen las consecuencias sociales de la guerra, deberá considerarse el papel que los hospitales auxiliares tuvieron en la evolución muy rápida de las costumbres femeninas. Por la vez primera, las jóvenes francesas debieron sacrificar el pudor tradicional a la tierna piedad que toda mujer siente por el hombre joven herido. En ese sitio de miseria física, entre los gemidos, en una at-

mósfera cargada de sangre y de yodoformo se estableció en Francia la comunión nueva entre los jóvenes de ambos sexos. Esto solo basta para apartar toda idea de decadencia, de perversidad. Pero, más todavía, la convención de la ignorancia virginal fué denunciada. Hazte el ánimo, Francisca, no existen yá jóvenes ignorantes, de esa ignorancia de Marie Vigneron, en *Les Corbeaux* de Becque, cuando contesta (muy *inocentemente*, subraya el autor): «No comprendo lo que quieres decir», a su hermana Blanca, joven como ella, que le dice: «Soy la mujer de Mr. de Saint-Genis, entiéndelo, soy su mujer». Hagámosles el duelo, Francisca; pero en 1921 no existen ya las María Vigneron. No hay siquiera jovencitas que quieran pasar por Marías Vigneron. Todas consideran que su saber es sano y confesable y, sin vanagloriarse de él, no lo ocultan, como no lo oculta un adolescente bien educado de dieciseis o diecisiete años.

Así ha desaparecido en la joven contemporánea ese temor de parecer sabida que le valió, en otra época, tantos encantadores rubores. De allí, una disminución del pudor visible, o, sencillamente, del pudor; pero, tranquilízate, Francisca, recuerda que hemos distinguido el pudor de la virtud y colocado al frente de la virtud inmutable, la versatilidad del pudor... Abolido «el pudor de saber», las consecuencias fueron inmediatas. La joven, mas realista, miró las cosas como son y discutió ciertas convenciones..... Si se está informado, no de los detalles, pero sí del fondo de las cosas, ¿con qué objeto impedir ciertas lecturas, ciertos espectáculos que nada tienen de inmoral en sí; pero que se te prohibían, Francisca, con el pretexto ridículo de que no debías comprenderlos? ¿Si se esté informado de lo que verdadera y fundamentalmente sirve para salvaguardiar la virtud femenina, las costumbres más o menos púdicas de vestirse no se convierten en simples cuestiones de moda? Y esas modas, desde que se las discute, desde que no ejercen el imperativo casi místico que imponían en tu tiempo, pierden su poder de resistencia. De esa manera, la púdica convención de un vestido estricto fué quebrantada por su base. Luego, los hábitos de higiene y de sport le dieron un último golpe. Todas las jóvenes francesas (aún antes que ellas las inglesas y americanas)

son fervorosas adeptas de la hidroterapia, se ríen, sin ambajes, de la Magdalena de Hugo, que en la noche, cuando «son sein sort du corset du baleine,

.. Jette, fille ingénue,
Sa robe sur son miroir!»

En cuanto a los sports, los aman apasionadamente, unas porque el movimiento es natural en los cuerpos jóvenes, otras, por moda o por snobismo. Ahora bien, el sport es el enemigo natural de los vestidos amplios, largos, cerrados. Todas las épocas sportivas han sido épocas de vestidos libres y cortos: entre los griegos, pueblo sportivo como ninguno, «hacer sport», se dice: «estar desnudo». ¿Cómo entonces extrañarse de que el pudor del vestido haya progresivamente perdido, en la juventud contemporánea, su carácter de rito sagrado? Ese pudor se ha hecho realista (de místico que era), y tiende, cada día más, sin ninguna perversidad, a reducirse a lo esencial.

Por otra parte, la libertad otorgada a las jóvenes francesas de frecuentar a los jóvenes (libertad que mucho antes habían conquistado sus contemporáneas anglosajonas) produjo rápidamente el efecto de arrebatar a esas relaciones el carácter romancesco que su rareza misma antes les daba. Cuando te encontrabas, Francisca, una media hora por semana, en el locutorio del Colegio Berquin, con el hermano de una de tus compañeras, que andando el tiempo llegó a ser tu marido, tu corazón latía como el de Hero al ver a Leandro, en las orillas del Bósforo... Hoy, a la misma edad, habrías bailado cien veces el tango con Máximo, te habría enseñado a nadar y sabe Dios cuantas cosas más. Vuestra emotividad recíproca habría desaparecido, habría sido menester el matrimonio para despertarla. ¡Ah! jóvenes y muchachos de 1921, habéis ganado en independencia y familiaridad en vuestras relaciones recíprocas; pero vuestra novela parece bien insípida, bien vulgar a los Máximos de antaño. Con todo, sois vosotros los que tenéis razón en el *presente*, porque sois el presente. Y es necesario que vuestros educadores sepan comprender los tiempos nuevos para que su acción sea eficaz. Entre las jóvenes y los muchachos de

hoy día las conversaciones tienen necesariamente que tener un tono más libre que antes: hablan como entre camaradas. Mucho menos sentimiento; mucho más franqueza. Todo eso ¿te choca, te entristece un poco, Francisca? Piensa, para consolarte, que en este gran trastorno de las costumbres juveniles, nada (como me he esforzado en demostrártelo) revela ni anuncia una crisis de la moralidad.

—Pero, no es menos verdadero, me objetarás, que nuestras hijas están hoy privadas de las garantías sociales (convencionales o no) que antaño las defendían... ¿No corren acaso hoy mayores peligros?

Cuida, Francisca, de caer en el error tan frecuente, al juzgar una generación posterior a la tuya, de creerte tu misma lanzada en medio de las costumbres nuevas, conservando tus ideas y tu temperamento antiguos. La adaptación parece, así, imposible. Son, Francisca, temperamentos nuevos y mentalidades nuevas las que evolucionan ante tu vista inquieta. Esas mentalidades he tratado de definírtelas. En cuanto a los temperamentos... Cuántas veces, después del auge de los nuevos bailes, he oído a hombre de mi edad, que los observaban, decir con toda sinceridad: pero ¿esos muchachos no tienen sangre en las venas?... Si, si, queridos contemporáneos. Esos muchachos tienen en sus venas una sangre tan ardiente como era la de Uds. cuando tenían su edad. Solo que su sangre no hierve en circunstancias que, para ellos, son habituales. Es el caso del pintor con sus modelos, del ginecologista con sus clientes. De la sensibilidad amorosa no puede decirse, lo que Quintiliano decía de la memoria: *augetur exercitio*, el ejercicio la aumenta. ¡Todo lo contrario!

Tiempo es ya, querida Francisca, de poner término a estos largos comentarios con algunas conclusiones prácticas:

I. Nuestra época es incontestablemente, en todos los países civilizados, una época de crisis para el pudor. Para estudiar sus causas profundas sería menester llenar un volumen. Contentémosnos con manifestar que tales crisis han seguido casi siempre a todas las revoluciones violentas y que a menudo son, a su vez, seguidas por una reacción.

II. El pudor es una cosa variable; la virtud es una cosa sensiblemente inmutable. De una crisis del pudor no podría inferirse una crisis de la virtud. Por otra parte, si se considera el conjunto de un país civilizado (y no una clase social separada de las demás), es muy imprudente decir: tal época fué virtuosa, tal otra, desvergonzada. Así, la Francia del tiempo del Directorio ha sido, a mi juicio, muy calumniada.

III. Desde el punto de vista de la educación, y en especial de la educación de las jóvenes, algunas madres se sienten alarmadas. ¿Tienen razón para estarlo? Creo que no. Un tipo de joven, el de la joven ignorante, ha desaparecido. La joven francesa, como la inglesa y la americana, conoce hoy el fondo de las cosas... Ese conocimiento no es el fruto de una curiosidad perversa; es una evolución natural de las costumbres, apresurada por la guerra. Resulta de allí que las convenciones de modestia en las lecturas, los espectáculos, las conversaciones, las relaciones con los jóvenes, el baile, el traje han sido denunciadas. Sobre este último punto, el traje, las prácticas higiénicas y el desarrollo del sport han activado la crisis. El pudor se hace cada día más realista, más limitado a lo esencial.

Un nuevo tipo de joven se ha sustituído al de las Franciscas de otro tiempo: el de las de antaño era dependiente e irresponsable, el de las de hoy, es libre y responsable. Naturalmente, el cambio no se hará sin algunas víctimas; pero, en el fondo, es sano. Lo prueban los numerosos matrimonios, en todas las clases de la sociedad francesa. Luego, esas jóvenes desenvueltas saben agradar a los jóvenes de su tiempo y los agradan hasta llevarlos al matrimonio. Y eso es lo más importante. La experiencia se había ya hecho, con resultados satisfactorios, en los países anglosajones. Alegrémosnos de que ella se confirme en Francia, no obstante la dureza de los tiempos.

En resumen, para la educación, una crisis de sensibilidad y de moda, de ninguna manera una crisis de moralidad. Sin embargo, como la época es aún de transición, las madres prudentes deben redoblar la vigilancia. No la vigilancia antigua, la vigilancia del carcelero, que sólo confía en sus hierros y en sus ojos; sino la vigilancia que sigue con tierna solicitud el pensamiento mismo de los seres queridos, trata de ganar su confianza y no

teme aconsejarlos dando a los peligros sus verdaderos nombres y desarrollando en ellos el gusto por la veracidad y el sentimiento de la responsabilidad.

Mas aun que en el tiempo de Arnolphe, no se protege, en 1921, la virtud de Agnés a pesar de Agnés.

MARCEL PRÉVOST.

POR EL MAGDALENA

Dormita el platanal... Un sol de estío
con su lumbre voraz dora el paisaje,
mientras en lento y perezoso viaje
va la piragua remontando el río.

Perdido en el vegón, cabe el sombrío
cámbulo enorme de feraz ramaje,
como sumido en éxtasis salvaje
en silente quietud sueña un bohío...

Una banda de loros cruza el cielo.
Un martín pescador detiene el vuelo
de un tronco viejo entre las ruinas muertas.

Y en las playas resecas, sin afanes,
se asolea una tribu de caimanes
con las torvas mandíbulas abiertas...

Julio A. Rubio.

¿CONOCIÓ EL PRESIDENTE ERRÁZURIZ ZAÑARTU EN 1873 EL TEXTO DEL TRATADO SECRETO DE ALIANZA ENTRE EL PERÚ Y BOLIVIA?

En el número XIX, páginas 5 y siguientes de Revista Chilena publicó, hace ya tiempo, el distinguido escritor don Anselmo Blanlot Holley un artículo en que asevera que en el mes de Septiembre de 1873 el Encargado de Negocios de Chile ante el Gobierno Argentino, don Guillermo Blest Gana, envió al Presidente don Federico Errázuriz Zañartu, «copiado de su letra», el texto del tratado secreto de alianza que el 6 de Febrero de ese mismo año habían celebrado los Gobiernos del Perú y Bolivia.

Autorizadísima como pocas, máxime en negocios históricos y diplomáticos, nos parece la opinión del señor Blanlot Holley; pero, ello no obstante, en este caso su afirmación deja en nuestro ánimo dudas que quisiéramos ver desvanecidas.

Todo lo someramente que nos sea posible, vamos a manifestar las razones que nos mueven a no prestar asenso a la aseveración del señor Blanlot.

Desde luego, si el Presidente Errázuriz Zañartu tuvo en su poder en 1873 una copia del tratado ¿cómo se explica que cinco años después, en 1879, el Presidente Pinto no lo conociera, no estuviera siquiera seguro de su existencia?

Demostrar esto último es bien sencillo. Nos valdremos para ello de documentos, en su mayor parte, de origen peruano. Serán, así, menos sospechosos.

El 27 de Febrero de 1879 el Ministro del Perú en Chile don P. Paz Soldán Unanue escribía a su Gobierno:

«Antes de separarme de S. E., (el Presidente Pinto), me preguntó: ¿qué había de un pacto secreto entre Bolivia y el Perú?

«Le contesté que nada sabía.

«Pardo lo negaba mucho, repuso el señor Pinto» (1).

El 13 de Marzo del mismo año el Ministro peruano Lavalle, decía a su Gobierno, dándole cuenta de una entrevista que dos días antes había tenido con el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Alejandro Fierro:

«Al levantarme me dijo el señor Fierro que le permitiese preguntarme qué había del tratado secreto de alianza entre el Perú y Bolivia; que Godoy le escribía que ese tratado existía desde 1873; pero que extrañaba cómo Godoy en seis años no había dicho una palabra sobre él, y cómo un tratado que se suponía aprobado por el Congreso del Perú y de Bolivia había podido permanecer secreto tanto tiempo; que Videla le había asegurado que mucho había oído hablar allí (en Bolivia)... de semejante tratado hasta los últimos tiempos, en que se dijo que se había encontrado en un armario un tratado secreto entre el Perú y Bolivia; que a él (el Ministro del Fierro) se le había dicho que ese tratado se le había procurado la accesión de la República Argentina; pero que la Cámara de Diputados lo había rechazado a solicitud del señor Rawson.

«Le contesté que yo había sido Presidente de la Comisión Diplomática del 76 y 78 y que en ella no se había visto tal tratado; pero que oyendo hablar tanto en Chile acerca de él había pedido informes a Lima sobre el particular» (2).

La reconocida seriedad de los señores Pinto y Fierro hace inverosímil la suposición de que en aquellos momentos estuvieran representando una comedia, comedia que, por lo demás, habría sido inoficiosa, sino perjudicial (3).

Los Ministros peruanos, al comunicar a su Gobierno esas conversaciones, no ponen ni por un instante en duda la perfecta

(1) *Ahumada Moreno*, Guerra del Pacífico, I, 115.

(2) *Ahumada Moreno*, obra citada I, 169.

(3) Si cuando escribimos este artículo hubiéramos conocido las cartas que el Ministro de Chile en Francia don Alberto Blest Gana dirigió en el curso del año 78 al Presidente Pinto sobre las gestiones que estaba haciendo para vender en Europa los blindados Blanco Encalada y Cochrane, nos habríamos referido a ellas como la mejor demostración de que el Presidente Pinto no conocía el tratado secreto, ni sospechaba el grave peligro que amenazaba a su patria. No de otra suerte se explica que, menos de un año antes de que estallara la guerra, gestionara la venta de los blindados que dieron en ella el triunfo a Chile. Esas cartas corren publicadas en el número de Diciembre de 1921 de Revista Chilena.

buena fe de Pinto y Fierro. Por el contrario, parécenos que lo hacen con mal disimulada socarronería, como burlándose de sus candorosos interlocutores.

Pero, en fin, cabe dentro de lo posible que el Gobierno de Chile fingiera con los Ministros peruanos una total ignorancia de la existencia del tratado de alianza; pero ¿qué objeto habría tenido hacer extensiva esa simulación al propio Ministro de Chile en el Perú, don Joaquín Godoy?

El señor Fierro, al día siguiento de su entrevista con el Ministro Lavalle, escribió en estos términos a Godoy:

«Como US. comprenderá, interesa sobre manera a mi gobierno tener un conocimiento exacto del tratado de alianza entre el Perú y Chile que se dice ajustado el 6 de Febrero de 1873 y aprobado por las Cámaras de ambas repúblicas en el curso del mismo año.

«La apreciación de las cláusulas que aquel pacto contrajo respecto de nosotros, nos marcaría fijamente el rumbo que debemos seguir y determinaría la actitud que nos corresponde asumir en las presentes circunstancias.

«Reitero, pues, a US., muy encarecidamente, la recomendación que antes le he hecho de hacer cuanto sea posible para adquirir una copia de aquel pacto, o, a falta de ella, un conocimiento fiel de sus disposiciones, que nos permita basar en él nuestros procedimientos ulteriores.

«En este sentido no debe excusar US. diligencias, gastos, ni sacrificios.

«En la conferencia que acabo de tener con el representante del Perú, señor Lavalle, le interpelé acerca de la existencia del pacto aludido. Me expuso, sin vacilación, que no tenía el menor conocimiento de que Bolivia y el Perú estuviesen ligados por el compromiso que se les atribuía y que, preocupado por primera vez su espíritu con este asunto, con motivo de las alusiones al pacto que ha hecho la prensa de Chile, no había trepidado en dirigirse a su gobierno pidiéndole, en la primera nota escrita desde este país, una explicación acerca de ese hecho. Me agregó que su participación activa en los debates legislativos desde el año 74 le habría hecho conocer, si él existiese, el pacto en cuestión. Me significó, por último, que el año 73, en

que se dice que fué aprobado por las Cámaras del Perú, el Congreso se mantuvo en receso, de modo que no ha podido prestar en ese año la aceptación constitucional que para su validez requiere todo tratado que celebre el Ejecutivo.» (1)

Lo repetimos, que el gobierno chileno tratara de engañar a los Plenipotenciarios peruanos, es algo que se concibe; pero que representara esa misma comedia con su Ministro en el Perú es algo, a más de absurdo, inverosímil.

Parece, por lo demás, que a principios de 1879 el gobierno peruano ignoraba si Chile tenía o no conocimiento cierto de la existencia del tratado. Esa ignorancia fué lo que le alentó a enviar a don José Antonio de Lavalle a nuestro país con el objeto de ofrecer su mediación en las dificultades pendientes con Bolivia. Si hubiera sabido positivamente que Chile conocía el Tratado, no se habría atrevido a ofrecer una mediación que era una burla y un insulto.

Tanto es así que en las instrucciones que la Cancillería peruana dió al señor Lavalle, no se alude en forma alguna a la existencia del pacto aludido. Sólo algunos días después de la partida de Lavalle, el gobierno le dirigió un oficio en que le decía:

«Es muy probable que el Gobierno de Chile, por conducto de su Ministro de Relaciones Exteriores, pregunte a US. si realmente existe un tratado de alianza secreto entre el Perú y Bolivia; y casi seguro que, en tal caso, se estime dicho tratado como un grave obstáculo a la mediación ofrecida por nuestro Gobierno.

«US. debe manifestar verbalmente, si tal observación se le hace, que en realidad existe un tratado; pero que ello, no obstante, si Chile retirase sus fuerzas del litoral boliviano, que, como US. sabe, es la condición esencial de nuestra mediación, el Perú no se vería ya obligado a su cumplimiento, y estaría, por el contrario, en aptitud de facilitar los medios conducentes a un arreglo decoroso y equitativo entre Chile y Bolivia.» (2).

(1) *Ahumada Moreno*, obra citada, I, 83.

(2) *Pedro Irigoyen*, La Alianza Perú Boliviana y la declaratoria de Guerra de Chile, pág. 282.

Pero lo que mejor que nada permite apreciar la verdadera situación de Chile—del gobierno y del país—en orden al temor de que existiera el tratado de alianza es la siguiente nota que el Ministro Lavalle dirigió a su Gobierno, apenas llegado a Santiago, el 7 de Marzo de 1879:

»Se habla generalmente en este país de la existencia de un tratado secreto entre la República del Perú y la de Bolivia. Esta general y ya arraigada creencia es lo que principalmente ha causado la exacerbación de las pasiones en nuestra contra, que últimamente se ha manifestado con tanta intensidad, pues suponen traición de nuestra parte el presentarnos como mediadores entre Bolivia y Chile, cuando estamos obligados a seguir a la primera en sus hostilidades hacia la segunda.

«A todas las personas, y no son pocas ni poco caracterizadas, que sobre este punto me han hablado, me he limitado a asegurarles que pacto semejante no se ha sometido a la aprobación del Congreso del Perú en ninguna de las legislaturas correspondientes a los años de 1874, 76 i 78, en que he tenido el honor de presidir la Comisión Diplomática de ese Congreso, lo que es la verdad, indicando que quizás se dé el carácter de pacto secreto de alianza a cierta convención de tránsito de tropas que se celebró en 1874, según recuerdo, entre el Perú y Bolivia.

«Más, antes de anoche en una larga conversación que tuve con mi excelente amigo el señor don Domingo Santa María, persona altamente colocada en este país, me dijo que sospechaba que el Gobierno de Chile, previa toda discusión, me exigiría una explicación categórica y terminante sobre la existencia del pacto en cuestión, de cuya explicación era posible que dependiese la continuación o la ruptura de toda negociación.

«El caso no ha llegado aún, y si llegase antes de recibir instrucciones de US. me limitaré a contestar que no teniendo conocimiennto del convenio en cuestión, pediré a US. los datos y las instrucciones convenientes.

«Ruego a US. que se sirva trasmitírmelas a la brevedad posible, para arreglar a ellas estrictamente mis procedimientos, previniendo entre tanto a US. que la sospechada existencia de ese convenio es la causa principal de la prevención con que

aquí se mira la participación amistosa del Perú, en la cuestión chileno-boliviana.» (1).

Como se ve, Lavalle, al revés de los escritores peruanos del día que afirman que en Chile se tenía en 1879 pleno conocimiento del tratado secreto, paladinamente reconoce que se tenían solamente sospechas de su existencia.

Los documentos transcritos nos permiten afirmar, sin temor de ser contradichos con fundamentos plausibles, que en 1879 ni el Presidente Pinto, ni sus Ministros, estaban seguros de la existencia del pacto de 1873. Habían oído ciertamente hablar de él; pero siempre con vaguedad. No conocían su texto e ignoraban si estaba en vigor o si sólo había sido una tentativa abortada, como igualmente ignoraban si estaba dirigido contra Chile o si era un mero pacto defensivo.

«..... En Chile, dice un distinguido historiador, nadie conoció el tratado que era un secreto a voces en el Perú, en Bolivia y en la Argentina. Oyeron hablar de él Godoy, Blest Gana, Ibáñez; pero no supieron su alcance, ni sus estipulaciones. Los hombres más interiorizados en nuestra política no creyeron en su realidad cuando el público lo aseguraba en la prensa y en los mítines que se celebraban en Santiago y Valparaíso antes de declararse la guerra. Hay declaraciones de don Manuel Montt, de don Domingo Santa María, de Vicuña Mackenna, de don Antonio Varas que así lo aseguran, y a ellos puedo agregar el nombre del Presidente Pinto, pues tengo motivos personales para saber que en Marzo de 1879 no creía en la realidad del tratado secreto.» (2).

Ahora bien ¿cómo conciliar esa ignorancia del Gobierno y del país en 1879 con el hecho aseverado por el señor Blanlot Holley de que en 1873 se hubiera enviado al Presidente Errázuriz Zañartu una copia del tratado?

La explicación que de fenómeno tan extraordinario da el señor Blanlot Holley no nos satisface en manera alguna.

«Los gobernantes de Chile, antes de 1879, dice, no recelaban de la buena amistad del Perú. Pasaba tal vez, a veces,

(1) *Ahumada*. Obra citada, I-168.
(2) *Gonzalo Bulnes*, Guerra del Pacífico, I-100.

como la sombra de un fantasma por sus imaginaciones, el vago recuerdo de una alianza secreta entre nuestros vecinos del norte. Pero esas impresiones fugitivas que dejan los hechos remotos, no cimentan desconfianzas graves en el espíritu.

«Los secretos de Estado eran entonces entre nosotros guardados religiosamente. Lo que se decía a puertas cerradas en el Congreso o era confiado en reserva por nuestros diplomáticos al Ministerio del ramo, antes pasaba al olvido que divulgarse por las calles.

«El Presidente de la República caracterizaba con su autoridad el régimen imperante. Las relaciones con el extranjero eran casi de su exclusivo resorte, sin que el Secretario del Departamento vaciara con indiscreta mano los documentos de la Cancillería.

«El Ministro no era tampoco, como hoy, ave de paso, sujeto a los vaivenes de las mayorías parlamentarias, inconstantes y movedizas como las aguas de la mar. Y los Oficiales Mayores, modesto título de los predecesores de los Sub-Secretarios de Estado, llevaban a sus empleos seriedad y preparación de maestros: así desfilaron don Andrés Bello, don Miguel Luis Amunátegui, don José Victorino Lastarria..... mentores de varias generaciones, con sueldos que no llegaban a tres mil pesos anuales, y más adelante, don Moisés Vargas, don Máximo R. Lira, don Ramón Sotomayor Valdés, don Francisco Vidal Gormaz, don Alejandro Andonaegui, don José Antonio Soffia, escritores, diplomáticos, políticos, con renta inferior a seis mil pesos.

«Con este sistema institucional y con tales hombres se comprende que la revelación de la alianza existente entre Bolivia y Perú hecha al Presidente don Federico Errázuriz Zañartu y al Ministro que ocupaba la cartera—recién creada—de Relaciones Exteriores, don Adolfo Ibáñez, no promoviera estruendos y que se proveyera a la seguridad de la República sin ostentación ni clamoreos. Así también se explica que, con la conciencia del deber cumplido, los mismos estadistas que conocieron el secreto diplomático y prepararon nuestros medios de de-

fensa, se hubieran casi olvidado del peligro cuando estalló el acontecimiento.» (1).

Parécenos que el señor Blanlot en el párrafo transcrito deduce de hechos generalmente exactos conclusiones equivocadas o que no dicen relación con esos mismos hechos.

Que antes de 1879 los Presidentes atendieran personalmente las relaciones exteriores; que existiera mayor estabilidad ministerial; que el personal de los oficiales mayores fuera distinguidísimo; que los secretos de estado se guardaron sigilosamente; que, con menos bullicio y más eficacia que en el día, se proveyera a la seguridad de la República, todo eso es desgraciadamente efectivo; pero ello no autoriza la suposición de que el Presidente Errázuriz Zañartu ocultara a todos sus Ministros la existencia del tratado secreto, después que recibió una copia de él.

No eran por aquellos tiempos los Ministros del Despacho lo que con harta y lamentable frecuencia son en el día: hombres que el Congreso impone al Presidente y que este, mal de su grado, tolera sin otorgarles su confianza. Eran, por el contrario, sus amigos personales y colaboradores de toda su intimidad.

Fueron Ministros de Errázuriz, Altamirano, Cobo, Cifuentes, Ibáñez, Pinto, Barros Luco, Barceló, M. Sánchez, Fontecilla, Ignacio Zenteno, Alfonso, Cood, quizas algún otro que olvido.

¿Es presumible que con todos ellos, no obstante de ser sus amigos y hombres de su entera confianza, guardara Errázuriz Zañartu tal reserva que ninguno de ellos supo jamás que el Presidente tenía en su poder copia del tratado?

Semejante reserva, absurda con todos, habría sido criminal con dos de ellos, con Pinto y con Ibáñez.

Pinto, hombre discretísimo y de facultades en extremo ponderadas, fué durante cuatro años su Ministro de Guerra y Marina. Abandonó la cartera sólo para preparar la lucha electoral que, con la adhesión entusiasta y el concurso decisivo de Errázuriz, debía llevarlo a la Presidencia de la República.

(1) *Revista Chilena*, Diciembre de 1918, pág. 6.

¿Es creible que Errázuriz gastara con su amigo, con su Ministro de Guerra, con la persona que principalmente por voluntad suya iba a reemplazarlo en la dirección de los negocios públicos, tan extraña reserva?

Y ya hemos visto que en 1879 Pinto no sólo ignoraba que Errázuriz hubiera tenido en su poder una copia del pacto de alianza, sino que todavía dudaba, mejor dicho, no creía en la existencia de ese pacto.

Don Adolfo Ibáñez era también su amigo y persona de su confianza. Sirvió la cartera de Relaciones Exteriores desde fines de 1871 y la servía aun en la época en que se pretende que Errázuriz recibió la copia del tratado. Pues bien, Ibáñez no tuvo conocimiento de la existencia de esa copia. Así lo manifestó en la sesión secreta que la Cámara de Senadores celebró el 2 de Abril de 1879.

«El señor Ibáñez, dice el acta de esa sesión, contestó las observaciones del señor Montt, manifestando que el Gobierno de que Su Señoría formó parte no había conocido oficialmente la existencia de ese pacto sino por referencias privadas».

Y poco después, en la misma sesión, más esplícitamente agregaba:

«Al efecto, expuso que el señor Godoy le comunicó desde Lima en 1873 que había tenido conocimiento de que algo se trataba, entre Bolivia, el Perú y la República Argentina en contra de Chile: que con este antecedente había escrito al señor Blest Gana a Buenos Aires, quien le trasmitió las noticias privadas que había podido recoger sobre el particular; pero sin comunicarle ningún dato oficial o auténtico que diese fuerza a los rumores que circulaban. Que sólo posteriormente se había sabido que aquel tratado había sido aprobado por la Cámara de Diputados de la República Argentina y rechazado en el Senado de aquella nación, sin que hasta hoy se hubiese tenido un conocimiento más o menos cabal de sus cláusulas...»

Por último, agregó:

«Que el conocimiento que el Gobierno había tenido en aquella época de la existencia del tratado provenía de comunicaciones privadas e incompletas que no lo autorizaban en manera alguna para suponer que él existía realmente».

Lo dicho,—aunque sean meras inferencias—basta para rechazar como inverosímil, como absurda la afirmación de que el Presidente Errázuriz conoció en 1873 el texto del tratado secreto.

Pero aun hay más. ¿Qué interés podía tener Errázuriz en mantener una reserva absoluta, aun con su Ministro de Relaciones, aun con su Ministro de Guerra y sucesor en la Presidencia de la República, acerca de la existencia del tratado? ¿Creería que él solo, sin el concurso de nadie, podía conjurar los graves peligros que amenazaban al país? ¿Querría cargar él solo con toda la responsabilidad de situación tan grave?

Hay todavía que tener presente que no era el ilustre Presidente Errázuriz hombre capaz de permanecer indiferente en presencia del cuadrillazo que contra el país se fraguaba y de esperar impasible sus consecuencias. Si de ese cuadrillazo tuvo, como se afirma, conocimiento completo, es evidente que se puso en activa acción para desbaratarlo, si ello le era posible; en todo caso, para poner a Chile en estado de defensa.

Para lo primero, necesitó, indudablemente, con o sin el concurso de su Ministro de Relaciones Exteriores, valerse de los representantes de Chile en el extranjero, en especial de los residentes en Bolivia, Perú, República Argentina y Brasil. Debió impartirles instrucciones para que procurasen anular la alianza o enervar, por lo menos, sus efectos. Pues bien, de esa acción no quedan rastros ni en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, ni en el de las Legaciones de Chile en el extranjero, ni en parte alguna. Los titulares de esas Legaciones no han dicho nunca tampoco que recibieran instrucciones oficiales ni privadas del Presidente en tal sentido.

Tampoco se encuentran vestigios de que Errázuriz, en previsión de que su acción diplomática no alcanzara los resultados deseados, tratara de poner al país en estado de defensa contra el peligro inminente que lo amenazaba.

Todo lo hecho durante su administración en tal sentido es, contra lo que el señor Blanlot Holley cree, anterior a la celebración del tratado secreto. La ley de 4 de Enero de 1872, y las leyes de presupuestos de 1871, 72 y 73 habían autorizado al Gobierno para adquirir dos blindados y para renovar el armamento del Ejército. Pues bien, el Presidente Errázuriz hizo uso

de esas autorizaciones con anterioridad a la fecha en que se asegura que recibió la copia del pacto, más todavía, antes de que ese pacto se celebrara. Así, la construcción del «Cochrane» fué contratada en Abril de 1872 y en Junio de ese mismo año la del «Blanco Encalada». En 1872 se adquirieron tambien rifles Comblain para la infantería, cañones Krupp y ametralladoras para la artillería, sables y carabinas Winchester para la caballería y municiones abundantes para todas las armas de fuego.

Prácticamente puede decirse que en el curso del año 1872 el Gobierno contrató y hasta en parte alcanzó a recibir todo el material bélico—así naval como terrestre—conque Chile entró a la guerra en 1879. Si en los años siguientes—años de extremada penuria fiscal—algo se adquirió, fué insignificante.

Si Errázuriz, nada más que en previsión del porvenir, sin que ningún peligro cierto amenazara a Chile, impuso, en períodos de honda crísis, tamaños sacrificios al país ¿es lógico suponer que desde 1873 para adelante, cuando ya conocía el tratado de alianza, se cruzara de brazos y dejara a Chile entregado a su suerte? ¿Podía razonablemente creer que los dos blindados, con los cuales ni siquiera igualaba el poder naval del Perú, y los pocos rifles y cañones adquiridos le iban a bastar para hacer frente a la acción conjunta del Perú, Bolivia y República Argentina? ¿Cómo conciliar estas circunstancias con el conocimiento pleno que se le atribuye del tratado?

Quiero hacer valer una última razón. Nadie ignora que en Febrero y Marzo de 1879 fué preocupación constante del Gobierno averiguar si en realidad existía un tratado de alianza entre el Perú y Bolivia y, en caso afirmativo, conocer el alcance de ese tratado. Tal preocupación se deja ver en los diarios, en las sesiones del Congreso y del Consejo de Estado, en las comunicaciones oficiales. Ahora bien ¿cómo armonizar esa preocupación con la circunstancia de que en esa época formara parte del Ministerio don Joaquín Blest Gana hermano del pretendido descubridor del tratado, y de que este mismo desempeñara a la sazón la Intendencia de Aconcagua, con residencia en San Felipe, ciudad situada a pocas horas de distancia de la capital? ¿Ignoraría el Ministro don Joaquín que su hermano

don Guillermo había, años atrás, descubierto y enviado al Gobierno copia del famoso tratado? ¿Ignoraría don Guillermo que la existencia del pacto que él había descubierto y enviado en copia a Chile era por aquellos días el rompecabezas, la desesperación del Gobierno? ¿Porqué entonces ambos callaron y dejaron que la verdad viniera a ser arrancada, casi con la pistola al pecho, al Presidente Prado por don Joaquín Godoy?

La verdad, no vale la pena insistir más sobre el particular.

Tales son, entre otras muchas, las razones que nos mueven a no dar crédito a la afirmación de que el Presidente Errázuriz tuvo en 1873 una copia del tratado secreto de alianza entre el Perú y Bolivia.

Sufriría error gravísimo el que creyera ver en las precedentes observaciones el encubierto propósito de poner en duda la veracidad del señor Blanlot Holley. Nada más distante de nuestro ánimo. Hemos querido, lisa y llanamente, dilucidar un problema histórico.

Por otra parte, el señor Blanlot Holley no es el autor de la leyenda que hemos querido destruír. El se limitó a prestar crédito y a recoger, talvez con insuficiente sentido crítico, lo que oyó de labios de un hombre que—con razón sobrada—le inspiraba completa confianza. Olvidó, sí, que ese hombre había alcanzado los límites de una avanzada ancianidad y que atravesaba ya por ese período de la vida en que los recuerdos pierden toda frescura y en que, con harta frecuencia, se forjan leyendas con materiales en parte verdaderos, en parte fantásticos.

Don Guillermo Blest Gana en los últimos años de su vida, viejo, enfermo, pobre, más entristecido que agriado por dolorosas pretericiones que creía injustas—y que, en realidad, lo eran—complacíase en referir a sus amigos que 1873, en Buenos Aires, había tenido la fortuna de descubrir la existencia del tratado de alianza y de obtener una copia de su texto, la que había enviado al Gobierno. Algo de verdad había en esa afirmación; pero no toda la verdad. Fué, seguramente, efectivo que en 1873 comunicó, desde Buenos Aires, al Gobierno algunas noticias vagas, harto imprecisas sobre el rumor que allí circulaba acerca de la existencia de una alianza perú-boliviana contra Chile; pero no envió copia del documento en que esa alianza se

había concertado. Eso fué todo. I de esa verdad inicial, tomó pié para ir—poco a poco, detalle a detalle—sin darse siquiera de ello cuenta—forjando el relato recogido por el señor Blanlot Holley.

¿Hizo mal? Díganlo otros...Yo me declaro incapaz de condenar una debilidad senil del más delicado de nuestros poetas y, al decir de los que de cerca lo trataron, del más bondadoso de los hombres.

X.

UN NUEVO LIBRO SOBRE LUCRECIA BORGIA (1)

Es a menudo ventajoso tener mala reputación: puede decirse, a despecho de la gramática, que se goza de ella. Entre Isabel de Este y Lucrecia Borgia ¿cuál es más famosa? Sin duda alguna esta última. Sin embargo Isabel fué una de las mujeres más ricamente dotadas de su época: inteligente, instruída, hábil en materias políticas y hermosa sobre toda ponderación, en tanto que Lucrecia fué tan solo una creatura seductora, pero poco inteligente, banal, preocupada exclusivamente de acicalarse y vestirse con afectada elegancia y de provocar deseos que no siempre ella misma sabía después resistir. Pero como una aureola de infamia la circundaba en su tiempo y la circunda aún, no obstante los supremos esfuerzos de más de un historiador contemporáneo, hasta los incidentes más insignificantes de su vida han sido objeto de investigaciones eruditas y minuciosas. Cuando parecía que todo se había ya dicho sobre ella y que solo restaban por deducir las conclusiones que de lo dicho se desprendían, o, lo que tanto da, discutir sin término, un afortunado historiador Miguel Catalano, ha aportado al debate un grueso legajo de documentos desconocidos, relativos a la segunda parte de la vida de Lucrecia, a la que llevó en Ferrara, que se ha querido considerar muy diferente de la primera, cuando, en realidad, se le asemeja tanto que casi se confunden.

Su origen y su infancia la habían admirablemente preparado para el papel que las circunstancias la llamaron a representar. Su padre Rodrigo, un Lanzol (el futuro Alejandro VI), pertenecía por su madre, hermana de Calixto III, a esa hermosa raza de los Borgia, hombres de soberbia apariencia, de fuerza extraordinarias y grandes libertinos. Calixto lo hizo cardenal a

(1) *M. Catalano,* Lucrezia Borgia con nuovi documenti.—Ferrara.—1921.

los veinticinco años y le otorgó funciones fructíferas y grandes bienes de fortuna, de que Rodrigo gozó sin medida. El papa Pío II, severo con los años, vióse forzado a amonestarlo en una carta que hizo gran ruido; pero no por eso dejó Rodrigo de llevar una vida de lujo y de licencia. Sus banquetes y sus partidas de caza eran famosas. Por los años 1446 encontró una mujer, Vannozza Catanei, entonces de veinticuatro años, que fué bastante hábil para fijar por algún tiempo a un amante tan versátil.

De esta unión nació Lucrecia, el 18 de Abril de 1480. Cuando era aun muy jóven, su padre, cuyo afecto por la Vannozza declinaba, confió su educación a Adriana Orsini, su confidente, su consejera y su auxiliar. En casa de ella, Rodrigo conoció y sedujo a la nuera de Adriana, Julia Farnesio, llamada *la bella* a causa de su incomparable belleza. ¡Lucrecia creció bajo la vigilancia de tal mujer! Que su educación fué cuidada parece fuera de duda: todas las jóvenes de alta situación estaban obligadas a poseer ciertos conocimientos. Elegido papa con el nombre de Alejandro VI, Rodrigo Borgia quiso casar a Lucrecia dignamente. Aun cuando antes, a pesar de sus trece años, la había hecho contraer esponsales con dos españoles, la destinó entonces a Juan Sforza, Señor de Pesaro, un bastardo. Cuando Sforza llegó a Roma tuvo que ocultarse porque uno de los novios españoles amenazaba con amotinar a toda Europa contra él y el papa. Fué menester tranquilizarlo, y Lucrecia se casó, el 2 de Febrero de 1493, con Juan Sforza, el primero de sus tres maridos.

Vivió en el Vaticano, esa corte de príncipes que tanto se asemejaba por su depravación a las otras cortes italianas.

En el Vaticano tuvo también lugar su segundo matrimonio, después de haber sido anulado el primero por falta de consumación, pretexto que a nadie engañó (20 de Junio de 1498). Este segundo matrimonio fué de corta duración. Don Alfonso, bastardo del rey de Nápoles Alfonso II, fué asesinado en el Vaticano el 18 de Agosto de 1500 por su propio cuñado, César Borgia.

Viuda, Lucrecia podía pensar en contraer un nuevo matrimonio y fué esta una de las razones que causaron el asesinato

de Alfonso. Pero en esta ocasión, Alejandro VI no quiso que se casara con un bastardo. Eligió un partido soberbio, el hijo de Hércules I de Este, duque de Ferrara, cuya alianza podía, además, serle de gran utilidad para la consecución de sus miras sobre la Romaña.

Ya tenemos a Lucrecia llegando a Ferrara después de un largo viaje interrumpido por las detenciones requeridas para que pudiera «lavarse la cabeza», léase «teñirse el cabello». Fué recibida por el viejo duque, su suegro, y, en seguida, por su esposo, Alfonso, que le dió oficialmente el beso por medio del cual los novios comprometían recíprocamente su fé. Cambiado ese beso, la joven tenía derecho a la mitad de los bienes aportado por el novio, porque «por el beso la carne queda por mitad corrompida».

El papa había gastado en Roma, sin contarlos, los caudales de la iglesia para hacer a Lucrecia nupcias suntuosas: corridas de toros, comedias, banquetes, justas, cortejos, nada, nada se ahorró. Hasta se anticipó dos meses el carnaval.

El duque no quiso ser menos espléndido. El 2 de Febrero de 1502 entró Lucrecia a su futura capital. Fué recibida como rara vez lo había sido una reina. El cielo resplandecía. Delante de ella iban músicos y tres escuadrones de caballeros vestidos de blanco y rojo, su marido, hermoso caballero, con una coraza de oro batido, después la nobleza de Ferrara, Mantua y Urbino, cinco obispos, los bufones españoles, los locos, encargados de ensalzar las altas cualidades de su señora y, por último, el inmenso cortejo de damas, gentiles hombres y servidores, más de quinientas personas, que desde Roma venían acompañándola. El hermoso caballo blanco que ella montaba se asustó con las aclamaciones y salvas y la derribó por tierra. Su cuñado, el marqués de Mantua, marido de Isabel, se precipitó a levantarla y la colocó sobre una mula blanca. ¡No fué esta la única ocasión en que Lucrecia cayó en sus brazos! Prosiguió su marcha triunfal. Sus veintidos años, su sonrisa que fué célebre o, por lo menos, celebrada, el encanto de su rostro que no habían ensombrecido las tragedias en que se había visto mezclada, sus espléndidos cabellos de oro esparcidos sobre un manto de oro que relucía al sol, sus joyas le conquistaron to-

dos los corazones. Las sesenta y ocho mulas que conducían su ajuar la seguían. ¡Qué ajuar el suyo! ¡Digno de una reina y propio para impresionar la multitud! Comprendía veinte mantillas, otros tantos mantos, cincuenta trajes, sesenta pares de pantuflas, calzado, abanicos, cinturones, sombreros, alhajas en enorme cantidad. Se trataba de humillar a las otras princesas con un lujo aplastador. Se quería, también, destruír todas las prevenciones que contra Lucrecia existían. Su pasado inquietaba, con justa razón, a los Ferrarenses; su marido mismo no se había resignado a casarse con ella sino por razones políticas y a causa de los 100.000 escudos de oro que aportaba en dote y de la reducción del tributo pagado por Ferrara a la Santa Sede de 4.000 a 100 ducados. Por fin, su cuñada Isabel de Este, marquesa de Mantua, hermana de Alfonso, intrigaba en contra suya, se había adelantado a recibir a Lucrecia antes de de la entrada a Ferrara y desde el primer encuentro surgió la rivalidad entre ellas. Isabel hacía activamente espiar a Lucrecia, quería saberlo todo acerca de ella, de sus vestidos, del empleo de su tiempo, de sus relaciones. Tuvo para ese efecto numerosos corresponsales y gracias a ellos y a Mr. Catalano tenemos la fortuna de estar tan bien informados sobre la vida de Lucrecia en Ferrara. Esta, por su parte, no se dejó dormir, todo lo preguntaba, quería saber como se vestían en la corte de Mantua; pero se le contestaba solo a medias. Se me habla, decía, del «velo, sin agregarme nada de las agujetas». La lucha se daba en todos los terrenos. Lucrecia tocaba el laud y el arpa maravillosamente y bailaba a la perfección, sobre todo la danza española al tamboril. Isabel también cantaba y bailaba y había perfeccionado esas artes con los mejores maestros de su tiempo. Lucrecia declamaba versos é Isabel los hacía. Lucrecia prodigaba en tal forma su dinero que, a pesar de sus crecidas rentas, se endeudó. Su padre tuvo que acudir en su ayuda. Lucrecia dió un golpe de muerte a la marquesa, tal vez sin poner mucho de su parte, por la sola fuerza de su seducción innata.

Vivía entónces en la corte de Ferrara un señor complaciente, delicado poeta en versos latinos, Héctor Strozzi, que poseía una *villa* encantadora. En ella recibía a Lucrecia y allí iba también

el marqués de Mantua. De estos encuentros sacaron los corresponsales de Isabel materia para habladurías. A poco, en la mañana del 6 de Junio de 1508, Strozzi fué encontrado asesinado cerca de la iglesia de San Francisco. Se murmuró, el duque prohibió que se practicara una investigación y nunca se supo lo que había ocurrido. La verdad es que Strozzi tenía entre manos varios otros malos negocios. Algunos años antes (Diciembre de 1502) llegó a Ferrara el que andando el tiempo llegaría a ser el cardenal Bembo. Muy joven, gentil caballero, sabio, espiritual, apasionado por la belleza femenina, que tan magníficamente debía cantar en las *Asolani*, se prendó de Lucrecia, a quien veía en casa de Strozzi. Cuando estaba enfermo, Lucrecia pasaba largas horas a la cabecera de su cama, hasta le dió un cadejo de sus cabellos, que aun se conservan en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Bembo le dedicó versos apasionados. Su correspondencia, ya en italiano, ya en español, cuajada de citas latinas, pues Lucrecia, como la mayor parte de las mujeres de su tiempo, poseía a las mil maravillas las lenguas extranjeras, constituiría en nuestro tiempo una prueba irrecusable contra ellos; pero en esa época en que, como en todos los períodos de cultura refinada, las palabras habían perdido su valor y se trataba ante todo de ser elocuente, esas cartas ardientes pueden no probar otra cosa que un gran deseo de expresarse con elegancia y de dar muestras de una hermosa pasión. Abundan en Italia, en la época del Renacimiento, casos de amores puramente literarios. Con todo, habiendo el marido de Lucrecia entrado en sospechas, Bembo tuvo que alejarse. Conservó durante largo tiempo el recuerdo de la seductora, ella, en cambio, bien pronto lo olvidó.

En Ferrara, como en Roma, Lucrecia veía, indiferente, desarrollarse los sucesos. Solo se cuidaba de ejercitar su poder de fascinación. Un siniestro recuerdo, sin embargo, debía poner un freno a sus condecendencias: el de Parisina, princesa de su edad, que no muchos años antes (1425), por delitos de la naturaleza de los que a ella se le imputaban, en ese mismo palacio, había sido decapitada. Así no debe prestarse mucho crédito a los guías que haciendo recorrer a forasteros la ciudad de Ferrara, les señalan el N.º 7 de la plaza Celio Calcagnini o el

N.º 50 de la calle Capo delle Volte, como otras tantas torres de Nesle.

Conocemos, gracias a Mr. Catalano, las ocupaciones de sus dias: las atenciones de la toilette absorbían la mañana entera; a la una, oía misa; después paseaba en carreta (sólo años después el Cardenal de Este introdujo las carrozas en Ferrara); asistía a partidas de caza con halcón, gabilán o leopardo; en la tarde, tomaba parte en lecturas, bailes o en esas justas oratorias que tanto agradaban entónces. A veces se organizaban en su honor juegos, como el del ganso, que consistía en atar al cuello de una de estas aves una cinta que los gentiles hombres debían desatar y cojer pasando al galope de sus caballos. Existía también el juego del cerdo. Los jugadores, con la vista vendada, debían matar a bastonazos un cerdo; pero lo frecuente era que se golpeasen entre ellos mismos, en medio de la risa de los espectadores. En ocasiones también se obligaba a caballeros y damas de la corte a dejarse mantear. Se encontraba divertidísimo verlos caer, entremezclados y confundidos, en posiciones indecentes o grotescas.

El duque viejo había sido el primero en dejarse engatusar por su nuera, lo que, sin embargo, no le impidió rebajar su pensión de 12 a 8,000 ducados y separar de su servicio numerosas damas españolas y romanas que habían venido acompañándola. Le dejó muy pocas compañeras, entre ellas la hermosa Angela Borgia que tan abominables tragedias debía pronto producir en la propia familia del duque. Otra mujer se habría desolado, habría levantado el grito al cielo. Lucrecia no pareció darle mayor importancia a la cosa; se quedó muy satisfecha con un pequeño departamento compuesto de solo tres piezas: una antecámara tapizada de satín azul, un salón de terciopelo verde con banquetas de respaldo y una pieza que servía a la vez de comedor y de dormitorio.

Por lo demás, el duque Hércules I murió luego, en 1505. Entónces pasó Lucrecia a habitar el palacio y desplegó en él un lujo extraordinario, al mismo tiempo que se complacía en desarrollar, ya con más libertad, su maravilloso poder de atracción. Tal, por lo menos, aseguran, los informantes, no siempre muy verídicos, de la marquesa Isabel de Este.

Después vino el fin edificante: cilicios, mortificaciones, incesantes visitas a conventos, fundación de obras de caridad, lecturas piadosas, gazmoñería impuesta a los demás y el cuidado de la educación de su hijo, ese Hércules II, que debía casarse con Renée de France y hacerle llevar una tan dura existencia. Delante de Lucrecia daba Hércules sus exámenes, recitaba a Virgilio, escribía a su padre cartas en latín, comentaba a Julio César, todo esto antes de cumplir los diez años de edad!

E. Rodocanachi.

LA TEORIA CELULAR

(Traducido del francés para Revista Chilena, por E. N. S.)

Es una noción corriente y vulgar hoy día la de que todos los seres vivos—animales y plantas—están compuestas de células. Basta separar con una navaja un trozo delgado y transparente de una hoja o de un retoño tierno, basta dilacerar con agujas un poco de la pulpa de un órgano, para constatar, con auxilio del microscopio, este hecho esencial: la sustancia de los cuerpos vivos no es continua, como un metal fundido o una pasta homogénea, está dividida en una multitud de pequeños territorios distintos, de compartimentos, más o menos, semejantes, dispuestos entre sí, en todos sentidos, como las piedras de un mosaico lo están en un plano; la repartición de esos compartimentos o células es lo que engendra los tejidos y los órganos. Con más claridad todavía, la mancha oscura que un hongo deja sobre un papel blanco, el polvo de licopodeo que el boticario usa para impedir que las píldoras se adhieran unas a otras, el polen que pinta de oro las abejas al salir de las flores, no son más que células aisladas, disociadas en polvo; y los glóbulos de la sangre no son todavía más que células desuidas, diseminadas en los vasos. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito y la observación cotidianamente repetida se resume en esta afirmación, fórmula de la teoría celular: todo ser vivo está constituído por un agregado coordinado de pequeñas unidades vivas elementales, las células, siempre semejantes entre sí y reconocibles por los mismos caracteres esenciales.

Esta noción de la organización celular de los seres no ha sido siempre tan banal: ella se ha introducido lentamente en la ciencia y el significado mismo de esta simple proposición *todos los seres vivos están compuestos de células* se ha modificado progresivamente desde el día en que fué formulada por primera vez con esa generalidad.

Los ejemplos anteriormente dados de células disociadas bastan para hacer comprender que las células son pequeñas; pero no, sin embargo, extremadamente pequeñas, su tamaño medio varía entre una quincuajésima y una centécima de milímetro. De manera que si no se las ve con los lentes ordinarios, basta un microscopio bastante rudimentario para observarlas.

Y en el hecho, desde fines del siglo XVII, apenas el microscopio, recién inventado, recibió sus primeros perfeccionamientos, algunos curiosos, mirando al azar y sin ninguna idea directriz los objetos más diversos, tuvieron necesariamente que constatar la estructura particular de los tejidos. Así, Roberto Hooke, óptico, fué, según parece, el primero en observar y describir en el corcho una multitud de pequeñas cavidades, vaciadas las unas al lado de las otras en una sustancia continua, que se asemejaba un poco a los panales de cera de las abejas. De esta comparación se deriva el nombre de células. Descubiertas por primera vez en un tejido vegetal, las células continuaron siendo, sobre todo en las plantas, donde son más fácilmente discernibles, objeto de observaciones y descripciones científicas. Una legión de investigadores, entre los cuales descuella el italiano Malpighi, acumularon los materiales de la anatomía vegetal; y puede decirse que en la aurora del siglo XIX la tarea preliminar estaba ya terminada. Se había llegado a ver diferenciarse, a partir de los tejidos jóvenes del botón, todas las células diversificadas de la planta, a reconocer en particular que los vasos, esos delgados canalitos por los cuales circula la savia, no son otra cosa que anillos celulares puestos unos en pos de los otros y perforados en el sentido de su longitud. En todos esos trabajos la palabra célula se abandona momentáneamente y la substituyen los términos vasículo y utrículo, sin que por eso las nociones fundamentales cambien mucho sobre la acepción científica de esos términos. Los anatomistas continúan no viendo, como Malpighi, en los utrículos celulares más que cavidades labradas en una sustancia fundamental homogénea. Es preciso llegar al año 1821 para ver introducirse una idea nueva, incompatible con la doctrina corriente. Haciendo macerar tejidos vegetales, se llega a convertirlos en una especie de gelatina y a disolver, como una goma la sustancia de la lámina media de los tabiques interpuestos entre los vesículos. Por este medio se disocian las células y cada una de ellas aparece como teniendo su individualidad propia. Es a la vez una cavidad y una pared, una membrana, que la limita por todas partes. Los tejidos están formados por células cerradas, cimentadas entre sí, como las piedras de un edificio lo están por el mortero: la antigua sustancia fundamental no es otra cosa que el conjunto de esas membranas yustapuestas. El concepto de la individualidad morfológica de la célula, por lo menos en lo que concierne a las plantas, queda desde este momento establecido. Todos los tejidos, siendo concebidos como la resultante de la adición de células, llegan a constituir el cuerpo del vegetal entero.

CH. PÉREZ.

(Continuará).

NOTAS Y DOCUMENTOS

El respeto de los hombres y el respeto de las ideas.— El 29 de Junio de 1846, Sir Roberto Peel, vejado, escarnecido por las inyectivas del que más tarde debía ser Lord Beaconsfield, a la sazón el novelista judío Benjamín Disraeli, y abandonado por los suyos, salía cabizbajo de la Cámara de los Comunes a depositar en manos de la Reina la renuncia del cargo desde el cual tanto había contribuído a la grandeza de Inglaterra.

A pesar de la justicia de su causa, el gran estadista, cuyas fuerzas se habían consumido prematuramente en el servicio de su patria, obligado por las circunstancias a un violento cambio de frente, no pudo sostenerse delante de un político que lo excedía en dotes oratorias y que se encontraba en todo el apogeo de la edad y del talento. Silenciosa, descubierta, en íntima comunión de respeto, marchaba a su lado una enorme muchedumbre. Eran los comunes y los asistentes al debate, que después de saludar en el todavía obscuro novelista judío, al futuro conductor del pueblo inglés, engrosados por los que encontraron al paso, rendían al gran Ministro el postrer tributo de su veneración.

El estadista se desplomaba en su carrera política, pero caía sobre la almohada de finísima plumilla que el pueblo inglés se apresuró a tenderle, como homenaje a su talento, a su rectitud, a su nobleza de alma y a sus servicios.

Este recuerdo de mis lecturas, ya lejanas, sobre la historia política de Inglaterra, acude por contraste, a mi memoria, cada vez que entre nosotros se discute el prestigio de los hombres. El estadista chileno tiene, también, su apoteosis; pero es una apoteosis póstuma. En el cerebro del chileno no hay espacio para que quepan juntos el valor de los estadistas que fueron y de los que son.

Mientras conserva su vigor físico e intelectual, es decir mientras puede ser útil a su patria, el hombre de Estado es entre nosotros una especie de fiera dañina o peligrosa, a la cual hay que acosar. Contra él todas las armas son buenas. Se le discute el talento y la sagacidad; y a aquel que no es posible reducir

al nivel común, porque lo rebalsa y revienta, se le niega el equilibrio o se duda de su honradez. Se anotan con prolijidad benedictina sus defectos y hasta sus manías más inofensivas y se arroja un espeso manto sobre sus grandes cualidades. Desde las pequeñeces que mortifican hasta las calumnias que infaman, son buenas armas, siempre que su blanco sea un hombre público. Diríase que el común de la gente toma la denominación en su sentido literal. A un diputado que había escarnecido con excesiva dureza a un colega, el presidente le dijo en privado y en son de reproche amistoso: «Compañero, se le pasó la mano. Sus latigazos estaban buenos para dárselos a un Ministro pero no a un colega». Hubo quien para creer en la honradez de Pinto necesitó cerciorarse de que, al dejar la Presidencia de la República, tuvo que aceptar el puesto de traductor en *El Ferrocarril*, que don Juan Pablo Urzúa inventó para hacerle aceptar en forma decorosa un auxilio que le ayudara a sostenerse.

Cuando la muerte los arrebata al escenario político o la senectud los incapacita, empieza la apoteosis. Pero no es una apoteosis hija del respeto y de la gratitud. No es la veneración que todo pueblo debe a los hombres superiores que condujeron sus destinos y labraron su grandeza. Es una apoteosis surgida de la necesidad de empequeñecer a los hombres del presente. La irritación contra la superioridad actual, atempera la irritación contra la superioridad pretérita. El sello de su origen va impreso en la forma del elogio. Los estadistas del pasado... esos sí que eran hábiles, probos y competentes!

Pasa una generación, llevándose consigo los pocos hombres superiores que produjo; y al punto los empequeñecidos y vilipendiados de ayer, empiezan a ser engrandecidos y ensalzados. Les ha llegado el turno de servir de término de comparación para deprimir y escarnecer a los talentos de la generación que los reemplazó.

Francisco A. Encina.

Psicología de la juventud universitaria.—Otro de los síntomas que aduce el doctor Jiménez López como prueba de degeneración es el de «la psicología de la juventud universitaria, explorada de hace treinta años a hoy». Y para reforzar su opinión trae conceptos de hombres eminentes como los doctores Antonio J. Cadavid, Julio Garavito, Cifuentes Porras y Pompilio Martínez. Todos están de acuerdo en que el valor asimilativo de la juventud ha decaído visiblemente y también el entusiasmo por los estudios serios y por la observación de la naturaleza.

Desgraciadamente el hecho es innegable. Los que desde hace algún tiempo estamos en contacto con los jóvenes y los observamos con alguna detención, podemos dar fé de ello. Es una queja casi unánime de los profesores, de que el interés por la ciencia merma visiblemente en los círculos de educación, al propio tiempo que el número de alumnos aumenta de modo considerable en universidades y colegios de segunda enseñanza, igual que el número de diplomados. Hay derecho para pensar que dentro de pocos años la República tendrá proporcionalmente más doctores que ningún otro país del globo, lo cual, desgraciadamente no vale lo mismo que decir hombres sustantivos.

Nuestra juventud, en efecto, no estudia con amor verdadero, impulsada por el laudable fin de ampliar y nutrir el cerebro y de luchar por el cetro de la verdad y el acrecentamiento de la ciencia nacional, con su consecuencia lógica de difusión en las masas, y por lo tanto, de elevación del nivel colectivo; sino que se preocupa sólo por adquirir el diploma que acredita competencia, cuando muchas veces recata simple habilidad para cazarlo. Ha perdido la fé en la iniciativa personal y en la persistencia del esfuerzo, y por eso retrocede con disgusto ante el primer tropiezo, dando muestras de desánimo e indolencia espiritual. Cumple sus tareas a pan llevar, más sin que nunca piense en ilustrar una cuestión o se preocupe, fuera del aula, por el tema de la conferencia oída. Es demasiado celosa de sus derechos, y a cualquier quisicosa pone los gritos en alto, la mayoría de las veces sin un bien coordinado plan de reclamo o de protesta; pero es muy poco escrupulosa en el cumplimiento de sus deberes. Desparrama lamentablemente sus facultades, sin que se note en su labor el rastro de un pensamiento hondo que marque derroteros a una vida y que fije el faro de un ideal excelso. Preocúpala sobre manera el detalle nimio, el libro de texto, el formulismo ideológico; pero desentendida vive de lo que es el desarrollo de las facultades analíticas y la paciencia avisora de disciplinas mentales. Su meta única es el éxito inmediato y fácil, bajo forma generalmente de los destinos públicos, para la consecución de los cuales recurre a artes que, si no deslumbran por lo pulcras, sí llaman la atención por lo modestas. No la alientan grandes pasiones, ni la preocupan los bellos ideales de otros tiempos, los ideales quijotescos de la Península; pero sí falsifica sentimientos para medrar y gasta los días en humildes chismorreos, en raquíticas envidias, en pequeños odios, en pequeñas intransigencias y en pequeños placeres. Todo de talla minúscula.

Mas no es de ella la culpa, y sería injusto mostrar los males que la aquejan sin mencionar las causas que los han engen-

drado. Cuando el doctor Jiménez López habla de la decadencia iniciada «de treinta años a hoy», tiene toda la razón.

A la juventud le han tocado pésimos tiempos y peores ejemplos, especialmente en los quince primeros años de la regeneración, creándole una afmósfera pesada y adormecedora en donde toda iniciativa individual se ahoga. Los métodos pedagógicos empleados en su educación son propios para hacer memoristas, rutineros y sabios de relumbrón; no para formar pensadores ni observadores. En un medio viciado como el nuestro, preñado de rabiosos sectarismos, no se rinde tributo al verdadero mérito, sino a los que aceptan la coyunda de las camarillas imperantes; de tal suerte que el verdadero mérito acaba por asfixiarse, y en el público inconscientemente penetra la idea de que en vez del cultivo de la inteligencia y del corazón, es más lucrativo el cultivo de las apariencias. Así los trabajadores y los capaces, o se aíslan o sucumben, para ser reemplazados por los que tienen valedores de viso y siguen el sendero trillado de las contemporizaciones y adaptaciones vergonzosas. La enseñanza que se dá es verdaderamente lamentable; el cultivo de la inteligencia, de la voluntad y del corazón no aparece por ninguna parte. Hay por allí fábricas de bachilleres que dan grima. Nadie se preocupa por mostrar al joven las necesidades del país, los recursos con que cuenta, los métodos científicos para explotarlos, siquiera su constitución íntima. Estamos en el reinado de la rutina. Un joven a los veinte años, después de estudiar diez, no sabe qué empleo darle a su vida, ni si tiene o no talento, porque no lo han enseñado a vivir y porque el talento, en vez de desarrollárselo encauzándolo debidamente, se lo han obscurecido con un fárrago de conocimientos inútiles y con lecciones aprendidas de memoria. Es un hecho común el que alumnos de facultades mayores sean incapaces de entender y atender por una hora a la conferencia que debía interesarles; tienen la atención relajada y son inhábiles para tomar notas; en los bancos de la escuela no supieron cultivarles aquella, ni hacerles amables los temas de estudio, ni dotarlos de la noble curiosidad del saber. Escasean en universidades y colegios, gabinetes, laboratorios y demás medios de estudios prácticos; de allí que la investigación personal se encuentre en pañales y que el empirismo pseudocientífico tenga la profusión estrepitosa de las trepadoras. Prodíganse abundosamente los empleos para los profesionales, pero no se exige ni especialización, ni competencia; se establecen con el fin único de equilibrar los presupuestos de los que conviene favorecer. Gran número de profesores, con honrosas excepciones por supuesto, sustentan sus cátedras, no para difundir ciencia y fijar nuevos rumbos al pensamiento moderno, sino con la mira exclusiva de

arrimarles el modesto emolumento a las entradas mensuales. Abundan escuelas y maestros, y dinero mucho se gasta en la instrucción pública, pero la educación verdadera, aquella que descansa sobre la parte física, moral e intelectual del hombre, no se intensifica ni moderniza como lo demandan las exigencias de la hora presente. De tal atmósfera, creada por los altos y reforzada por nuestros estúpidos odios de partido, por nuestro fanatismo colonial y la mutua incomprensión, es imposible que pueda salir trabajo serio u original, ni que el pensamiento tenga el vuelo inquietante, capaz de remover conciencias adormecidas y fijar sendas redentoras al país. Salen de allí las tesis mediocres, las ideas mediocres, las virtudes mediocres, y la más triste de las mediocridades, que es la del carácter.

Esa juventud está enferma, como yo lo he sostenido, pero por fortuna no está perdida, ni mucho menos. Recios vigores alientan latentes en el fondo del alma, y signos de inquietud renovadora y fecunda empiezan a estremecer a sus altos voceros y a las masas sociales. Las causas de los males presentes son transitorias, y transitorios han de ser sus efectos. Urgen conductores de amplio cerebro, de elevado corazón y de fuerte voluntad, capaces de galvanizar los hombres nuevos y llenarlos de entusiasmo y de fé en la vida; urgen educadores y maestros, que no tengan miedo a las ideas, ni miedo a la realidad perforante de los hechos de la Naturaleza, ni miedo a las revaluaciones de toda clase, que son los salvaconductos de la verdad. La verdad por la verdad, debe ser el lema de la enseñanza actual: verdad en el pensamiento y en el sentimiento, pulcritud y honradez en los recursos psíquicos. Nuestro porvenir grande y luminoso está en la escuela, así como de la escuela ha salido nuestro presente obscuro. Ha llegado la hora de las reformas.

Más la acción de conductores y maestros, por hábiles que sean, será ineficaz si no cuenta con la voluntad colectiva, que es la que ha de preparar el ambiente propicio y elevado donde han de recibir temple y pulimento las almas. Hoy, como antes he apuntado, no hay un ambiente favorable, porque entre otras razones, el existente es de incomprensión, si se mira a una gran parte del público. Sobre eso quiero insistir, pues de modo indirecto se roza con la innegable disminución de las capacidades mentales de la juventud.

Los padres de familia tienen mucha culpa en que problema tan serio presente el cariz que presenta, especialmente en lo que a la juventud universitaria se refiere. Hay en las gentes la errónea creencia de que sólo prosperan económica y socialmente los diplomados; de tal suerte que el diploma ha venido a convertirse en el mejor galardón a que un joven puede aspirar, y

al redor de un diploma se edifica la vida de un individuo y la de todos sus próximos. Los padres necesitan un doctor en la casa, su vanidad se los reclama con apremio, y lo obtienen a cualquier precio. No se ponen en el trabajo de averiguar si el predestinado tiene la vocación, voluntad y capacidades necesarias para coronar de modo airoso la obra; les basta con que adquiera el diploma, que lo demás vendrá después. El joven entra a la Universidad, sugestionado en el sentido del título, después de gratos discursos sobre lo fácil y risueño del porvenir, sobre los triunfos del uno o del otro diplomado, sobre los altos puestos a que se hace acreedor y el prestigio social que adquiere quien concluye una carrera. Nadie le ha dicho una palabra sobre consagración, desinterés y dolores que es menester sufrir durante el noviciado de largos estudios, ni tampoco sobre las crueldades minúsculas pero sumadas, engendradoras de anafilaxia moral que culmina en grandes desequilibrios, de un medio que, como la España de la Colonia, no necesita de sabios; ninguna voz le ha murmurado al oído que fuera de las aspiraciones al título de letra muerta, está el espíritu acongojado, luchador y tenaz, digno de embellecer y animar ese título para que tenga algún significado personal y social. Una vez iniciado en la carrera, se prosigue a regañadientes, sin bríos ni entusiasmo, soportando los altibajos de los largos estudios, hasta que llega el ansiado día del grado. Los periódicos dedican al graduado sueltos encomiásticos, acompañados en ocasiones hasta de los honores del retrato; las familias se regocijan en lo íntimo, imaginando un porvenir libre ya de cuidados, y el graduado es arrojado a las rudezas de la existencia con el pasaporte de un diploma...

Ese primer despertar del mozo, sobre quien se han acumulado toda clase de sugestiones y esperanzas, una vez a solas con su conciencia, frente a la realidad implacable y brutal, no es para descrito. El primer convencimiento que se adquiere es que no se sabe nada, de que ese cúmulo de páginas almacenadas en la memoria guardan poca relación con los hechos y, por lo tanto, se está desarmado para la lucha fructuosa. Con dolor se observa que existe un empirismo inescrupuloso y triunfante, aceptado por el público. Vienen naturalmente los desengaños, los fracasos, el desencanto que ocasionan los esfuerzos infructuosos, hasta que al fin, después de protestas y rebeldías, aparece el pavoroso momento de la conformidad, en que todo se acepta, porque no hay otro recurso, porque es imposible modificar la pesada costra de indiferencia y de prejuicio y rehacer una existencia a la cual no se dieron bases de solidez. Entonces se entra en los remansos de la rutina y de la sumisa

adaptación, disolviéndose la personalidad en el ambiente colectivo.

Y esos son los triunfadores, los que han conservado un resto de discernimiento para mellar sus facultades agresivas o revolucionarias, quedan los que no se resignan, los inconformes, los que comprenden que han errado sacrificando el porvenir a ideas y fórmulas preconcebidas. Quisieran rectificar la existencia, pero ya no es tiempo; porque diez o quince años de aulas son suficientes para embotar una energía; hay que seguir soportando la tortura de una profesión que no se ama y la cual, naturalmente, ni se trata de engrandecer ni proporciona ningún género de satisfacciones. Viene el desastre, acompañado de todo el cortejo de silenciosos dolores, no el menor la pérdida de una inteligencia que en otros campos hubiera dado frutos de provecho. Son muchos, legión si se quiere, los jóvenes que en el país han sucumbido por obligarlos a ocupar puestos que no debían ni ambicionaban ocupar. No se cuentan o se olvidan, porque sólo los que sobresalen merecen la consideración pública; pero sépase que abundan los desaparecidos en edad temprana, vencidos por intoxicaciones de todo género, o los que llevan su existencia melancólica, sin ilusiones y sin fé.

Piénsese que muy otra hubiera sido la suerte de esos desgraciados, si desde el primer momento se les hubiera iluminado el espíritu para que pudiesen contemplarse a sí mismos, calcular sus fuerzas y recursos y dedicarse con brío a la actividad que la Naturaleza les tenía designada. Es mucho el médico y abogado que estarían bien en las labores del campo, del comercio o de la industria.

Con tales elementos, influenciados de tan desastrosa manera, no es extraño que el nivel universitario descienda, como en efecto ha descendido. En los claustros, en vez de convencidos, existe profusión de sugestionados, con grave perjuicio para la República.

ALFONSO CASTRO.

Bécquer y Heine.—Todos los críticos que se han ocupado de Gustavo Adolfo Bécquer, han hablado del parentesco espiritual que lo ligaba a Heine. Conoció el poeta español la obra literaria del escritor alemán, impregnóse en ella y trató de imitarla, o no influyó para nada éste en la modalidad artística de aquél, son cosas que la crítica, atenta siempre a establecer las relaciones que rigen los altos valores intelectuales, no ha dilucidado aún de manera concluyente.

Pero de todos modos, lo innegable es que las poesías de Bécquer están animadas del mismo sentimiento que da vida a las de Heine: que uno y otro poeta, valiéndose de una forma im-

precisa, expresan estados de alma semejantes; que a las composiciones poéticas de Heine, puede aplicarse las palabras del Padre Blanco a propósito de las «Rimas»: «se filtran imperceptiblemente en el espíritu, y, en vez de agitarlo con violencia, lo sorprenden de improviso»; que, igualmente, encajan a Bécquer estos conceptos que don Marcelino Menéndez y Pelayo vertió refiriéndose a Heine: «son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas e impalpables las alas de su numen, que, apenas han rozado la superficie de nuestro espíritu, se alejan, dejándonos sólo cierta especie de polvillo sutil, que es cosa imposible reducir al análisis»; y por último, si el arte, según la hermosa y acertada definición de un célebre novelista lusitano, es el velo de encanto con que se cubre la desnudez de la naturaleza, hay que asentir en que la trama que vela la naturaleza íntima de cada uno de estos poetas, es de la misma ingrávida y sutil contextura.

Pero hay diferencias muy acentuadas entre Heine y Bécquer si se les considera, no como cultores de determinado género poético, sino en su completa personalidad literaria; diferencias que no han sido advertidas, al menos que yo sepa, por los que han señalado el indubitable paralelismo de la inspiración lírica de ambos.

Bécquer es uno en toda su obra. En las rimas, lo mismo que en las cartas, en los cuentos y otros escritos, muestra la más perfecta unidad de pensamiento, si se quiere, de sentimiento. Palpita en sus versos y en su prosa, su pobre alma atribulada por la certidumbre de la muerte próxima. Se sabe herido sin remedio, y para familiarizarse con la idea de su cercano fin, para no sorprenderse con la visista esperada de la implacable segadora, frecuenta los cementerios a la hora del crepúsculo, divaga entre las tumbas, concurre a las ceremonias funerarias, está presente en todo sitio donde la muerte deja algún rastro de su paso. Y en la plenitud de su producción artística, llevando en sus entrañas «la ancha herida mortal», no tiene ya pensamiento más que para el último trance, obsesionado ante la idea de la muerte, preocupado en discurrir acerca de las personas que han de estrechar su mano temblorosa de agonía, han de recoger su último suspiro, cerrar sus ojos, orar por él. Creyente fervoroso, tiene esperanzas en la vida del más allá, y como tal vez fué de aquellos que, según Benavente,

«murieron amando en silencio,
de los que vivieron muriendo de amor»,

emplaza a la mujer amada en secreto, para la eternidad, en donde, dice:

«todo lo que los dos hemos callado
lo tenemos que hablar»!

En Heine hay dos escritores, no ya distintos sino antitéticos. Quien lo conociera sólo a través de «La Alemania», «Cuadros de viaje», «Confesiones y recuerdos», obras donde respira el humorismo de Juan Pablo y también algo de la gracia sana y fresca de Cervantes (sobre cuyo gran libro nos ha legado una tan admirable página), difícilmente lo reconocería en las estrofas del «Romancero» o del «Intermedio». Heine se espumaba el espíritu y vertía la espuma en la prosa, lo demás en el verso.

Claro está que en el prosista se entrevé al poeta, porque, como ha dicho Víctor Hugo, el pájaro revela que tiene alas hasta cuando camina. ¡Pero qué diferencia en el acento de su voz cuando habla en prosa, y cuando sujeta la palabra a ritmo y a medida!

Se ha dicho que Heine es un ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire, y así es en efecto. Cuando pulsa la lira y nos habla en verso, su voz, desatada en el silencio y en la soledad de su corazón, es como el canto entristecido de filomela bajo la espesura del negro pinar, donde apenas se filtra una que otra gota de luz de luna. Pero cuando habla en prosa, en lo que don Ramón de Campoamor llamaba la jerga animal del ser humano, el ruiseñor parece recibir inspiración directa de la cabeza vecina, y se transforma en un mirlo burlón que comenta con silbidos cuanto ven sus ojos y oyen sus oídos.

Ambos poetas tuvieron una larga y penosa agonía; y no me refiero, por cierto, a los postreros momentos del moribundo, sino a esa más dolorosa agonía, que suele durar años y que consiste en saberse sentenciado a corto plazo, en conocer el mal que ha de llevarnos a la tumba. Bécquer se consumía a fuego lento en la fiebre de la tuberculosis; Heine pasó sus últimos años clavado en la cruz de la parálisis. Pero mientras aquél, seguramente ambicioso de gloria, con la conciencia de su capacidad para conquistarla, lloraba en versos la brevedad de relámpago de la vida, que le impediría la realización de sus sueños, y se agitaba medroso por el problema de la muerte, y se postraba de hinojos ante los símbolos cristianos implorando la divina gracia lleno de fe y unción, Heine se reía de todo con su risa sarcástica. La religión católica, que este judío converso, sugestionado por la frescura del interior de una catedral cierto día bochornoso, calificara de hermosa religión «de verano», suscitaba a Heine las más ingeniosas bromas, las más agudas ironías; abría la espita a su humorismo fluído, que se derramaba abundante en el artístico envase de su prosa, y le hacía pensar con sorna en lo que sufriría al desentumecer sus piernas

estiradas en la tumba durante casi una eternidad, el día en que la trompa bíblica sonara la hora de la resurrección...

Se ve, pues, que Heine y Bécquer tenían caracteres distintos, almas divergentes. La raza, la educación, el ambiente en que vivieron, las ideas religiosas y filosóficas que profesaron, todo en ellos era discorde, y sin embargo, hay una perfecta consonancia entre las notas de las «Rimas» y las del «Intermedio», que no deriva de la imitación servil que se ha supuesto, ni de la enfermedad literario-moral (el romanticismo) que ambos padecieron, ni del ajuste del pensamiento de los dos poetas a las pragmáticas de la misma escuela, ni de la semejanza de las pasiones por las cuales fueron conmovidos.

¿Por qué, entonces, la identidad de la florescencia lírica de temperamentos tan opuestos como los de Bécquer y Heine?

Es que los vientos de la vida habían depositado en corazones tan desiguales como los de ambos poetas, gérmenes de la misma amarga tristeza. Y las mismas semillas suelen producir flores de idéntico perfume y colorido aunque caigan en terrenos distintos y se nutran con jugos diversos.

José Fernández Coria.

La adulación del pueblo.—El régimen de sufragio universal y las corrientes democráticas de nuestro tiempo, han acabado por trasladar a las muchedumbres el centro de gravitación política. El arte, la literatura se han democratizado también. Como antes se escribía para las pequeñas cortes feudales, para el castillo, para el príncipe, hoy se escribe para el pueblo, que es el soberano titular de la nueva ley. Desde la Enciclopedia acá, puede decirse que el pensamiento humano gira en torno del espíritu de redención. El puro estetismo, la belleza por la belleza, la verdad por la verdad, han pasado a segunda línea y, en forma latente o expresa, todas las manifestaciones intelectuales se suman en la impresión final de un inmenso alegato. Mas, al lado de la vindicación sincera, del impulso generoso, del «humanitarismo» ingenuo y sin trampa, han retoñado los aduladores y cortesanos, han resurgido los parásitos, los favoritos y los bufones, convertidos ahora en parásitos, favoritos y bufones de Su Majestad la Plebe.

Y este fenómeno resulta más visible en países como el nuestro que proceden por imitación, antes que por espontaneidad, y siguen la moda con el violento, con el intolerable ardor de los neófitos o convencidos de prisa y a medias. Quien crea la moda y, creándola, consigue introducirla en las costumbres, suele andar con ella libre y airoso, sin reparar en sus atavíos y llevándolos con elegante soltura. Mas el que los adopta deliberadamente, a guisa de lechuguino de aldea, ése no puede

menos de acentuar y subrayar la nota acre y forzada, con la gesticulación de un «mimetismo» simiesco, puramente exterior y mecánico. Tenemos, pues, junto a la buena fe, la simple novelería intelectual, y, después de la novelería, la explotación calculada y a sabiendas, con un influjo que suele estar en razón inversa del orden expresado. Así vemos ahora que, en el campo de atracción de las multitudes, a mayor descaro suele corresponder mayor popularidad, a mayor cinismo mayor eficacia, a menos escrúpulos más adeptos y más firmeza de adhesión. Así vemos una causa popular y obrerista servida por una intelectualidad burguesa que reniega de su origen, en la mayoría de los casos para seguir la corriente o para disfrutar de los beneficios y preeminencias del apostolado.

Toda vocación sincera, toda opinión profesada noblemente, merecen respeto aun en medio de sus extravíos. Pero la inconsciencia aturdida o la mala fe, el petulante prurito de lo moderno o la calculada adulación a las muchedumbres, no son ya errores de la mente, son acciones reprobables, que afectan a la responsabilidad de la conducta, antes que a la incoercible libertad de la idea; son determinaciones externas del albedrío, dañadas por la temeridad o por la codicia. Los ideales de emancipación, la fiebre social, los anhelos por cambiar y mejorar los destinos del hombre sobre la tierra, bullen en todas partes. Una ráfaga de sentimentalidad colectiva sopla, hace tiempo, sobre el mundo. A unos arrastra y conmueve; a otros aprovecha para hacer andar su molino giratorio, en espera de cualquier viento. Ahora están dentro de esa corriente el halago de las auras populares, la notoriedad, la juventud de espíritu. Una consigna general de la moda, ha repetido, en todas las naciones cultas, el mismo santo y seña: «Hay que ir al pueblo; vayamos al pueblo». Y de este santo y seña se apoderaron simultáneamente la sinceridad y la mixtificación, el entusiasmo y la farsa, el fervor y el *snobismo*, el iluminado y el taimado, convirtiéndose por arte de magia en intelectualidad «socializante» la que menos había tenido de ello por propio impulso: la intelectualidad española.

De esta súbita conversión ha resultado el desbarajuste inseparable de todas las improvisaciones atropelladas, insuficientes y desprovistas de cautela. Sin enlace ni rodeo evolutivo, se ha pasado de la contemplación pura al arte violento y de arenga. Quedan por esos mundos una porción de torres de marfil desalquiladas. Sus ocupantes de ayer, que ayer mismo nos reprochaban las concesiones a la mitad más uno y al término medio, nos increpan hoy con mayor dureza y acritud por todo lo contrario: porque somos reservados, porque creemos todavía en la belleza estéril, porque no impulsamos ni seguimos con bas-

tante ímpetu la riada de la multitud en marcha hacia el porvenir. Hay quien se acostó individualista acérrimo, encastillado en la almena del «yo» irreductible, para amanecer sindicalista furibundo y continuar su polémica de la víspera desde el extremo opuesto. Ahora todo es para él egolatría, amor del privilegio, execrable sentido burgués. ¡El adjetivo *burgués*, el sustantivo *burguesía!* Sería cosa de irritar, si no naciese de un candor adorable la profusión y la saña con que los aplican y distribuyen, a modo de infamante estigma, muchos escritores y poetas burgueses hasta el tuétano en la vida y las costumbres, que representan ahora la égloga socialista como pudo representarse antaño la égloga pastoril, siquiera fuese más inocente y apacible.

Ha sonado la hora de «ir al pueblo», y no han ido al pueblo sino que se han tirado de cabeza en medio de él. No han ido al pueblo con la lenta preparación, con el estudio profundo de la realidad nacional, con la lealtad escrupulosa de quien escruta un enigma, con el previo examen de conciencia que mide las posibilidades, los obstáculos y los peligros. Y cuenta que no hablo aquí de los que despliegan en campo abierto una bandera, lanzan un programa concreto, organizan un partido. No; me refiero ahora a los sentimentales, a los diletantes, a los fautores de lirismos, a los declamatorios e inconscientes por aquello de que la nota social se lleva mucho esta temporada. Me refiero a los que han ido al pueblo, no por afición íntima, no por llamamiento de lo alto o por la voz de la sangre, sino a los que han ido por frivolidad o por conveniencia, por estulticia o por ansias de un tráfico infame.

El pueblo, nuestro pueblo, se acordará largamente de la visita. Cierto que es una cosa agradable disfrutar de la popularidad, pasar por hombre de su época, recibir el aliento de las gentes, vivir en plena aureola, no parecer retrasado... Pero si para eso hay que engañar miserablemente a las muchedumbres, si hay que tratarlas con la equívoca deslealtad que los viejos cortesanos reservaban al monarca del antiguo régimen, si hay que atosigarlas de promesas imposibles y de adulaciones viles y mentirosas, si hay que mantenerlas en odio insano y lanzarlas a la desesperación para que, a la postre, la sangre de los ilusos sea el precio de la orgía gozada en el mundo por sus corruptores,... entonces, benditos mil veces la impopularidad, el olvido, el desdén; bendita mil veces la conmiseración con que nos miren, por encima del hombro, todos los «actuales» y novísimos de la tierra.

Proclamar como se proclama por ahí, que el pueblo, tomado en el sentido de masas proletarias, es lo único que existe de sano en nuestro país, que todo lo demás es virus y podredum

bre, que la burguesía o clase media es una abominación; separar con tanta injusticia, en ángeles y réprobos, el tejido social de la nación que es, por el contrario, perfectamente uniforme, flúido y equilibrado en vicios y virtudes, constituye una mala obra, una adulación, un envenenamiento moral. Grandes defectos tienen las clases altas, la clase media, la pequeña burguesía, y el pueblo; repuesto de efectivas virtudes podremos hallar en todas ellas. La objetividad no ofrece esa separación radical y brusca. Yo he visto con pena en muchos libros, en muchas comedias, en muchas exposiciones de cuadros y dibujos esa monotonía de la adulación al pueblo, no por lo que tiene en sí mismo de admirable, sino por lo que se niega a los demás componentes de la sociedad. He visto rótulos pérfidamente sugestivos, insinuaciones preñadas de deslealtad para con los adulados lo mismo que para con los deprimidos: una fila de obreras saliendo de la fábrica, una madre joven abandonada por el seductor. Y las leyendas decían, o dicen, casi siempre: «carne de burgués», «feudalismo moderno...» ¿Pero es sólo el burgués quien abusa villanamente de su poder y superioridad? ¿Es que no hay nunca hombres del pueblo que abandonen a las víctimas de sus instintos? ¿Es que los artistas, los redentores, los caudillos, son impecables y no tienen cuentas que rendir de su paso por el mundo ni de su contacto con la inocencia? Tal es, reducida a símbolo, la viciosa, la enfermiza, la falsa sentimentalidad, con que van al pueblo los aduladores de la multitud.

MIGUEL OLIVER.

BIBLIOGRAFIA

J. Vendryès.—*Le langage, introduction linguistique a l'histoire.* —París.—1921.—1 vol. de 450 págs.

Este volumen es el tercero de la Biblioteca de Síntesis Histórica que, como ya lo hemos dicho, pretende trazar la evolución de la humanidad en cien volúmenes. Los dos primeros de la Biblioteca fueron *La tierra antes de la historia* por Edmond Perrier y la *Humanidad prehistórica* por J. Morgan, libros ambos que han sido recibidos con aplausos por la crítica y con gran aceptación por el público.

En *Le langage*, Mr. Vendryès se esfuerza por demostrar, y lo consigue con una fuerza y una riqueza de pruebas admirables, que el lenguaje nace de la vida y como ésta, después de haberlo creado, lo alimenta. La vida y el pensamiento se insinúan en el lenguaje. Las lenguas muertas son como los fósiles que conservan la estampa del ser vivo. Las lenguas vivas expresan en formas mudables todo el trabajo interior y todas las influencias exteriores de la vida individual y colectiva. Lo mismo que el linguista tiene necesidad de la historia, el historiador necesita de la linguística, si concibe la historia, no como la relación pura y simple de lo que ha sucedido, sino como la interpretación profunda de la vida infinitamente compleja.

BEER.

Georges Rodet.—*Drames et légendes.*—París.—1921.

En tres poemas evocadores de un pasado muy remoto, Mr. Rodet nos muestra como la historia y la poesía pueden obrar de concierto, y por su acción conjunta, producir más verdad.

Seguramente, si la historia se limita a la constatación de los hechos pasados, si no es más que la ciencia de los textos y de las fechas, si se niega a ver la imagen a través de la palabra, la idea a través del suceso, le será de todo punto imposible hacer buenas migas con la poesía. Y si esta, por otra parte no bosqueja la imagen sino después de una meditación interior, si concibe la idea fuera de las relaciones reales de los seres y de las cosas, en vano pretenderá colaborar a la historia.

Pero la historia puede y debe ser algo más que una nomenclatura de detalles del pasado. De ese pasado investigará las razones profundas y misteriosas, las causas, en cierto modo, superhumanas; llegará a sentir, en medio de las revoluciones, la fuerza irresistible de un impulso venido de lejos; percibirá, en el choque de dos pueblos o en la lucha de dos hombres, el conflicto de dos principios eternos y soberanos; tratará de encontrar la ley que guía las almas y transforma los corazones; y le ocurrirá, por último, sin darse de ello cuenta, ver en una imagen el reflejo de una época, de ver en un sueño la acción esencial de una edad desaparecidad.

La poesía, por su parte, gana singularmente en encanto y en prestigio cuando, bajo sus imájenes o sus ensueños, se entreve la realidad que los ha provocado, el paisaje de que han salido, el dolor que los ha hecho nacer. Por nueva que sea la visión del poeta, nos conmoverá más si el, para crearla, ha mirado lo que todos podemos ver, si ha observado las líneas exactas, los rasgos precisos, los hechos reales, si ha partido de la verdad accesible

a todos para alcanzar la emoción personal de su alma. Y para ello, en verdad, ha necesitado primeramente observar bien, ha necesitado hacer labor de historiador.

Jamás Víctor Hugo habría alcanzado el grado superior del lirismo, si no hubiese conocido como historiador los destinos extraordinarios de un Napoleón, y jamás, por otra parte, Michelet habría visto las causas innatas de la formación de Francia, sino hubiese encontrado como poeta la famosa leyenda del pueblo Prometeo. En esos dos genios de nuestro romanticismo la historia y la poesía, los hechos y las imágenes, han sabido indudablemente reunirse.

Y eso es también lo que Rodet ha intentado a su vez, al escribir esos tres poemas históricos y escribiéndolos con el conocimiento absoluto de los hechos y de los hombres y el dominio superior de la imagen y del valor.

Tiene por tema el primero de ellos la conocida aventura del rey Candaulo, el segundo el establecimiento y difusión en el suelo de la Galia del espíritu helénico y el tercero la conquista de la Galia por el ideal cristiano.

C. JULLIAN.

Camilo Pitollet.— V. BLASCO IBAÑEZ.—*Sus novelas y la novela de su vida.* (Obra ilustrada con 50 grabados). Versión española de Tulio Moncada —Prometeo Sociedad Editorial.—Germania, 33.— Valencia. —8.º, 213 págs.

Entre los recuerdos de la niñez y la adolescencia de los que formamos esta generación, figurará siempre el derroche de sol, de belleza, de fuego, de vida, que Blasco Ibáñez ha puesto en sus obras, principalmente en las primeras de su asombrosa producción. Tengo en la memoria la impresión de aquellos *Cuentos valencianos* llenos de pasión y de mar, que fueron un deslumbramiento para mi avidez infantil. Y después *Entre naranjos, En el país del arte, El intruso, Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Los enemigos de la mujer* consolidaron la admiración y la preferencia por el infatigable autor. Su prosa viva, fuerte, joven, es manantial de energía que se difunde y que ejerce presión en el ánimo. Contagioso en su vigor, es el mejor maestro, el guía más seguro en las incertidumbres del arte.

Blasco Ibáñez ha sido estudiado detenidamente por el escritor francés Camilo Pitollet. Ese estudio es un libro que contiene en todos sus aspectos la personalidad del agitador republicano, del novelista, del aventurero y del hombre.

Muy pocos escritores habrán tenido la vida múltiple del novelista valenciano. De joven, estudiante desaplicado y tumultuoso, se fuga de la casa paterna y vive en Madrid como amanuense de Fernández y González. Los ratos libres los invierte en pasear su adolescencia febril por redacciones y teatros, y en arengar al pueblo con rebeldías y apóstrofes ígneos. Vuelto al hogar valenciano, termina desordenadamente su carrera. Sufre prisión varias veces. Emigra a París. Funda *El Pueblo*, diario en que se pone al frente de sus paisanos y en que libra recias campañas. Vuelve a la cárcel. Es internado un año y varios meses en presidio por pedir la independencia de Cuba. Viaja por Italia, por Oriente. Se bate en ocasiones diversas y en condiciones trágicas. Produce escándalos en el Congreso español. Y al fin se aquieta como revolucionario para emplear su exceso de energía en viajes a la América, en aventuras, en la fundación de dos poblaciones argentinas: Colonia Cervantes, Nueva Valencia. Se retira como colonizador para idear un gran ciclo de novelas americanas. La guerra europea interrumpe sus proyectos, y entonces consagra su actividad y su inteligencia a defender la causa de los aliados. Escribe artículos, libros, revistas, hace propaganda con gran apasionamiento; y se enferma, vencido por la abrumadora labor. Luego viene el triunfo estupendo en los países de idioma inglés. La riqueza

definitiva que no ha dado tranquilidad al gran buscador de impresiones nuevas pero que le da armas para realizar todos sus planes.

Pitollet ha leído las obras de Blasco Ibáñez y trabaja en la traducción de algunas de ellas. Conoce al novelista, y para escribir este libro ha sostenido con él charlas copiosas, interesantísimas por las anécdotas y los datos que el autor le ha proporcionado. Por ello, esta obra es una de las más notables, curiosas y amenas novelas, una de esas narraciones que el lector devora con fruición, que saborea deleitado y que le hacen vibrar y entregarse en admiración decidida.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La clausura de los ríos *por Luis Alberto de Herrera.*—Montevideo—1921.

Don Luis Alberto de Herrera, miembro conspicuo del Partido Nacionalista o blanco de la República del Uruguay, ex-diplomático y ex-diputado, es un fecundo escritor, de gran talento y alta cultura, que se ha consagrado desde hace unos 20 años a los estudios históricos y políticos, con el objeto de reivindicar las glorias y el prestigio de su patria, un tanto oscurecidos por la sombra que sobre el pequeño país de la banda oriental del Plata proyecta el gran volumen de su vecina la República Argentina.

La obra del Dr. Herrera tiende a dos objetivos: 1.º Restablecer la verdad histórica de hechos que hoy son mal conocidos o conocidos sólo a medias, a través del criterio meramente argentino; 2.º Robustecer en la República del Uruguay los sentimientos de patriotismo e independencia.

Depositario de una abundante y valiosa documentación histórica, como heredero de los papeles reservados de su ilustre padre, don Juan José de Herrera, Ministro de Relaciones Exteriores de los Gobiernos de Berro y Aguirre, los que precedieron a la guerra con el Paraguay, el Dr. Herrera se ha encontrado en situacion privilegiada para descorrer velos y arrojar plena luz sobre situaciones históricas mal conocidas. Con tales elementos, ha podido escribir varias obras relativas a la verdadera actuación de los gobiernos uruguayos en la política del Río de la Plata y especialmente con relación a los antecedentes de la guerra del Paraguay.

La obra que hoy nos ocupa, *La Clausura de los Ríos*, es un estudio muy completo y bien documentado del interesante problema internacional relativo al imperio sobre las aguas de los ríos que forman el gran estuario del Plata. Demuestra el señor Herrera la constante tendencia de los gobiernos de Buenos Aires, primero durante el período colonial y después de la Independencia, tanto bajo el poder de los unitarios como de los federales, a mantener en su beneficio la primacía sobre la navegación de los ríos mencionados, en desmedro del Paraguay y del Brasil y aun del Uruguay y de las mismas provincias argentinas del interior, fenómeno que ya antes apuntara también el provinciano Sarmiento en varias de sus obras (*Facundo, Argirópolis*) La Constitución argentina de 1852 estableció al fin la libre navegación de los ríos interiores, pero Buenos Aires se separó de la Confederación i permaneció aferrada a su criterio exclusionista, i la libertad de la navegación sólo vino a ser una realidad completa diez años más tarde, cuando se reintegró la nación argentina, aceptando Buenos Aires la Constitución de la Confederación.

Admirador constante de la figura política del general Urquiza, el Dr. Herrera, dedica esta obra: «Al pueblo entrerriano, histórico y precursor» es decir a la provincia argentina que fué el pedestal de la influencia de aquel caudillo.

La obra del Dr. Herrera arroja viva luz sobre el desarrollo del largo conflicto sobre la libertad de navegación de los ríos de la hoya del Plata, y a nuestro juicio, sirve de antecedente obligado para quien pretenda rastrear el origen de la nueva tésis que hoy sustenta el go

bierno argentino: la de su exclusiva juridicción sobre las aguas del Río de la Plata. No sería extraño que el mismo Dr. Herrera complementara con este último estudio la obra de que ahora nos hemos ocupado, pues es un trabajador infatigable, consagrado a la realización de un plan de obras metódicamente enlazadas entre ellos.

J. G. G

Alberto Lamar.— ANATOLE FRANCE.—(*El Figaro*, La Habana, Octubre de 1921).

En un interesante artículo estudia la personalidad del eminente escritor que ha sabido conservar intactos en la vejez los ideales de renovación social que cultivó desde su juventud.

«El comentarista de Rabelais tiene tal vez con su comentado una extraña afinidad ideologica modificada por los años que los separan. Menos audaz que el creador de Pantagruel, France tiene también risueñas ironías para su tiempo y para sus contemporáneos. El abate Coignard, tipo clásico del hombre reflexivo, es más hondo en el análisis que Pantagruel, pero tiene con él una rara analogía, la misma que existe entre Rebelais y France. Ambas creaciones han nacido de la observación de la vida: la de Rabelais de la sonrisa escéptica, la de France del análisis consciente. Rabelais, como humorista, vale menos que France como filósofo, porque hay que reconocer que Anatole France es más que novelista, más que crítico, más que psicólogo, un gran filósofo. No ha escrito libros de filosofía pura, no ha llevado su obra por los ámplios campos de la metafísica, no ha empleado su poderosa inteligencia creadora en conocer el concepto de la causa o del efecto, no se ha extendido en arduas consideraciones ontológicas, no ha buscado el «yo» que tanto ha preocupado a los filósofos aristotélicos a partir de Lotze, pero sin embargo su obra filosófica es extensa y brillante. No ha investigado como la mayoría de los metafísicos, como todos los filosófos mejor dicho, los problemas abstractos de que está rodeado el hombre; ha hecho France una labor mucho más interesante i hasta tal vez más complicada, ha estudiado el espíritu ajeno. Ha sido un psicólogo de observación externa mientras otros lo son de un modo experimental o por deducción. Anatole France, repito, no ha escrito libros de filosofía, ha hecho una obra filosófica dentro del género novelesco. Sus personajes, tanto hombres como mujeres, piensan, ejecutan y hablan como filosófos. Tomad cualquiera de sus héroes. Encontraréis en él un tipo de hombre sereno, poco pasional, reflexivo, que se expresa claramente, que tiene a veces un raro concepto de las cosas i de los hombres, veréis un filósofo, un pensador en el fondo de cada uno de ellos, ya sea un artista, un burgués, o un aristócrata. Son a veces complicadamente paradógicos, parecen desorientados, tienen extrañas ideas; pero hay entre todos ellos una gran semejanza espiritual, porque France se coloca en el lugar de cada uno de ellos, imprimiéndoles siempre el sello de su personalidad. Son en el fondo un espíritu mismo dentro de cuerpos distintos colocados en diversos planos sociales e intelectuales.

«Por esa razón, tal vez, sus mujeres no tienen la realidad de los hombres. Las heroínas novelescas de France son a veces frívolas, algo locas, adolecen de cierta desorientación espiritual que no nos permite apreciar su espíritu. En «Le lys rouge», por ejemplo, tenemos un complicado tipo femenino del cual no sabemos qué pensar. Teresa Le Menil es uno de esos tipos de mujeres inexplicables. Puede ser una pasional, o también una coqueta, su manera de proceder no determina a cual de ambas clasificaciones pertenece, a veces procede como una apasionada, otras comete un error por coquetería. Los hombres, por el contrario, tienen un firme carácter admirablemente definido; su espíritu es diáfano, aun en los que France quiere hacer com-

plicados, por ejemplo Choulette, el poeta bohemio de «Le lys rouge», tipo curioso, raro, malévolo, hiriente, risueño a veces, y que France se complace en mezclar a la vida dramática de Teresa Le Menil como una sonrisa, igual que una carcajada en la tragedia.

«La existencia intelectual de Anatole France a más de ser larga ha sido intensa por la época en que se desarrolló. Comenzó su vida literaria cuando el romanticismo bamboleante comenzaba a disgregarse, comtempló después la evolución naturalista, desde los primeros balbuceos de Zola, de Huysmans, de Maupassant, de Hennique, vió de cerca el neo-clasicismo y el advenimiento del modernismo. En esa época, cuando Verlaine triunfaba con los decadentes, y Moreas con los simbolistas, cuando Lecomte de L'Isle tornando a Hugo iniciaba el parnasianismo, tuvo France oportunidad de explayar su talento analítico. Estudiando las manifestaciones de aquella época, atacando o justificando a las grandes innovaciones, buscando el arte nuevo en aquella complejidad de orientaciones distintas, encontró la consagración de su talento y el reconocimiento universal de sus grandes dotes de pensador y de crítico.

«Amante de los largos viajes por ignotos senderos, ha viajado mucho y ha ido lejos. Ha evocado la antigua Grecia de Pericles y de Praxiteles en las ruinas de la vieja Atenas; a la sombra de los muros del Circo Romano, ha estudiado a Virgilio; ha recorrido la campiña florentina llevando bajo el brazo «La divina comedia», ha visto brillar los curvos yataganes que usaron los viejos califas, heridos por la pálida claridad lunar que riela sobre el Bósforo; ha sentido la caricia del aire de las pampas y contemplado a Buenos Aires desde la llanura azul del Río de la Plata. Todo ello ha fortalecido su espíritu, abriendo a su talento amplios horizontes por otros ignorados o desaprovechadas; su obra, soñada en los viajes, tiene el vaivén de las naves, la variedad de los diversos climas; el encanto de lo que se soñó en horas vividas intensamente. No será por ello una obra de orientación definitiva, de una construcción análoga, de una filosofía definida, pero es a cambio de ello y como justa compensación, de una cautivadora variedad. No tiene el mérito de lo constante, el valor de lo definido; pero tiene el encanto supremo de lo que cautiva siempre, de lo que no cansa nunca».

X.

Charles Steinmetz. — *L'industrie électrique.*— París—1921.— Gauthier — Villars, Imprimeurs éditeurs.—1 vol. de 195 págs.

La mejor recomendación de esta obra es el hecho que en el transcurso de ocho años haya tenido cinco ediciones en Francia.

Trata de la producción, del control, de la trasmisión, de la distribución, y de la utilización de la energía eléctrica, es decir de la explotación de los sistemas eléctricos y de los aparatos de utilización en las condiciones normales y anormales, y del estudio de esos sistemas.

El estudio de los aparatos se hace tan solo en la medida necesaria para comprender su utilización y apreciar sus campos de aplicación.

P.

R. Blanco y Sánchez.—*Refranero pedagógico hispano-americano.*— Madrid — 1921 — 1 vol de 17 págs.

Ha reunido en este pequeño volumen el señor Blanco y Sánchez 241 refranes hispano-americanos referentes todos a la educación y enseñanza. No es, como pudiera creerse, obra de escasa o ninguna utilidad, ya que siempre será interesante conocer las conclusiones que sobre tales materias ha formulado la sabiduría popular.

S.

Santiago Marín Vicuña. — *Ferrocarriles internacionales.*—Buenos Aires—1921.—1 vol de 39 págs.

Con gran abundancia de datos y

un dominio absoluto de la materia, estudia el señor Marín Vicuña en este libro el problema ferroviario internacional desde el punto de vista chileno. Llega a las siguientes conclusiones:

1.º Hay conveniencias políticas, económicas y de confraternidad americana en propender y estimular la unión de las redes férreas de los países limítrofes; y

2.º Para que esta unión produzca sus verdaderos y loables efectos, deben preceder a su realización convenciones parciales de los gobiernos que tiendan, no sólo a solucionar el trascendental problema de la unificación de trochas, sino a fijar rumbos generales en la futura explotación, evitando así probables descalabros financieros, sacrificios improductivos de dinero e inevitables susceptibilidades internacionales.

D. F.

Maurice Paléologue. — *La Russie des Tsars pendant la grand guerre.*— París. — Plon, editeur.— 1921.

Entre los testimonios de los primeros actores en la gran guerra, pocos tan importantes como el de Mr. Paléologue, que era Embajador en Petrograd en 1914. Ya su colega alemán, Mr. de Pourtalès publicó sus recuerdos. Por eso y por haberse desarrollado en Petrograd, en los días que precedieron a la declaración de guerra, uno de los actos esenciales del drama, la aparición del libro de Paléologue era esperada con viva impaciencia.

Se sabe que el hecho material de la movilización rusa determinó el hecho material de la movilización alemana, haciendo, naturalmente, abstracción de las intenciones verdaderas de ambos imperios. Hay, de consiguiente, un interés muy grande en aclarar, tanto como sea posible, el hecho capital de la movilización rusa. He aquí como lo refiere Mr. Paléologue:

El ultimátum de Austria Hungría a Serbia fué lanzado en la tarde del 23 de Julio. Mr. Paléologue lo conoció en Petrograd el 24 a las 7 de la mañana. A las 12.30 del día, Mr. Sazonow, Ministro ruso de Relaciones Exteriores, y Sir Georges Buchanan, Embajador de Inglaterra, se reunieron en la Embajada francesa. Mr. Paléologue insistió en la necesidad de seguir una política muy firme, política que era posible si Rusia, Francia e Inglaterra se mantenían unidas. Repitió lo que, cuatro días antes, le había dicho Nicolás II:

«A menos de haber perdido completamente el juicio, Alemania no se atreverá nunca a atacar a Rusia, Francia e Inglaterra unidas.»

A las ocho de la noche, Mr. Paléologue fué al Ministerio de Relaciones Exteriores y vió allí a Mr. Sazonow que acababa de tener una conversación muy viva con Mr. de Pourtalès. Le había declarado que Alemania no abandonaría a Austria: la tésis alemana era que el conflicto debía ser solucionado por Austria y Serbia solas. Eso fué también lo que ese mismo día, declararon las Embajadas alemanas en París y Londres. Mr. Sazonow le contestó que Rusia no abandonaría a Serbia, que no permitiría que Austria arreglara el negocio sola con Serbia.

El 25 en la mañana, el Czar decidió en principio movilizar los trece cuerpos de ejército destinados eventualmente a operar contra Austria Hungría. Después de mediodía, el Emperador ordenó la movilización en las circunscripciones militares de Kiew, Odessa, Kazan y Moscow. Además las ciudades i gobiernos de Petrograd y Moscow fueron declarados en estado de sitio. Por último, el campo de maniobras de Krasnoe-Selo fué levantado y las tropas que allí se encontraban enviadas esa tarde a sus guarniciones habituales.

En el día 26 se produjo una pausa, Mr. Sazonow recibió al Conde Szapary, lo invitó a una explicación real; y Szapary, persuadido, fué a proponer al Conde Berchtold abrir una conversación directa entre Viena y Petrograd, en la esperanza de

que en esa conversación pudiera arreglarse el conflicto. Una impresión optimista persiste, en las esferas oficiales, durante el día 27. Mr. Paléologue no participa de ese optimismo. «Mis reflexiones, dice, son de un pesimismo radical. Por más que me esfuerzo por contradecirlas, ellas me vuelven siempre a esta conclusión: la guerra.»

En efecto, el 28 las máscaras caen: Después de mediodía. Mr. Paléologue encuentra a Mr. de Pourtalès y al Conde Szapary en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El Embajador alemán está enloquecido e irritable: tiene la voz enronquecida y temblorosa de cólera; tartamudea; no encuentra las palabras; sus ojos se velan con lágrimas. El Embajador austriaco está inflexible y mudo. Mr. Sazonow, muy conmovido también, da a Mr. Paléologue el secreto del enigma.

—Tengo mala impresión, le dice, muy mala. Es claro ahora que Austria se niega a conversar con nosotros y que Alemania la excita ocultamente.

Mr. Paléologue constata, como él, que de parte de Viena y de Berlín el dado está arrojado; pero tal vez es posible que París y Londres salven la paz. Pide a Mr. Sazonow el compromiso anticipado de aceptar todos los procedimientos que Francia e Inglaterra le propongan para salvaguardiar la paz. Sazonow acepta.

Pero, durante ese tiempo, en la misma tarde del 28, Austria Hungría ha ordenado la movilización general. Y el 29, a las tres de la tarde, Pourtalès viene a declarar a Sazonow que si Rusia no cesa en sus preparativos militares, Alemania movilizará.

Esta amenaza produce efecto contrario. El 29, a las once de la noche, Mr. Basily, vice director de la Cancillería en el Ministerio de Relaciones, anuncia a Mr. Paléologue que el tono imperativo del Embajador alemán ha decidido al Gobierno ruso: 1.º a ordenar, esa misma noche, la movilización de trece cuerpos contra Austria; y 2.º a comenzar en secreto la movilización general. Pero a las doce tres cuartos de la noche, el primer Secretario de la Embajada, Mr. de Chambrun fué llamado al Ministerio de Relaciones y allí se le dijo que el Emperador, de propia iniciativa, había resuelto postergar la movilización general. Había, en efecto, recibido un telegrama personal de Guillermo II, en el cual le aseguraba que empleaba todas sus fuerzas en favorecer un arreglo directo entre Austria y Rusia.

En esa misma tarde del 29 los austriacos bombardearon a Belgrado.

El 30, a las dos de la tarde, Mr. de Pourtalès se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores. La situación es la siguiente: Alemania no quiere pronunciar en Viena la palabra moderadora que afirmaría la paz. Pourtalès ha contribuído a comprometer a su gobierno por este camino, persuadido de que intimidaría a Francia y Rusia. Ahora que ve que el cálculo le ha resultado falso y que comprende que la catástrofe se viene encima, se siente aplastado.

—Por favor—dice a Mr. Sazonow — hacedme una proposición cualquiera que pueda recomendar a mi Gobierno; es mi última esperanza.

Mr. Sazonow arranca una hoja del calepino que tiene sobre su mesa escritorio y escribe:

«Si Austria, reconociendo que el conflicto austro-serbio ha tomado el carácter de una cuestión europea, se declara lista a eliminar de su ultimátum los puntos que importan un atentado a los derechos soberanos de la Serbia, Rusia se compromete a hacer cesar sus preparativos militares».

Terminada la visita de Mr. Pourtalès, Mr Sazonow va a ver al Czar. Este ha recibido un segundo telegrama, esta vez amenazante de Guillermo II: si Rusia moviliza contra Austria Hungría, terminará la mediación de Alemania. Y el Kaiser, que sabe a quien se dirige, agrega

esta frase pérfidamente perturbadora:

«Todo el peso de la resolución que debe tomarse recae sobre tí, que tendrás que soportar la responsabilidad de la guerra ó de la paz».

Este segundo telegrama produjo un resultado enteramente opuesto al primero. Este había hecho suspender la orden de movilización, el segundo, la precipitó. Convencido por Mr. Sazonow de las intenciones belicosas de Guillermo, el Czar, después de meditar un instante, dijo, con voz firme:

—Sergio Dimitrievitch, id a telefonear al Jefe de Estado Mayor que yo ordeno la movilización general.

Estas no son más que las primeras escenas del libro de Mr. Paléologue. Ellas bastan para juzgar de la vida intensa del cuadro, de lo pintoresco de los detalles, de lo dramático de los caracteres.

El libro concluye con el gran desastre de Mayo de 1915. Ese desastre se veía venir ya desde principios del invierno. El 18 de Diciembre de 1914, Paléologue escribe: «Supe ayer que la artillería rusa carecía de municiones y esta mañana he sabido que la infantería no tiene fusiles».

En el libro no hay solamente noticias militares y diplomáticas. Retratos, cuadros deslumbradores, como el de las fiestas de Moscow, conversaciones, intrigas de la corte, en ocasiones un breve paisaje, la biografía de un aventurero, un estudio histórico, una anécdota, le dan animación y variedad. Es, como lo ofrece su título, toda la Rusia de los Czares.

E. Bidou.

Víctor Cambon.— *L'industrie organisée d'aprés les méthodes américaines.*—París—1920. — Editor Payot, precio 16 fr.

La educación del ingeniero, como lo hacíamos notar en estas mismas páginas al comentar un libro del ingeniero Raúl Simón sobre la economía de nuestros ferrocarriles, no está restringida a lo que ya se consideraba como clásico en nuestra escuela de Ingeniería: la enseñanza de la matemática y principalmente de la física con sus derivados, hidráulica, electricidad, resistencia de materiales, etc.

Hasta hoy, los pueblos latinos (y con cuanta mayor razón nosotros que tenemos todos sus defectos) habían descuidado preparar a sus hombres teniendo en vista que el mayor factor de un buen éxito de una nación es la organización de su industria y de sus instituciones. Esto requiere a su vez un estudio y un conocimiento del factor hombre. Ha sido necesario que una gran conmoción, como la guerra que acaba de terminar, le enseñara a un pueblo inteligente como el que más, el francés, que el secreto del éxito de sus enemigos, consistía en la organización formidable de su industria, de su comercio y de sus instituciones. La verdad es que hasta ayer los pueblos latinos han despreciado la parte práctica de la educación y con razón podría repetírseles lo que hace cerca de dos siglos decía Rousseau en «El Emilio»: «Quand je vois que dans l'âge de la plus grand activité l'on borne les jeunes gens a des études purement spéculatives, et que aprés, sans la moindre expérience, ils sont tout d'un coup jetés dans les affaires, je trouve q on ne choque pas moins la raison que la nature et je ne suis plus surpris que si peu de gens sagent se conduire. Par quel bizarre tour d'esprit nous apprend tant des choses inutiles, tandis que l'art d'agir est compté pour rien?.. Pour vivre dans le monde, il faut savoir traiter avec les hommes, il faut connaître les instruments qui donnent prise sur eux»...

A llenar este vacío, a preparar a los jóvenes ingenieros para vivir entre los hombres y a manejarlos organizadamente en la industria, tienden las conferencias que Mr. Cambon da en la Escuela Central de Artes y Manufacturas y que han sido reunidas en el libro que comentamos. El programa a que se

han ajustado las lecciones es el siguiente:

La situación actual de la producción y sus diversos factores, capital, dirección, utilería y trabajo.

El rol de la dirección técnica de los negocios.

Los principios de la instalación racional de las empresas y de su material.

La comparación entre trabajo humano y el maquinismo.

La fisiología y psicología del trabajador.

La remuneración del trabajo.

La organización científica de los talleres y, por fin, monografías de instalaciones industriales organizadas según los principios más modernos.

Todo este programa se desarrolla tomando en cuenta que la función primordial del ingeniero es producir. «La función del ingeniero, dice Mr. Cambon, es producir en el sentido más amplio de la palabra, o de ayudar a la producción. Produce presidiendo el trabajo de la fábrica, de la usina, de las minas; ayuda a la producción procurándole medios de transporte y en virtud del aforismo americano que, todo objeto, todo ser en este mundo no adquiere su verdadero valor sino a condición de ser transportado».

El libro de Mr. Cambon se lee con agrado y con provecho. Con agrado porque está escrito con esa precisión propia de los franceses. Con provecho, porque trata de una ciencia que no debiera ignorar ningún ingeniero y porque muchos de los defectos de nuestra enseñanza se encuentran retratados allí. Así por ejemplo, no resistimos la tentación de relatar una anécdota que dice relación con la importancia exagerada que se da a los cálculos matemáticos. Cierto día, se pasea por el puente Brooklin, Mr. Cambon acompañado de un ingeniero del Creusot, que es al mismo tiempo uno de los ingenieros franceses más competentes en construcciones metálicas. Contemplando la obra gigantesca, le dice a Mr. Cambon: «Si se nos hubiera encargado construirla, habríamos comenzado por hacer miles de cálculos y no nos habríamos atrevido, tal vez, a construir el puente. Los americanos han calculado poco y se han atrevido. Y el puente se sostiene». No quiere decir ésto que M. Cambon abomine del cálculo, pero sí del abuso de él, que por lo general no conduce sino a perder el tiempo y a limitar las iniciativas

En suma, no podemos sino recomendar calurosamente la lectura del interesante libro de M. Cambon.

CARLOS KRUMM.
Ingeniero.

Henri Bataille.—*La tendresse*. —París—1921.—1 vol. de 450 págs.

Apenas unos cuantos días antes de que nos llegara la noticia de su lamentable fallecimiento, pudimos leer la obra dramática de H. Bataille, *La tendresse*, estrenada en París a principios del año último. Es una obra maestra, en la plena acepción de la palabra, que en nada desmerece de *La femme nue*, de *Maman Colibri* y de *Marche Nuptiale*. No sabríamos que admirar más en esta expléndida producción: si la fuerza del análisis psicológico, si la amplitud del espíritu de observación, si la técnica maravillosa, si el sentimiento de emoción tierno y piadoso que de ella se desprende.

¡Qué admirable variedad de escenas! ¡Casi sin transición se pasa del cuadro jovial, lleno de esprit, al bondadosamente impresionante, para terminar con uno de infinita ternura! Me bastará recordar la escena primera del acto primero en que un dramaturgo burlón y de espíritu volteriano ofrece su voto en la Academia Francesa a un Obispo, de inteligencia finísima, a condición de que este, cuando lo vea declinar, vaya a hacerle una visita y entre charlas sobre tópicos académicos, introduzcan a Dios en la conversación y lo deje listo, sin que él lo haya advertido, para ir allá arriba a hacer su visita de candidato a otro cargo perpetuo ..

Y luego aquella otra escena en que una joven, profundamente enamorada de un hombre, treinta años mayor que ella y rayano ya en la impotencia física, le confiesa, desesperada, que a pesar de amarlo mucho, lo ha engañado muchas veces porque ella es un monstruo, una mujer que no puede resistir a las tentaciones puramente físicas.

Y la escena final, en que el amante engañado, no pudiendo vivir sin su amada, la llama a ella y a su cómplice, saca a este generosamente de una situación delicada, y en seguida les dice:

«*Barnac.*—¿De qué se trata?, seguramente se pregunta Ud. en este momento? ¡Y bien! De esto... Hay una palabra muy amplia de que se sirven todos los seres, tan amplia que todo lo engloba, que resume para nosotros alegrías, dolores, lucha, rabia: el Amor. De tiempo en tiempo, se desliza también en la conversación de dos seres que se aman otra modesta palabra, muy modesta, a la que no se presta atención, tan modesta parece... Y esa palabra es, sin embargo, la llave de todo. Es la que debería siempre, poco a poco, sustituirse a la otra, ya que tanto la subrepuja en belleza, ya que es la expresión verdadera del corazón para aquellos que realmente se han amado. Oigan lo bien que suena esa palabra, lo hermosa que es cuando se la pronuncia bien: la Ternura... ¿Acaso ella no debería siempre sobrevivir al amor? ¿No es abominable que dos seres que durante años se han querido profundamente no sepan, de improviso, nada el uno del otro, nada? Sin embargo, después, mucho despnés del adiós, querrían decirse todavía: «Pero, no, no hagas eso». «Has hecho mal», «Qué tontería!» «¡Yo, en tu lugar, haría tal cosa!» «El último sombrero que te ví no te caía bien...» Y así, mil cosas tantas, mil cosas profundas. Esta ternura espiritualizada que sobrevive a todo, a la posesión, a la vida en común ¿es algo imposible? ¿Porqué, entonces, todos los seres la rechazan, a costa, a menudo de su felicidad? Lo sé. Cuando se es joven, es rudamente difícil. Pero, cuando uno es viejo, cuando ha renunciado al amor físico, ¿no es la ternura una cosa buena, natural? ¿Qué inconveniente presenta? Tengo de tal manera arraigado el hábito de interesarme por Marta, de serle útil, de escribirle papeles, de regocijarme con sus triunfos, de evitarles los escollos, de desearle felicidades que no haría, en suma, más que prolongar una vieja costumbre al verla, de vez en cuando, abrir mi puerta, para venir a repetirme sus papeles... Porque es preciso que no abandone la escena... ¿Qué es, por fín, lo que pido? Un amistoso apretón de manos de vez en cuando, un estallido de risa en el salón... ¡Uds. no saben lo que es la soledad de la vejez! ¡Ah! Esta casa... Harto he tratado de llenarla y nada me ha resultado. Mi corazón se había acostumbrado a querer a una sola persona en el mundo... ¿Porqué la había elegido a ella, con exclusión de todas las demás? Ese es el gran misterio, contra el cual nada podemos. ¡Es ella, es su voz, son sus pasos, es lo que ella dice, es ella y no otra, la que desearíamos tener a nuestro lado en el momento postrero; es su mano la que queríamos estrechar al partir para siempre... Son sus deditos los únicos que querríamos después, para cerrarnos los ojos... Y entonces ¿porqué no? Si la cosa es posible ¿porqué nó? Es tan sencillo...»

H. A.

Celinda Arregui de Rodicio. —*Laborando.*—Santiago — 1921.— 1 vol. de IX×161 págs.

Ha reunido en este volumen la señora Arregui de Rodicio, una treintena, más o menos, de artículos publicados en la prensa periódica. Versan ellos sobre los temas más variados: relaciones de América con España, política, patriotismo, confraternidad americana, educación, feminismo, etc Todos ellos están escritos con suma sencillez y elegancia.

X.

Juan Pedro Paz Soldan.— *Cartas Históricas del Perú.*—Primera y Segunda Série.— Correspondencia de los Generales San Martín, Bolívar, Sucre, La Mar, Torre Tagle, Correa, Guido, Necochea, Martínez, Otero, Heres, Guise, La Fuente, Berindoaga, etc.— Recopilada y anotoda.— Lima, 1920.— 4.º —2 vols.— Tomo I. 426 págs; Tomo II, 452 págs.

Supongamos que un lector—un lector atento y escrupuloso, discreto y erudito—haya terminado de buena fe el estudio con lapiz en la mano de las ochocientas setenta y ocho páginas que comprende esta obra; y que, al fin resuma en un término general suficientemente comprensivo, la impresión de su lectura. ¿Cuál será desde luego aquélla? Si clasifica la cualidad predominante de la obra y la tendencia favorita del autor, con mucha exactitud podrá decir que es esta una obra malévola e intencionada, y si va a juzgar el espíritu que ha guiado su elaboración, no le será tampoco difícil reconocer un humor menguado empeñado en una ingrata tarea. En efecto, a manera de un nuevo Pruvonena, pero suavizado ya por la distancia de los tiempos, por la misma disolución de las pasiones, y como quien dice encareciendo la vieja costumbre de no decir nada que no huelgue de los documentos mismos, el gran asunto de Paz-Soldán es asentar una gran verdad de importancia superiorísima. Nada lo violenta en su propósito; no pierde nunca de vista tampoco el fin que persigue: va derechamente a él y lo logra con tranquilidad a veces, con esfuerzo y con abundancia de trabajo. He aquí la verdad pretendida y el fin perseguido: Bolívar fué al Perú a satisfacer ambiciones bastardas y ambiciones personales; Bolívar fué a imponer a ese pueblo la dominación colombiana y repartió entre los suyos los favores del poder; Bolívar saqueó al Perú y esquilmó la hacienda pública y privada, y Bolívar liquidó al Perú pretendiendo aun desmembrarlo en beneficio de Bolivia. Tal es en, suma, la síntesis del libro.

No pensemos ahora en el juicio universal sobre Bolívar; eso no vale nada. En presencia de Paz-Soldán, novísimo historiador y cuyo método se nos ocurre el más original del mundo ¿qué va a quedar del Libertador? Pero el toque está en que juzguemos a juicio de buen varón sobre las intenciones de los hombres. Si un erudito mal avisado lleva su ojeriza hasta la negación de lo grande que hay en Bolívar para recoger las pequeñeces que también caben en el alma de los grandes; ¿qué juicio vamos a formarnos de su entereza moral, de su buena fé, de su nobleza de corazón, si con indigna y baja complacencia acumula las podredumbres descompuestas en el cieno? Y hay todavía duplicidad e hipocrecía en el propósito perseguido. En el método empleado ello resalta fácilmente. Se trata de hacer historia, de pergeñar unos cuantos documentos, de distribuirlos en forma de que ellos sirvan a una tesis esbozada ya en todas sus partes. Tampoco caigamos en la exigencia tan decantada de la imparcialidad: la historia, a manera de un vasto y prodigioso paisaje, tendrá tantos puntos de vista como sentimientos intervengan en su estudio. Así, dejando a un lado ese aspecto, vamos al fondo del asunto. No ha dado Paz Soldán en su obra ningún documento nuevo; no ha agregado nada que no sea conocido; ha compilado, ha desglosado, ha buscado aquí y allá lo que buscaba. Eso es todo y esa es la obra; es obra de tercera mano. Pero la base de su libro, el núcleo central de donde manan sus documentos son dos libros en extremo conocidos: las *Memorias de O'Leary* y los *Documentos para la Vida Pública del Libertador*. Uno desde luego se pregunta: ¿por qué Paz Soldán ha recogido de esos libros el lodo y la calumnia, la injuria con todas sus miserias y la ha arrojado sobre la memoria de Bolívar cuando allí mismo, en esas colecciones res-

plandecen las virtudes del Libertador? Este es el primer doblez. El otro es como quien dice la consecuencia de un hombre artero; se refiere a la forma de presentarse, a la manera como se insinúa, al espíritu en fin. Nada, en efecto, más a propósito que su método para ello. Imaginémosno por un instante que un juez—un juez grave, de alma dura e inflexible, de ceño adusto, de penetrante mirada, de nariz judaica e inquisidora, de labios apretados y de cabeza gacha—va a pronunciar la sentencia póstuma sobre Bolívar. Ha acumulado las pruebas y las pruebas peores: se ha deleitado con fruición en no hablar nada, en no pronunciar una sílaba: ahí están para formar juicio los documentos; ellos acusan. ¿Qué vale, al final, la sentencia, si deliberadamente, ya por refinamiento de maldad, por egoismo moral o por insuficiencia de talento acusa únicamente las caídas muy humanas de un hombre y silencia con impúdica reticencia sus virtudes que son como las de los dioses? ¿Cuál es la buena fé entonces...?

Por tal modo, adoptando el procedimiento de Paz-Soldán, fácil es, a no desvirtuarlo una entereza máxima de conciencia, llegar a sus mismas conclusiones: unas cuantas y sistemáticas omisiones, unas cuantas frases rotas allí donde mejor convengan, una prudente selección de documentos, es suficiente método para lograr un objeto o un fin determinado. Nacen de ahí las más extrañas y excéntricas apreciaciones. Ni han sido raros tampoco en el Perú libros como éste. Riva Agüero, innoble y despechado, hipócrita y servil, escribe las *Memorias de Pruvonena*, donde la ponzoña contra San Martín y Bolívar, hieren como una epidemia y laceran como un cilicio; después el criollo Palma, acusa de asesino al Libertador; y después de cincuenta años, cuando América ve en Bolívar, la personificación de la raza, viene Paz-Soldán a decirnos con inaudita falacia, que el Libertador fué un trapacista, un ambicioso vulgar, un desleal, un saqueador, y sabe Dios que injurias más. En realidad, si en el alma humana no se anidase el agradecimiento, no se comprendería el objeto de la vida. Porque si Bolívar hubiese vivido al tiempo de la edad heróica de Grecia, cuando la excelsitud de las virtudes de los hombres los hacía digno de los dioses; cuando en el Oráculo de Delfos iban a consultar sus intenciones, seguramente el nombre de Bolívar se habría confundido en el Olimpo, con los de los Dioses, y su imagen habría sido venerada en la republicana Atenas.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

INDICE

Pág.

Ignacio Santa María.—Chile y Argentina en 1864 5
Madeiros e Albuquerque.—Flor seca 32
Marcial A. Martínez de Ferrari.—La coparticipación francesa en nuestra economía 42
J. Lagos Lisboa.—Croquis lugareño 51
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América y la higiene (Conclusión) 52
Pedro Rezska.—Errores de la pintura en el modernismo 60
Fidelino de Figueiredo.—Eça de Queiroz 77
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Francisco A. Concha Castillo, Humanidad y patria.—José Ramón López, Estados Unidos de Norte América y la América Latina.—C. D. López, La baja de precio en las materias primas es normal, como artificial fué el alza.—S., ¿Nombró O'Higgins General del Ejército Chileno a Albino Gutiérrez, el vencedor de Carrera?—Dos documentos sobre el ofrecimiento que en 1879 hizo Bolivia, apoyada vigorosamente por el Perú, a la República Argentina del territorio chileno entre los grados 24 (un poco al sur de Antofagasta) y 27 (altura de Caldera más o menos) a condición de que participara de la alianza perú-boliviana contra Chile 89
BIBLIOGRAFIA.—Raúl Simón, La situación económica-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. F. Choisy, Sainte Beuve.—A. Bossert, Schopenhauer et ses disciples.—J. H. Rosny, Torches et lumignons.—C. Saint André, Louis XV.—L. A. Sánchez, Historia de la Literatura Peruana. Los poetas de la colonia.—Homenaje de Cuba a la memoria de Rubén Darío.—Carlos Pezoa Véliz, Las campanas de oro.—Ramón A. Laval, Contribución al folklore de Carahue 106
Ignacio Santa María.—Chile y Argentina en 1864.—(Conclusión) .. 113
Jorge Schneider L.—Progreso y Anarquía 129
Antonio Huneeus.—Historia de la nación francesa 141
Henrik Pontoppidan.—El nido del águila 148
Pedro Belisario Gálvez.—Recuerdos periodísticos 152
Manuel Blanco Cuartín.—Don Ventura Marín y Recabarren 172
Fidelino de Figueiredo.—Eça de Queiroz.—(Conclusión) 179

Pág.

J. L. Mandueño.—¡Pobres bohemios!..... 196
José Manuel Balmaceda.—La pena de muerte..... 197
Marcos Silva Bascuñán.—Inconstitucionalidad de las leyes..... 203
Notas y Documentos.—R. Baudet, El cáncer y el radio.—Carta del General don Manuel Bulnes sobre la candidatura presidencial de don Manuel Montt.—X. X., El trabajo obligatorio en Bulgaria.—El Director Supremo O'Higgins nombró Coronel del Ejército de Chile a Albino Gutiérrez pocos días después del fusilamiento del General Carrera..... 210
Bibliografía.—Joaquín Díaz Garcés, La Voz del Torrente.—Arturo Aldunate Phillips, Era una Sirena.—A. L. Valverde, Historia del Comercio.—R. Menéndez Pidal, El Cid en la Historia.—Reinaldo Muñoz Olave, Chillán y sus fundaciones y destrucciones.—Ch. Andler, Nietzche, sa vie et sa pensée.—Francisco Zapata Lillo, El Torbellino.—J. Royêre, Francisco Contreras.—H. Lopez de Mendoca, A inspiracao de Fernao de Magalhaes.—Alberto Zum Felde, Crítica de la Literatura Uruguaya..... 220
Eulogio Altamirano.—Cartas a don Aníbal Pinto..... 225
Pedro Pablo Larraín G. M.—En derredor del lago Llanquihue.. 256
L. Abensour.—Luis XVII.. 271
Miguel Rasch Y.—Soneto..... 282
Leonardo Pena.—Carlos Pezoa Véliz..... 283
Marcos Silva Bascuñán.—Inconstitucionalidad de las leyes (Conclusión)..... 288
Fernando de la Vega.—El Padre Coloma..... 317
Notas y Documentos.—El General Boonen Rivera.—Alberto Blest Gana, Gestiones hechas por orden del Gobierno de Chile en 1878 para vender los blindados Blanco Encalada i Cochrane.—X. X., La reforma agraria en Rumania.—C. Flammarion, ¿En la noche del 8 al 9 de Agosto de 1921 pasó la Tierra a través de la cola de un cometa?—O'Higgins nombró a Godoy Cruz Brigadier y a Albino Gutiérrez, primero Coronel y algún tiempo después Brigadier del ejército chileno.—Guillermo Billinghurst (hijo), Razones que movieron al ex-Presidente del Perú Billinghurst a proponer el aplazamiento del plebiscito estipulado en el Tratado de Ancón por el plazo de veintiun años..... 318
Bibliografía.—J. de Morgan, L'humanité prehistorique.—Azorín, Los dos Luises.—Jorge Schneider Labbé, Crédito popular.—M. del Campo, La question du Pacifique et l'Amérique latine.—J. Bravo Labarca, La educación comercial en Estados Unidos.—Francisco Donoso G., Las manos de Jesús.—Enrique Molina, De California a Harvard.—Cartas de Bolívar (1823-25) 333

Pág.

Aníbal Pinto.—*Apuntes:* Don Manuel Montt y don Belisario Prats. —El proyecto de ley de cementerios laicos.—La ley de inconvertibilidad de los billetes bancarios.—La cuestión de límites con la República Argentina.—Conversación con don Manuel Bilbao.—Política y administración.—Reducción de la fuerza pública.—Dificultades que el Gobierno encuentra en el Congreso.—Tentativas para derribar la estátua de Buenos Aires. —Las calificaciones electorales.—Don Ambrosio Montt.—Don Julio Zegers.—La cuestión argentina.—El proyecto de tratado con la República Argentina en el Consejo de Estado, en la Cámara de Senadores y en la de Diputados.—Movimientos populares contra el tratado.—Renuncia del Ministerio Prats.—Formación del Ministerio Varas-Santa María.—El General Arteaga y el Almirante Williams.—Crisis ministerial.—Nombramiento del Ministerio Santa María-Amunátegui 337

Marcel Prévost.—La crisis del pudor 374

J. Benavente.—Maternidad 387

José María Delgado.—Cuadros del conventillo 390

Roberto Espinoza.—El Doctor Paul Rohrbach 392

Eulogio Altamirano.—Cartas a don Aníbal Pinto.—(Conclusión).. 398

Beltrán Mathieu.—Discurso pronunciado en el Congreso de los Profesores de Español de las Universidades Americanas 420

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Carlos Silva Vildósola, Lord Brice.—Eliodoro Yáñez, La condición legal de la mujer.—A. Zum Felde, Algunas consideraciones sobre la poesía en América.—L. Jacquet, El alcohol en Estados Unidos.—L. L., Por qué preguntan los niños y cómo se les debe contestar 426

BIBLIOGRAFIA.—Luis Barros Borgoño, Un aporte a la memoria del General Mitre.—E. Picón Lares, Orígenes de la literatura venezolana.—Tomás Thayer Ojeda, Reseña histórico-biográfica de los eclesiásticos en el descubrimiento y conquista de Chile.—G. Lacourt Gayet, Bonaparte membre de l'Institut.—Luis Vargas Bello, El desplazado.—E. Boutroux, W. James y su filosofía.—Ernesto Greve, Sobre el estado de progreso de la náutica a la época del descubrimiento de Magallanes 442

Augusto Orrego Luco.—La casa de Balzac 449

Alberto Blest Gana.—La situación financiera de Chile en 1878 485

Marcel Prévost.—¿Crisis de pudor o crisis de moral? 495

Julio A. Rubio.—Por el Magdalena 509

X.—¿Conoció el Presidente Errázuriz en 1873 el texto del tratado secreto de alianza entre el Perú y Bolivia? 510

E. Rodocanachi.—Un nuevo libro sobre Lucrecia Borgia 523

C. Pérez.—La teoría celular.—(Continuará) 530

Pág.

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Francisco A. Encina, El respeto de los hombres y el respeto de las ideas.—Alfonso Castro, Psicología de la juventud universitaria.—José Fernández Coria, Béc. quer y Heine.—Miguel Oliver, La adulación del pueblo..... 552

BIBLIOGRAFIA.—J. Vendryès, Le langage.—G. Rodet, Drames et légendes.—C. Pitollet, V. Blasco Ibáñez: Sus novelas y la novela de su vida.—Luis Alberto de Herrera, La clausura de los ríos.—A. Lamar, Anatole France.—Ch. Steinmetz, L'industrie eléctrique.—R. Blanco y Sánchez, Refranero pedagógico hispano-americano.—S. Marín Vicuña, Ferrocarriles Internacionales.—Maurice Paléologue, La Russie des Tzars pendant la grand goerre.—Victor Cambon, L'industrie organisée d'aprés les méthodes americaines.—Henri Bataille, La tendresse.—Celinda Arregui de Rodicio, Laborando.—J. P. Paz Soldán, Cartas Históricas del Perú..... 545

Indice del volumen XIII..... 557